

ANNAMARIA BARBERA

NINGÚN LUGAR
PARA EL SOL



© Annamaria Barbera
NINGUN LUGAR PARA EL SOL

Registro de Propiedad Intelectual N°163.003.
Agosto, 2008
I.S.B.N.

Ediciones Mar del Plata
Javier de la Rosa 4365 - Las Condes
Fono: (56-2) 208 4163
correo electrónico: edicionesmardelplata@gmail.com
<http://edicionesmardelplata.blogspot.com>

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.



A mis padres.



*¿De qué sirve hacer frente a la violencia con la violencia,
si tanto el amigo como el enemigo dañan con ello su alma?*

Mahatma Ghandi

EL PUEBLO

La guerra comenzó por sorpresa en el verano. De pronto estaba en Montaña d'Orba, y ya no abandonaría el pueblo. Antes habían comenzado las consignas, en los diarios, en las radios, en los muros. Fueron encendiendo poco a poco el sentimiento patrio, hasta provocar en muchos hombres el deseo de partir al frente para conquistar un lugar protagónico en el concierto de las naciones. En todas partes se podía leer: "Italia tendrá su gran puesto en el mundo", "Italia desea la paz pero no teme la guerra", "Quien se detiene está perdido", "Crear, obedecer, combatir", "Es el arado el que traza el surco, pero es la espada la que lo defiende", "El hombre no es hombre si no es marido, padre y soldado".

Montaña d'Orba reposaba al fondo de un valle que se abría hacia el río y las cascadas, circundado por altas montañas que se cubrían de púrpura y oro al caer el crepúsculo. Más allá del bosque de robles y avellanos, cerca de las altas piedras, sobrevivían extrañas huellas atribuidas a brujas y demonios que según la tradición habían tenido ahí su morada en un incierto pasado. Los castaños centenarios parecían esconder crípticos mensajes en sus agrietadas cortezas.

En las noches de invierno, la embestida del viento era un escalofriante gemido escalando los montes; decían los ancianos del pueblo que arrastraba en su soplo las almas de los condenados vagando en eterna procesión, sin encontrar reposo. En esas noches no se debía salir de casa, a menos que uno quisiera ser arrebatado a los infiernos.

La nieve comenzaba temprano, antes de terminar el otoño, y obligaba a permanecer al lado del fuego, esperando la victoria del Hada del Este, que traería la primavera. El río triplicaba su caudal, henchido de lluvias, y su genio empeoraba, convirtiéndose en un oscuro

torrente, mientras exhalaba una densa neblina, como advertencia de su repentina enemistad con el hombre. Entonces nadie podía acercarse a sus bordes, porque era capaz de coger al imprudente y llevarselo consigo a las profundidades oceánicas.

Pero había días en que las aguas soñaban los momentos tranquilos y felices del verano, y transcurrían en una lentitud que duplicaba el imperturbable azul del cielo; algunos lugareños afirmaban que entonces, observando con atención, era posible ver el juego de las ondinas en sus largos trajes de seda verde, levantando espumas de perlas sobre sus cabezas.

Los rojos techos de las casas semejaban enormes pañuelos puestos a secar al viento; manchones de pinos sobresalían entre los rectángulos escarlatas. Campánulas, narcisos y geranios salpicaban las márgenes del río, y poco a poco se internaban en el bosque, camino a las montañas.

No había residencias opulentas ni castillos en Montaña d'Orba; era un pueblo sin pretensiones. Tampoco las tenían sus habitantes. Debía de ser porque el hombre asume casi siempre la condición de las cosas que lo rodean, y los montes esculpidos de silencio inducían al trabajo duro y a la sobriedad de la vida.

Como todo villorrio de los Alpes, poseía una iglesia con su techo en punta. Curiosamente, no se hallaba a un costado de la plaza, sino en lo alto de una colina. Era creencia que los materiales con que iban a construirla en el centro del pueblo habían sido trasladados hasta allí por invisibles fuerzas nocturnas. Eso había sido interpretado como señal de que era en ese punto donde la Virgen quería su santuario. ¿Y quién podía atreverse a discutir un deseo de la Madre de Dios?

La propaganda oficial también había surtido efecto en Montaña d'Orba. La mayoría de los aldeanos repetían con devota convicción que "después de Dios viene Mussolini. Dios nos da el pan y Mussolini nos lo defiende". El más enconado disidente era Giuvanín, que rezongaba despectivamente contra "la mentirosa convocatoria fascista"; según él, no era otra cosa que una perversa alianza de los curas con el Duce para conservar el poder. Decía que "lo más importante en la vida es saber si uno está con los pobres o con los ricos, y si uno está con los pobres debe ser comunista".

Sus creencias políticas provocaban interminables discusiones en

el único café del pueblo.

–¿De qué patriotismo me hablan? –los increpaba Giuvanín–. La Italia no tiene voz, así que nada me está pidiendo. Los que están acarreándonos a la guerra son enemigos del pueblo, y el pueblo es la verdadera patria.

Luego, para que se atragantaran de rabia, daba vueltas por las calles cantando *Bandiera rossa la trionferá, bandiera rossa...*¹

Paradójicamente, Giuvanín no era ateo; le gustaban las procesiones, y participaba en todas, enfundado en sus mejores ropas oscuras.

–No podemos dejarles a los curas el monopolio de Jesucristo; él fue un trabajador como nosotros los comunistas– decía, como si recitara un artículo de fe.

Mucho antes de la guerra, se había visto a su hija Mariuccia desfilar en las celebraciones de Corpus Christi, vestida de organza blanca y con un canasto lleno de pétalos que lanzaba al paso del Santísimo, mientras su padre hacía oscilar el incensario.

Contagiada por la ideología de su padre, Mariuccia lo acompañaba a todas sus protestas políticas. Poco a poco habían comenzado a llamarla “la Rossa”, apodo que terminó por sustituir completamente a su nombre.

La Rossa pasaba ya de los treinta años cuando subió una tarde la colina casi corriendo y fue a golpear la puerta de la sacristía. Llamó a grandes voces al párroco, hasta lograr que asomara su cabeza por la ventana.

–Fra Gennaro, necesito urgente la absolución. Tengo un pecado que no me deja vivir en paz.

–Pero mujer, ¿qué pecado es ése, que no puede esperar a la misa del domingo?

–Confíeseme, padre, por favor– lo urgió la Rossa–. No puedo ya con el remordimiento.

El cura le abrió las puertas de la iglesia y se instaló en el confesionario. La Rossa dijo que su pecado era haber levantado por envidia una calumnia contra su vecina la Fiorella.

1. La bandera roja triunfará (canción comunista).

—Me gusta que te arrepientas y te des cuenta del error cometido— le dijo Fra Gennaro—. Pero no te puedo dar la absolución sin que antes cumplas la penitencia.

—¿Y cuál será, padre?— inquirió la Rossa con aprensión.

—Deberás pelar una gallina en la plaza del pueblo, esparcir las plumas al viento y luego recogerlas. Pero todas, ¿eh? Que no se pierda ninguna. Cuando lo hayas hecho, vienes, y yo te absuelvo de tu pecado.

—Pero cómo...— dijo la Rossa—. ¡Yo no voy a poder!

—Pues si no puedes, no hay perdón. No te puedo limpiar esa mancha sin que la expíes. Así que anda y hazlo.

Partió la mujer a pelar la gallina muerta y esparcir las plumas al viento. Luego trató de reunir las plumas, pero unas volaron sobre los techos, ¿y quién las iba a recoger allí? Otras llegaron al río y se fueron aguas abajo. Un gran número cayeron sobre los cipreses que alzaban sus brazos al cielo en el cementerio, y fue imposible rescatar ninguna, aunque la Rossa llevó una escalera, pues el viento se las arrebató cuando estaba a punto de tocarlas.

La Rossa corría por todo el pueblo manoteando el aire, con un revoltijo de plumas bailándole en el pelo y en toda la ropa. Lloraba al ver que cada vez se dispersaban más y no podría cumplir la penitencia.

Todos se preguntaban qué estaba haciendo, o si habría enloquecido. Cuando la pobre mujer se convenció de que era inútil seguir en el intento, volvió derrotada y triste adonde Fra Gennaro.

—No pude hacer lo que me mandó, padre, pero estoy arrepentida. Nunca más volveré a cometer este pecado. Por favor, deme el perdón del Señor— suplicó.

—¿Viste que fue imposible recoger todas las plumas?— le dijo el párroco—. Lo mismo pasa con la calumnia. Una vez que se difunde, nadie sabe a dónde va ni hasta dónde llega, y no hay cómo lograr que se devuelva. Por eso la lengua debe ser vigilada. *La légoa l'è sanz'öss, ma la fai mal da gröss. E finiss ij brut vissi'tajé ij patin a tuti.*²

Y continuó:

2. Dichos piemonteses. “La lengua no tiene hueso pero hace un mal grueso”. “Y termina con el feo vicio de hablar mal de los otros”.

—Creo que aprendiste la lección, y fue un buen castigo tu inútil carrera por el pueblo. Pero debes prometer ante Dios que no sólo dirás a los demás que calumniaste a tu vecina, y que lo hiciste por envidia, sino que también le pedirás ante todos que te perdone.

Llegado el domingo, la Rossa confesó públicamente su pecado a la salida de la misa. La Fiorella aceptó con silenciosa dignidad ese acto de reparación.

Nunca más escuchó nadie a la Rossa hablar mal de otra persona.

II

LA CREACION DE LOS PIEMONTESES

Mariagrazia esperaba sin ansiedad el regreso de su marido de la guerra. No concebía la posibilidad de que eso no ocurriera. El matrimonio era para ella un vínculo indisoluble, en el que no cabían la duda ni la incertidumbre; debía volver, puesto que ella lo esperaba. No se compadecía a sí misma por estar luchando sola contra la adversidad. Decía que las cosas ocurren siempre con algún fin, y aceptaba sin lamentarse lo que el destino le deparaba.

–Hay que ver más allá del significado aparente; vivimos inmersos en el misterio– era la frase que alguna vez había oído de alguien y que siempre le gustaba repetir.

Era alta y delgada; sus enormes ojos negros revelaban tan bien sus emociones, que casi no necesitaba hablar para que los demás supieran lo que sentía. Llevaba su largo pelo suelto al viento, sin horquillas ni amarras, para paladear así la misma libertad que habitaba su mente.

Amaba los pájaros. Su casa estaba rodeada de árboles que les servían de morada, y enseñaba a su hija Zinia a escucharlos.

–Quizás uno de estos días llegue el pájaro azul. Si lo atrapas, podrás comprender no sólo el lenguaje de las aves, sino también el de todas las cosas. Porque todo tiene alma, aunque no lo veamos, y es el pájaro azul quien nos permite verla en cada destello del mundo.

Luego continuaba:

–Pero no basta con ver el alma de las cosas; también hay que aprender a ver sus ropajes. Así ocurre con las flores. Casi siempre las vemos mal, porque no advertimos sus cambios de matices. Florecer es desplegar matices. Ellas esperan que miremos sus juegos de colo-

res, para devolvernos mirada por mirada. Si no lo hacemos nosotros, ¿quién lo hará?

Desde que tenía conciencia de eso, Zinia había buscado en cada pájaro que se ponía ante sus ojos el de color azul. Cuando oía el canto de alguno al despertar por las mañanas, corría afuera, pensando que quizás sería al fin el ave prodigiosa. Nunca pudo ni siquiera divisarlo. Entonces jugaba a hablar con las plantas y las piedras; si no lograba saber sus idiomas, las cosas sí sabían el suyo, y quién sabe, algún día se dejarían coger y entender.

Una tarde, después de haber cruzado el bosque, Mariagrazia y sus hijos, Zinia y Filippo, llegaron a la *cascina* de *zio* Pedrín, donde se habían congregado varios vecinos. Era costumbre reunirse en el establo de uno o de otro al comenzar el otoño. Comían patatas y castañas, tejían canastos con ramas de sauce y se contaban historias y leyendas.

Después de un rato, Mariagrazia pidió la atención del auditorio. –*Mi i parlêreu dla creassion dij Piemontéis*³– anunció.

Hubo algunas risotadas, pero la curiosidad pudo más, y todos se dispusieron a escuchar.

“El sexto día –comenzó Mariagrazia–, el Creador se levantó temprano e hizo al hombre y a la mujer cuando el sol apareció en el cielo. Adán se enamoró inmediatamente de Eva, y a la caída de la noche se habían unido en matrimonio.

En ese tiempo las jornadas eran más largas que ahora, pero los acontecimientos transcurrían muy de prisa. Digo esto para que ustedes sepan que antes que el buen Dios se acogiera a descanso el séptimo día, ya vagaban por la tierra innumerables tribus.

Desgraciadamente, no sabían vivir en concordia. Se miraban con desconfianza y hostilidad, andaban a golpes, y cada uno trataba de arrebatarse para sí mismo el mayor espacio posible en el reducido territorio del paraíso. Por si eso fuera poco, cada tribu tenía su propio Caín, que inventaba armas para exterminar a sus adversarios.

Viendo tan grotesco panorama, el arcángel San Miguel se pre-

3. Les hablaré de la creación de los piemonteses.

sentó ante el Creador y le dijo:

–Padre Eterno: sé bien que Tú has hecho las cosas en el mejor de los modos, y me disculpo por adelantado de lo que voy a decir. He dado un vistazo al valle del paraíso, y la gente que vive allí es poco amable y sumamente penderciera.

El arcángel miró sus pies, cansados del triste recorrido llevado a cabo por el mundo de los hombres, y batió un poco sus alas para darse ánimo.

–¿Por qué no creas otra raza– se atrevió a proponer–, con la cabeza bien puesta sobre el cuello, que sin perder tiempo en disputas se las ingenie para poner un poco de orden sobre la tierra? Deberías hacer nacer una estirpe que sepa cultivar los campos en el temor de Dios, que trabaje provechosamente, y proveerla de un bastón con el que pueda obligar a los alborotadores a comportarse de igual manera.

–Te pido mil perdones por mi atrevimiento– terminó diciendo el arcángel–, pero puedes comprobar por Ti mismo lo que te he contado.

El Padre Eterno, que ya se había puesto las pantuflas y se disponía a descansar, escuchó a San Miguel con la boca abierta, pero se sintió satisfecho de haber creado un ángel tan juicioso e inteligente.

Atisbó a través de las nubes que tenía a sus pies, y constató que era cierto lo que San Miguel le había contado.

–Yo llegué primero– decía uno, y le daba un empujón a su vecino.

–Esto es mío– decía el de más allá, y corría los cercos de su terreno.

Otro, en vez de trabajar, tiraba piedras a los que pasaban.

El buen Dios movió la cabeza, disgustado.

–Tienes razón, mi querido Miguel. Debo hacer aparecer otro linaje, que viva según la condición que dispuse para el género humano. Y de acuerdo a tu sugerencia, le daré un bastón para que enseñe a los demás a la fuerza, si no entienden por las buenas, la concordia y el tesón con que se debe trabajar.

Bajó entonces el Creador hasta las montañas, y con la tierra negra, el agua limpia de los manantiales, la roca dura y la luz de todos los amaneceres, plasmó al primer piemontés.

—Anda y trabaja de sol a sol, ten juicio para ti y para los otros— le dijo.

Sin embargo, en su apuro por regresar al cielo y descansar en el séptimo día, olvidó darle el bastón para que obligara a comportarse bien a los otros hombres.

Así los piemonteses son hasta hoy como los hizo el Señor: trabajan sin descanso, para sí mismos y para todos. Lo malo es que, no teniendo el garrote, no han podido someter a los beneficios del trabajo y de la paz a los que no tienen la cabeza bien puesta sobre los hombros”.

Todos aplaudieron, y *zio* Pedrín trajo varias botellas de vino lambrusco, para celebrar el hecho de haber sido elegidos para tan singular destino por el Creador del mundo.

III

FRANCESCO

Francesco Santini había llegado de Turín a Montaña d'Orba para hacerse cargo de la minúscula escuela del pueblo. Había aceptado gustoso esa designación; siempre le había agradado el aire fresco del campo en las primeras horas de la mañana, el olor de la tierra mojada por el rocío. Una indefinible sensación de eternidad lo invadía al contemplar las cumbres siempre nevadas.

Siendo el único maestro, se le hacía difícil enseñar simultáneamente a todos los niños del lugar, dadas sus diferentes edades y etapas de aprendizaje. Lo resolvió dividiendo a los alumnos según sus conocimientos y asignando a cada nivel distintas materias de estudio. Los dejaba trabajar un rato solos, y luego iba de grupo en grupo, corrigiendo errores y contestando todo tipo de preguntas.

Terminaba el día extenuado, pero contento.

El hecho de no haber más profesores en el pueblo lo había eximido de ser alistado en el ejército, cosa que lo satisfacía sobremanera, no sólo porque estaba lejos del peligro, sino sobre todo porque estaba convencido de que la guerra no solucionaba nada y sólo envilecía a todos los que se involucraban en ella.

Vivía en una casa de dos habitaciones que le había asignado el municipio. Sus padres habían quedado en la ciudad, y solía visitarlos los fines de semana, aunque los trenes iban cada vez más atestados de gente, y sus horarios se habían vuelto impredecibles. Una vieja aldeana le hacía diariamente el aseo de la vivienda y le preparaba de comer.

Cuando terminaba la jornada de clases, paseaba un poco por la plaza y se reunía con los lugareños en el bar, para tomar un café o un buen vaso de vino, y comentar los sucesos del día.

A pesar de su temperamento animoso y de sus creencias cristianas, había momentos en que la vida le parecía descolorida y plana, incluso incoherente. Entonces se aislaba, evitando el contacto con los demás, y se encerraba a leer libros de filosofía en busca de respuestas. Pero las teorías que encontraba allí no lo satisfacían, y tampoco lograban tranquilizarlo; o eran demasiado rebuscadas, o carecían de rigor lógico, y había algunas que sólo proclamaban el sentido del sinsentido. Entonces la angustia parecía convertirse en la sustancia de su pensamiento, hasta que al fin hacía un acto de fe, aceptando no tener la inteligencia necesaria para escrutar los enigmas de la realidad. Era como dar un salto al corazón del abismo.

Pero cuando tocaba el fondo –sólo entonces, nunca antes–, una calma incomprensible subía hasta su conciencia, y recuperaba los deseos de vivir.

Poco a poco se había ganado la estimación de todo el mundo. Los lugareños habían terminado por considerarlo una autoridad, y sometían a su arbitraje toda clase de litigios. Él agradecía esa confianza, y procuraba resolver con ecuanimidad los asuntos que le eran planteados.

Nunca se burlaba cuando los aldeanos contaban historias que le parecían fantasiosas para su excesiva lógica. Le gustaba oírlas, contagiarse un poco de la credulidad e inocencia de los aldeanos.

Una de sus preferidas era la leyenda de las ninfas que habitaban las fuentes y los ríos. Esas diminutas criaturas tendían al sol las madejas de oro que habían hilado cantando y riendo, mientras danzaban en círculos alrededor de ellas y hacían brotar flores como alfombras perfumadas en la hierba cada vez que la pisaban con sus alados pies. Si en ese momento alguien se acercaba, recogían rápidamente sus ovillos y se ocultaban entre las rocas. Los aldeanos aseguraban que bastaba apoderarse de una sola de esas hebras de oro para obtener la felicidad. Por eso muchos recorrían sus dominios inclinados hacia la tierra, procurando encontrar el ansiado tesoro.

Un domingo en el que no viajó a ver a sus padres, Francesco emprendió un paseo en dirección al bosque. Poco antes de llegar, le llamó la atención una casa rodeada por un gran jardín florido. Los girasoles tendían sus cúpulas hacia el sol del atardecer entre el oscuro verdor de los arbustos; más lejos, un frondoso roble extendía sus

ramas sobre un prado de tréboles. De pronto se detuvo: había una mujer acodada en la baranda. Una mujer joven, realmente hermosa.

“¿Serán así las hadas de las que hablan los aldeanos?”, se preguntó. Los cabellos de la desconocida resplandecían como el trigo maduro, su nariz era breve y recta, y sus ojos turquesas lo miraron con una mezcla de agrado y asombro. Pero fuera de eso, permaneció completamente inmóvil, como si fuese una aparición irreal. Hubo un momento en el que a Francesco le pareció que el tiempo se había detenido.

Ella le dirigió una mirada indescifrable, giró lentamente y desapareció dentro de la casa.

Francesco olvidó por completo su propósito de recorrer el bosque, y volvió al pueblo casi sin darse cuenta de sus actos. Sus pies lo llevaban por sí solos, un canto se abría paso en su garganta, se sentía ingrátido, extrañamente exaltado. No recordaba haber experimentado antes algo parecido.

¿Quién era esa mujer? Debía averiguarlo. No podía esperar otro día sin saberlo.

Se encaminó al café y se lo preguntó a los aldeanos. Todos rieron al notar su ansiedad, y más cuando quiso saber si era una mujer casada.

—Es Giulia, la hija de Gianfranco Marchetti, que murió el pasado invierno —dijo Lucca.

—Pero no te será fácil acercarte a ella— intervino Nello, el propietario del local—. *Nén a feje!*⁴ Todos los que lo han intentado se han llevado un buen chasco.

—Es una muchacha muy trabajadora, eso sí— agregó Lucca—. Desde el alba se la ve en el campo. Pero te advierto que es bastante rara. Podrías haberte fijado en otra menos arisca; hay tantas mujeres bonitas en Montaña d’Orba.

A Francesco no le importó. Le bastó saber que ella existía y que no tenía dueño. Se preguntaba: “¿Qué me ha sucedido, que ahora experimento la desabrida conciencia de no estar en mi centro?” Cuanto más reían los otros y la reunión se iba haciendo más alegre, tanto

4. ¡Nada que hacer!, en lengua piemontesa.

más se sentía desconectado de ellos. Se quedó en silencio, habitado por la imagen de esa mujer en cuyos ojos había atisbado una antigua melancolía.

Desde entonces sus paseos se encaminaron invariablemente hacia la casa de Giulia. Siempre la veía en la baranda; la saludaba desde lejos y la miraba intensamente. Ella le sonreía apenas, sin hablar; un par de veces se había soltado el cabello, y al verla así, a Francesco le había parecido que se encendía la tarde.

De vez en cuando la encontraba en la plaza o a la salida de la misa dominical. Los ojos de Giulia lo miraban veladamente por entre la multitud; era una mirada de lenta soledad, como la de alguien que ha buscado largamente sin encontrar. Él no se atrevía a acercarse.

“Es como si estuviera dentro de un círculo magnético e ineludiblemente, sin poder evadirme” – se decía –. “Existo sólo porque la veo, y presiento absurdamente que también ella sólo existe porque yo la miro”. Sentía la necesidad y la imposibilidad de huir al mismo tiempo; la fuga como deber moral hacia sí mismo, y a la vez como traición al pacto impalpable que se había urdido por sí solo entre él y Giulia.

“Me pregunto si estoy fuera de mí, si he sido hechizado por el rostro más terrible del amor”. Buscaba palabras para revelar a Giulia lo que le sucedía, pero era como seguir una sombra en un espejo, o el destello de una luz, y cada vez era devuelto al vórtice de su impotencia. Entonces le escribía largos poemas de amor, y se los repetía a sí mismo, como si así pudiera tocarla:

“Te espero aquí en el viento
que sacude los árboles
al tibio atardecer
pero sé que vendrás
a la hora más incierta de los pájaros
por el trazo polvoriento de los sueños.
Estoy ciego desde que vi tus ojos
sólo oigo el ondular de tu vestido
y el roce de tus pasos a mi encuentro.
No demando razones
ni escudriño acertijos
conocerte fue un súbito relámpago.

Pero mientras no vengas
me quedaré hablándote al oído
en las voces secretas de la lluvia
en un fragor de trenes en sordina
en el alto sonido de una estrella”.

IV

EL PUENTE DE MONTAÑA D'ORBA

Zinia y Filippo subían la colina todos los domingos, de la mano de su madre, para acudir a la iglesia. La misa era sagrada para ellos, y no se podía faltar, a menos que uno estuviera gravemente enfermo. ¿No era Dios quien les daba todo lo que necesitaban para subsistir? Era bien poco retribuirle dando gracias en el templo.

Al volver a casa, buscaban los duraznos secos guardados desde el verano, los rociaban de azúcar, los tostaban al fuego y los comían en la sala, una acogedora estancia con una amplia ventana que se abría hacia el río, y amoblada con un par de sillones, un armario para la loza fina, un escritorio donde hacían las tareas, una mesita de centro para atender a las visitas y un arcón que unía el pasado con el presente. De ahí extraía la madre fotografías de sus antepasados, cartas amarillas por el tiempo, petacas que guardaban rubios cabellos, primorosos bordados del sangrante corazón de Jesús para repeler a los malos espíritus, placas identificatorias de soldados de la familia que habían peleado en la guerra del catorce, medallitas de la Virgen della Guardia, de l'Addolorata, de Maria Ausiliatrice y de los más milagrosos santos italianos, además de innumerables monedas antiguas.

Cuando el baúl se abría, Zinia y Filippo penetraban en un país habitado por personajes cuyas voces dormidas despertaban al conjuro de las manos que iban sacando a la luz las reliquias. Vivían entonces las vidas de sus ancestros, salidos por arte de magia de ese cofre de los prodigios. Les parecía que el tiempo había estado vigilando silencioso desde un rincón, y que emitía su soplo los domingos para devolverles un mundo que ya no existía. Cuando el baúl se cerraba, recobraba su condición de simple objeto, y nadie podía ya

adivinar las maravillas que allí reposaban.

Luego ambos se sentaban al calor del fuego, y la madre les contaba alguna leyenda. A Zinia le gustaban los cuentos de hadas, puestas por Dios sobre la tierra para ayudar a las personas buenas a ser felices.

Filippo prefería las historias de fantasmas penitentes, de brujas y de espíritus malignos que rondaban para perder a las almas. A Zinia esos relatos le producían tanto miedo, que daba vueltas y vueltas en la cocina, sin atreverse a caminar hasta su dormitorio alumbrada sólo con la exigua luz de una vela, hasta que su madre se lo ordenaba sacudiéndola de un brazo. Entonces corría a la cama y se tapaba la cabeza con las frazadas, creyendo conjurar así cualquier espantosa aparición que pudiese surgir de los oscuros rincones.

Uno de esos domingos, Mariagrazia les contó la historia del puente de piedra que pasaba sobre el río y unía el pueblo con el villorrio vecino.

“Esto sucedió hace mucho tiempo, *cand ij giari a portavo le sóche*⁵, antes que las mujeres aprendieran a hilar sus vestidos y a teñirlos con colores extraídos del cocimiento de raíces.

La iglesia de Montaña d’Orba estaba llena de grietas, y parecía que de un momento a otro se vendría abajo. Cada domingo disminuían los fieles que acudían a ella, por miedo a quedar sepultados durante el transcurso de los sagrados oficios.

No había fondos en nuestro pueblo para arreglarla, y el párroco se vio obligado a buscar alguna solución al problema, ya que corría el riesgo de quedarse sin feligreses.

Lo más sencillo parecía ser celebrar las misas en el villorrio cercano, situado al otro lado del río. Pero cuando se lo propuso a los aldeanos, éstos se sintieron mortificados.

¡Cómo se reirían los habitantes del otro pueblo! Reconocer ante ellos que no eran capaces de mantener su iglesia en buen estado sería una insufrible humillación. Sin embargo, el precepto dominical debía ser cumplido, para poder salvar sus almas de la condenación eterna. Estaban en un tremendo dilema.

Entonces Gidgetto discurrió que, si bien el templo amenazaba de-

5. Cuando los ratones calzaban zuecos.

rumbarse, no sucedía lo mismo con el campanario. Y las campanas eran las mejores de la región. Sonaban fuerte al Angelus, haciendo que los campesinos regresaran a sus casas, y su música llenaba de devoción los corazones.

¿Por qué no sugerirle al párroco que hiciera venir al sacristán del villorrio vecino dos veces al día, a tocar las campanas? Así, aunque fueran a misa al otro pueblo, se haría patente que ellos seguían teniendo su propia iglesia.

Se convino de esa manera, y diariamente se veía al sacristán, seguido por su perro, cruzar las calles de Montaña d' Orba rumbo al campanario. Allí tiraba con fuerza de las cuerdas y llenaba de sonidos el valle.

Todo funcionó de maravilla mientras hizo buen tiempo. Pero llegaron las lluvias, y el sacristán se llenaba de pavor cada vez que debía atravesar el frágil puente de madera, que se balanceaba peligrosamente, al punto que el buen hombre debía sujetarse con todas sus fuerzas para no caer a las turbulentas aguas. En ese entonces no existía este sólido puente de piedra donde podemos pasear al caer la tarde.

La cosa empeoró cuando la nieve y el hielo cubrieron la precaria armazón, dejándola muy resbaladiza. El pobre sacristán encomendaba su alma a Dios cada vez que debía cruzar.

“Me hago cada vez más santo”, se decía, “pero preferiría la seguridad de conservar la vida”.

Un día en que había nevado más que de costumbre, el sacristán resbaló y cayó del puente. Por suerte, fue a dar en una orilla del río, y no en medio de las aguas.

–¡*Sacramento!* ¡Me encomendaría al demonio si fuera capaz de hacer un puente firme como corresponde!– dijo con voz fuerte.

No había terminado de pronunciar esas palabras cuando ante él apareció un engendro con cuernos, barba de chivo y una fea cola encrespada, que le dijo:

–Me has convocado, y aquí me tienes. Puedo hacer un puente tan seguro como nunca se ha visto, y hacerlo en un abrir y cerrar de ojos. Pero con una condición: me llevaré al infierno al primer ser vivo que lo cruce.

El sacristán temblaba de miedo, pero su deseo de terminar con

el peligro fue mayor que su espanto. Movi6 la cabeza en se1al de asentimiento, pues no lograba coordinar el habla.

El demonio sonri6 maliciosamente, y desapareci6 en una nube de azufre.

El sacrist6n no pudo dormir esa noche. Daba vueltas en la cama, repiti6ndose que todo haba sido una alucinaci6n. Al alba se levant6, tom6 su desayuno y, como siempre, se llev6 consigo su perro y su pan con salame para com6rselo a media ma1ana.

Enfil6 hacia el puente, y vio con estupor que se haba convertido en una ancha y s6lida estructura de piedra sin rastros de nieve, pese a que segu6 nevando copiosamente.

Aterrado, record6 el pacto que haba hecho con el Maligno el d6a anterior.

El pueblo comenzaba a despertar. Muy pronto alguien atravesar6 el puente, y 6l ser6 culpable de haber enviado un alma buena al infierno. El coraz6n le lat6 como un tambor, y llam6 en su auxilio a su 6ngel de la guarda, pidiendo perd6n por su imprudencia.

Entonces una idea se abri6 paso en su mente.

Sac6 su pan con salame y lo tir6 al otro extremo del puente. El perro, al ver que su amo desechaba un manjar tan exquisito, corri6 alegremente a cogerlo para dar cuenta de 6l.

Hecho esto, el sacrist6n avanz6 tras el animal. Al punto apareci6 el demonio, con una mal6vola expresi6n en su rostro llameante.

–Eres m6s tonto de lo que imaginaba– tron6–. 7As6 que es a ti a qui6n me llevar6?

–7C6mo que a m6?– retruc6 el sacrist6n–. El primero que pas6 fue mi perro, y t6 dijiste que te llevar6s al primer ser viviente que cruzara esta magn6fica obra que nos acabas de regalar. Llévatelo, y estaremos a mano.

El diablo iba a replicar, pero la rabia lo hizo atragantarse, y hubo de volver a las profundidades con la verg6enza de haber sido enga1ado. En su ofuscaci6n, ni siquiera se llev6 al perro.

El sacrist6n corri6 a tocar jubilosamente las campanas. Sonaron m6s fuerte que nunca, y despertaron a todo el mundo.

Cuando los lugare1os se enteraron de lo ocurrido, se dirigieron en tropel a mirar el puente. Para su sorpresa, vieron que la portentosa estructura continuaba en pie, y constataron una vez m6s que el

demonio, aunque era el padre de la mentira, también respetaba sus compromisos.

Hubo una gran fiesta, y los de Montaña d'Orba bailaron hasta el amanecer, festejando la victoria.

El párroco pronunció un bonito sermón, haciendo notar que Dios se vale hasta de Satanás para ayudar a sus hijos cuando están en problemas.

Gigetto se pavoneaba, ufano de haber tenido la buena idea de hacer venir al sacristán del pueblo vecino, y propuso que el astuto campanero fuese nombrado habitante honorario de Montaña d'Orba. Eso fue acogido con alborozo por todos los aldeanos.

Así fue cómo nuestro pueblo consiguió este hermoso puente que dura hasta nuestros días”.

Zinia reía y aplaudía, orgullosa de vivir en un lugar donde hasta el demonio podía ser burlado por el ingenio humano.

Esa noche no tuvo miedo de dormir a oscuras, rememorando la hazaña del sacristán.

CONCETTA

A Zinia le gustaba recoger piedras en sus caminatas a orillas del río y por las colinas cercanas; las ponía en el estante de su dormitorio, junto a los libros heredados de su *nonna*, que había sido la maestra de la escuela del pueblo hasta su muerte. Antes de dormirse le daba una larga mirada. Le provocaban la certidumbre de que nada había cambiado; eran las mismas de siempre, y seguían allí. La sensación de permanencia que le transmitían era lo que realmente le agradaba de ellas. Desde aquella vez en que había llegado a su casa con un ramo de dédalos de oro marchitos, recogidos en la berma del tren, se había percatado de que en el mundo todo cambiaba vertiginosamente.

Pero su amor por las piedras provenía también de la creencia ancestral en sus poderes sobrenaturales. Para los habitantes de Montaña d'Orba, las piedras tenían alma, e influían poderosamente en sus existencias; creían que el soplo de la vida se albergaba en las cosas de la naturaleza consideradas inanimadas.

A las afueras del pueblo estaba la *Róch dla sguija*, una maciza y pulida roca de dos metros de altura, que traía buena suerte a quienes se subían a ella y se deslizaban hasta el suelo. Un poco más allá se alzaba la *Róch del giudisi*, donde tenían lugar en el pasado los juicios de los litigantes: encima de ella se ponían los escritos que contenían los requerimientos de ambas partes, los de una al lado izquierdo, los de la otra, al lado derecho. La roca no tardaba en moverse hacia uno de los dos extremos, indicando así a quién favorecía su dictamen.

La *Róch dla fantina* tenía misteriosas incisiones geométricas que, al decir de los antiguos, habían sido hechas por las laboriosas manos de las hadas, primeras habitantes de la zona. Habían sido ellas las

que le habían enseñado a la gente del lugar el pastoreo y el cultivo en terrazas de la vid, único sistema posible en esas abruptas pendientes.

A raíz de la evangelización cristiana, los lugareños habían dejado de poner flores el día de los muertos sobre las *Pere del saccoce*, grandes macizos de piedra surcados por concavidades y grietas que semejaban canales y que se creía eran huellas de seres ultraterrenos. Algunos referían que eran antiguos altares celtas donde se sacrificaban enemigos y ciertos animales.

Por respeto al sacerdote cristiano, habían acatado la orden de suprimir las ofrendas florales y no seguir rindiendo culto a las piedras. Pero la creencia había permanecido casi intacta, y solía encontrarse algún pastor alpino ocupado en grabar símbolos solares sobre las piedras del rayo, a fin de mantener las tormentas lejos de su rebaño.

Así como Zinia sentía la influencia benéfica de algunas piedras, tenía miedo de otras a las que consideraba malignas por lo que contaban de ellas, y daba siempre un gran rodeo para evitarlas.

Eran *le roch dle masche*⁶, a cuyo alrededor se reunían las brujas en tiempos lejanos para celebrar el *baravantan* nocturno, ritual en el que bailaban hasta el amanecer en brazos del demonio. Después se dormían sobre las piedras, y parecían dulces ancianas, pero la verdad era que, en vez de haber sido vencidas por el sueño, se desdoblaban, y su espíritu emprendía viajes astrales hacia lugares inimaginables.

Un gato negro custodiaba durante el día sus cuerpos inertes. Concetta, la vieja pitonisa que vivía en la ladera de la montaña, decía que, cuando alguien se acercaba, el animal le pedía “un poco de salame” (*poch salam*), con una mirada maliciosa. “Había íncubos malignos encarnados en su cuerpo”, agregaba. Nadie se había atrevido nunca a continuar mirando la escena; todos se alejaban rápidamente, con la cabeza alta, la vista perdida a lo lejos y los dedos índice y meñique “haciendo los cuernos”, señal que constituía un conjuro contra el mal.

Ahora ya no se veían *le masche*, continuaba Concetta, porque se

6. Las rocas de las brujas.

habían refugiado en aldeas intocadas por el progreso; no les gustaba la electricidad, y abominaban de los artefactos modernos, como el teléfono y la radio.

Cada primavera la naturaleza despertaba de su helado sueño y renacía en las primeras flores, invitando a los aldeanos a salir de sus casas, a dejarse acariciar el rostro por la brisa, a beber el espumante vino de la vida.

Entonces aparecía Concetta. Se la veía venir desde la montaña, con la espalda doblada, los zuecos de madera que parecían no rozar siquiera el polvo del camino, el pelo tomado en un moño bajo el manto que le cubría la cabeza. Su casa estaba en el límite del bosque, circundada detrás por las altas cumbres, el ancho valle hacia adelante. Desde ahí se dominaba toda la aldea.

El techo de su vivienda era una *lose*, gran piedra lisa y cuadrada. Otras casas tenían el mismo techo, y nadie sabía cuándo ni cómo esas piedras habían sido puestas allí. Según la tradición, habían sido traídas por los dioses para que los habitantes del pueblo pudieran cobijarse.

El jardín de Concetta era el más bello del villorrio. Lo llamaban el Jardín de los Relojes, debido a que cada macizo de flores que ahí crecía abría sus corolas a una hora determinada, distinta para cada uno, obedeciendo al movimiento rotatorio de la tierra. ¿De dónde había sacado esas flores, y cómo habían sido dotadas de esa virtud? No lo sabían, pero a nadie lo desconcertaba tal misterio. Concetta reinaba sobre los elementos de la naturaleza. Sabía anudar los hilos de la tempestad, que retrocedía ante su presencia; pronunciaba conjuros cuando se enfermaban las cabras montaraces y lograba con ellos que volviesen a subir alegres por las laderas de las montañas.

Al encontrarse ante ella, los aldeanos sentían que sus ojos penetraban hasta el fondo de las conciencias, y nadie era capaz de sostener su mirada.

Se decía que tenía más de doscientos años, y que a su alrededor todo florecía. Para Zinia, como para muchos aldeanos, Concetta era la última de las hadas, y sentían por la anciana un afecto reverencial.

Era además la memoria colectiva del pueblo, que les recordaba

el pasado y las costumbres que debían respetar.

Todos los días, al caer la tarde, la vidente caminaba hasta el río y subía a una larga piedra lisa tendida sobre un montículo, que sólo ella podía tocar. Desde ahí, como en trance, emitía sus oráculos.

Apenas veían a Concetta dirigirse a ese lugar, preestablecido desde tiempos inmemoriales, todos la seguían, ansiosos de escuchar otra vez sus palabras proféticas. Cada uno traía su silla, y cuando se extinguía el último rayo del sol, ella comenzaba a hablar. Entornaba los ojos, y los aldeanos asistían a un monólogo cargado de revelaciones y enigmáticos alcances. Nadie se atrevía a decir nada, tanto era el respeto que les inspiraba.

En una de esas ocasiones dijo:

“Cada elemento de la naturaleza alberga un significado más profundo que el que aparenta. Lo que tiene mayor valor no es lo que vemos, sino lo que se oculta tras el velo. Todas las criaturas están conectadas con la divinidad, y debemos descubrir esos hilos invisibles.

¿Habéis visto el Cromlech, ese cúmulo de piedras dispuestas en forma circular que se encuentra en la montaña a más de dos mil metros de altura? Debemos respetar y conservar su ubicación y su forma, protegiéndolo de toda intervención humana. Nuestra tarea es mantener el equilibrio y la armonía entre las cosas vivas y las mal llamadas inertes. Yo estoy aquí para que esto no se olvide.

Seguramente nunca habéis contado las piedras que lo componen. Son cuarenta y seis, y están hundidas en el suelo hasta la mitad, formando un círculo de setenta y dos metros de diámetro.

Desde el centro del círculo se puede ver surgir el sol en el solsticio de verano detrás de la tercera piedra, cuyo vértice tiene tres puntas. La séptima está coronada por siete puntas, y muestra la salida del sol en primavera y en otoño. El círculo completo de las cuarenta y seis señala las posiciones de los astros en el firmamento.

Dentro del Cromlech se siente una energía ingrávida, que libera el espíritu de su cuerpo y lo hace volar al encuentro con la divinidad. Podéis hacer esta experiencia, pero antes debéis disponer el alma para ello, cerrando los ojos y dejando que penetre por vuestra piel la armonía del cielo. Esto es, echar el cerrojo a los sentidos externos y provocar la apertura del corazón.

Entonces y sólo entonces el Cromlech os entregará el conocimiento y la energía que encierra.

Siempre debéis tener claro que somos sus custodios. En él reside un gran poder, que no debe ser jamás profanado; eso atraería sobre todos nosotros grandes males”.

Los aldeanos escuchaban casi sin respirar, aunque no comprendían del todo esas palabras.

“Ya los romanos supieron esto”, continuó la anciana. “Sus augures los habían prevenido. Por eso no tocaron el círculo sagrado, y desviaron el camino que estaban construyendo para llegar a Francia.

El Cromlech fue traído hasta aquí por divinidades invocadas por los druidas, maestros de la ciencia y la religión que se encargaban del culto a los espíritus de las fuentes, de los ríos, las piedras y los bosques. Utilizaban los conocimientos del hermetismo egipcio, de los magos persas y de los astrólogos caldeos. Las serpientes no los tocaban, y controlaban los ciclos de siembra y cosecha.

De ellos hemos aprendido muchos secretos, como el no silbar de noche, porque eso atrae a los demonios.

No se debe turbar la paz de las cosas inanimadas. Si rompemos la armonía, los íncubos y las sirenas harán naufragar las barcas, y enfermedades desconocidas se abatirán sobre nosotros y sobre nuestros ganados. Toda Montaña d’Orba sufrirá las consecuencias”.

Dicho esto, Concetta abrió los ojos y volvió a su casa en silencio.

La gente se retiró como si hubiera escuchado una voz descendida de lo alto. Por el camino iban comentando sus palabras, haciendo conjeturas sobre lo que Dios deseaba para ellos. Lo sagrado y lo profano se confundían en sus mentes, pero les resultaba fácil vivir así, protegidos por todos los poderes superiores. Sólo se requería saber el correcto comportamiento ante lo sobrenatural, y eso se lo enseñaban Concetta y Fra Gennaro.

No había angustia en sus corazones, a pesar de la guerra que convulsionaba el país. Pensaban que cuando el conflicto terminara todo volvería a ser como antes; mientras tanto, había que resistir y cumplir los designios del Señor; así estarían a salvo de toda adversidad.

VI

EL ENCUENTRO

Giulia caminaba ensimismada hacia el pueblo, bordeando el río. El villorrio comenzaba a eclipsarse por la sombra de las montañas. De pronto tropezó y estuvo a punto de caer a la corriente. Dio un grito, pero de inmediato se sintió cogida por unos brazos firmes que la separaron del impetuoso caudal.

–Es peligroso caminar al borde del agua– balbuceó Francesco. Al sentir el calor del cuerpo de Giulia, se desconcertó y no supo qué más decir. La soltó, dio un paso atrás y se quedó mirándola indeciso.

A ella le pareció que le faltaba la respiración y que una extraña languidez la recorría. Trató de encontrar alguna palabra ingeniosa que rompiera la tensión, pero no se le ocurrió ninguna. Alzó la cabeza, y Francesco pudo ver en sus ojos el ir y venir de una espera.

Cuando él volvió a hablar, no supo por qué sus palabras fueron totalmente distintas a las que tantas veces había imaginado decir.

–Creo que ya nos conocemos, aunque no nos han presentado... Soy Francesco, el profesor del pueblo, y hace tiempo que quiero hablar contigo... ¿Puedo ir a verte mañana, a esta misma hora...?

Giulia quiso decir que sí, pero una repentina timidez sólo le permitió asentir con la cabeza. Le dio apresuradamente las gracias y se alejó a paso tan rápido que el viento alborotó su pelo. Mientras se acercaba al pueblo no dejaba de recriminarse a sí misma. ¿Por qué se había comportado tan estúpidamente? ¿Por qué no le había preguntado de qué quería hablarle? ¿Acaso le iría a decir lo que ella no se atrevía siquiera a esperar?

Esa noche no pudo dormir; Francesco ocupaba todo su pensamiento. Al día siguiente estaba en pie antes de la salida del sol, atrapada en una ansiedad que crecía por momentos. Iba de un lugar de

la casa a otro, sin hacer nada; miraba su reloj pulsera, el del salón, el del velador; le parecía que no avanzaban, como si se hubieran conjurado para impedir su encuentro con Francesco.

“¿Y si me he equivocado?”, se decía. “¿Si sólo me mira como una posible entretención, con la cual distraerse un poco de su soledad? O tal vez lo único que quiere es pedirme algún favor”. Pero una intuición huidiza le decía que había otra cosa.

Antes de la llegada de Francesco se había preguntado muchas veces si había un hombre destinado para ella, y si lo había, cómo podría reconocerlo. Al pasar el tiempo sin haberlo encontrado, se había convencido de que no existía, o de que un genio maligno le impedía aparecer en su vida.

Ahora todo había cambiado. Desde que lo había visto mirándola ante la blanca empalizada del jardín, entre admirado y atónito, había esperado cada tarde su aparición; pero no se explicaba el desamparo que experimentaba al enfrentar sus ojos. “¿Qué hay detrás?”, se preguntaba.

Hiciera lo que hiciera, la imagen de Francesco volvía a su mente: el rostro que revelaba un fuerte temple mental por el mentón cuadrado y hendido, ciertos gestos que la hacían imaginar intensos sentimientos. Se resistía a creer que fuera el hombre que esperaba; la atemorizaba sufrir un desencanto. Pero en la noche anterior se había soñado mirando una enorme extensión de agua oscura, bajo la cual corrían hilos de luz, mientras una voz remota y casi inaudible le decía: “¿Y si fuese cierto?”

Al despertar la había atravesado una absurda esperanza, seguida por una especie de lenta congoja alojada en todos los puntos de su cuerpo.

Al caer la tarde, Francesco se encaminó a buscarla. Respiraba el perfume de Giulia en sus brazos; más aún, era como si cada cosa despidiera su propio aroma. “Todo debe tener su perfume en el espacio”, se dijo, “la nube tráfuga, el estrépito del río, las gotas que inauguran la mañana, los pactos de la lluvia, los ciclos de la luna, el cielo suspendido sobre nuestras cabezas”. Cuando divisó la casa, le pareció que las ventanas refulgían al llameante sol del ocaso. Se dijo

que era uno de esos momentos en que la vida irrumpía con toda su potencia, incitando a actuar de maneras nunca intentadas. Pero mientras se acercaba pasaban ante sus ojos toda clase de imágenes adversas, ante las que se sentía completamente perdido. Sacudió evasivamente la cabeza, y golpeó la puerta con decisión.

Giulia abrió y lo saludó sonriente.

—¿Quieres pasear un poco por la orilla del río?— le preguntó Francesco.

El aire estaba tibio, la hierba susurraba bajo sus pies, y ella advirtió sorprendida que su ansiedad había desaparecido. Lo más extraño era que se sentía bien y en paz a su lado.

Impensadamente, todos los demás seres humanos le parecieron insignificantes. Sólo Francesco poseía la facultad suprema de darle todo el bien y todo el mal; sólo él tenía en sus manos la llave de su felicidad. Tuvo la impresión de que las palabras de amor aún no dichas se escurrían entre los árboles, como soplos ansiosos de convertirse en su propia voz.

Francesco se sentía igualmente transportado a una nueva dimensión de la realidad.

“¿Habrá alguien que escribe previamente los argumentos de lo que vamos a vivir?”, se preguntó, y luego se dijo: “Es inútil interrogarse; sólo hay que estar atento a lo que ocurre y seguirlo hasta su desenlace, sin dar al autor la oportunidad de hacernos caer en la indecisión”.

Tenía deseos de reír; ahora le parecía ridículo haber esperado tanto para hablarle a Giulia. Se daba cuenta de que su tardanza había sido una mera estrategia defensiva nacida del temor: el temor de ilusionarse en vano, el temor de conquistarla y luego perderla. “Pero tal vez hoy es uno de esos días en que sólo la fantasía y hasta la locura hacen posible que el deseo mágico se abra paso hasta lograr lo que quiere”, se dijo.

Experimentó una sacudida eléctrica cuando le tomó una mano. Ella respondió entrelazando sus dedos en los suyos, como si fuera algo natural, como si hubieran compartido sus vidas desde siempre.

Tomaron la costumbre de encontrarse todas las tardes, de recorrer el bosque, los parajes del río, las calles del pueblo. “Pero podría-

mos estar en cualquier otra parte del mundo y sería lo mismo”, pensaba Giulia. “Podría estar sentada con él en el café, en la escalinata de la iglesia, asistir a una fiesta, o esperar el tren en la estación; igual tendría esta sensación de haber nacido de nuevo, de entrar por primera vez en la verdadera realidad”.

VII

EL PARTISANO

Antonino, el marido de Mariagrazia, se encontraba en Génova; su regimiento se había detenido ahí para esperar nuevas órdenes del alto mando italiano. Pensó que desde ese punto le sería fácil llegar al escondite de los partisanos de Montaña d'Orba. Sabía que si lo descubrían, el castigo sería el fusilamiento inmediato; pero era algo que venía reflexionando hacía mucho tiempo.

Dadas sus funciones de enfermero militar, lo habían asignado al hospital de la ciudad. Esa circunstancia le proporcionó mayor libertad para urdir el plan de fuga.

“Los alemanes nunca nos han tratado como aliados; se creen los dueños del país”, se decía, mientras recordaba la reacción de un teniente alemán cuando él no había querido cederle el asiento en el tren. Se había puesto rojo de rabia y había proferido toda clase de insultos y amenazas; pero él no se había movido, hasta que un oficial italiano se lo pidió con una sonrisa de complicidad. Sólo entonces se había levantado, y sin saber si el alemán le entendería, le había dicho que sólo obedecía órdenes de sus superiores.

El día anterior había hablado de su propósito con el médico del regimiento, que le estaba agradecido por la ayuda que le prestaba como enfermero. Se había enterado de que el doctor también era socialista, y se atrevió a preguntarle cautelosamente si podía ayudarlo a escapar. El médico trató de disuadirlo, advirtiéndole que un intento de fuga casi equivalía a un suicidio; además, no veía cómo podía serle útil en un proyecto como ése.

—Basta que digas que estoy curando a un herido cuando pregunten por mí en la noche, y no des parte de mi desaparición hasta el día siguiente— dijo Antonino—. Así ganaré varias horas antes que empiecen a buscarme.

—Es una locura. Pero veo que ya lo tienes decidido.

—Así es. Pase lo que pase.

—¿Y cuándo piensas hacerlo?

—Cuanto antes.

El médico miró aprensivamente a su alrededor, como si alguien los pudiera escuchar. Bajó la voz y habló casi en un susurro.

—Dentro de dos días partiremos a Rusia... Si vas a huir, debe ser mañana. No tendrás otra oportunidad. Ahora iré a hacer la ronda a los enfermos civiles, y trataré de conseguir algunas ropas para ti. No puedes irte de uniforme; te reconocerían de inmediato. Y lo mejor es que salgas por la puerta principal, como si fueras un ciudadano corriente. Hazlo apenas caiga el sol.

Estrechó en un fuerte abrazo a Antonino, y agregó con tristeza:

—Suerte, amigo. Quizás no nos volvamos a ver.

Antonino sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas, y sólo pudo decir con la voz quebrada:

—Gracias. No te olvidaré jamás.

Todo resultó como lo habían preparado. El médico fingió asombrarse cuando le notificaron que su ayudante había desaparecido, y nadie sospechó de él. Un piquete de soldados salió a buscar al desertor por la ciudad, pero Antonino ya se encontraba camino a las montañas.

Eligió senderos solitarios, distantes de la vía férrea. Los había recorrido muchas veces durante su niñez, ya que a su padre le gustaba salir de caza a los montes, y él siempre lo había acompañado. En esas incursiones había aprendido a usar el fusil, y adquirido una excelente puntería disparando a conejos y codornices.

Al cabo de tres días avistó el campamento de los partisanos. Se acercó con los brazos en alto, hasta que algunos de sus amigos lo reconocieron y salieron a su encuentro para darle una calurosa bienvenida.

Lo abrazaron, le ofrecieron un vaso de vino, y bajo un castaño surcado de cicatrices comenzaron a cantar *O bella ciao*⁷, una canción

7. Canción piemontesa que expresaba la protesta de las llamadas "mondine", las trabajadoras de los arrozales, por las duras condiciones en que debían extirpar la cizaña que brotaba entre esos cultivos. Trabajaban curvadas todo el día, con los pies en el agua, y cualquiera que se detenía era castigada por su respectivo supervisor.

nacida entre las trabajadoras de los arrozales piemonteses que los rebeldes habían hecho suya, cambiándole la letra para convertirla en una apología de su lucha por la libertad.

*Una mattina mi son svegliata
O bella ciao, bella ciao, bella ciao, ciao, ciao
Una mattina mi son svegliata
e ho trovato l'invasor.
Oh partigiano, portami via
Oh bella ciao, bella ciao, bella ciao, ciao, ciao!
Oh partigiano portami via
che mi sento morir.
E se io muoio da partigiano
Oh bella ciao, bella ciao, bella ciao, ciao, ciao!
tu mi devi seppellir.
E seppellire lassú in montagna
Oh bella ciao, bella ciao, bella ciao, ciao, ciao !
E seppellire lassú in montagna
sotto l'ombra di un bel fior.
E tutti quelli che passeranno
Oh bella ciao, bella ciao, bella ciao, ciao, ciao!
E tutti quelli che passeranno
E diranno Ohí che bel fior!
E questo é il fiore del partigiano
Oh bella ciao, bella ciao, bella ciao, ciao, ciao!
É questo é il fiore del partigiano
morto per la libertà.⁸*

En eso Antonino vio que se acercaba al grupo un hombre alto, rubio y de ojos azules, que le parecieron duros e inquisitivos. El hombre interrumpió el canto con un gesto autoritario y se encaró con él.

8. Esta mañana me levanté /oh bella, ciao, ciao.../ y encontré al invasor./ Oh, partisano, llévame contigo/ que me siento morir./ Y si yo muero como partisano/ tú me debes sepultar/ sepultar arriba en la montaña/ bajo la sombra de una bella flor./ Y la gente al pasar dirá: esta bella flor/ es la flor del partisano/ muerto por la libertad./ Oh bella, ciao, ciao...

–Me dicen que te llamas Antonino. ¿De dónde eres, y por qué quieres unirme a nosotros?

Antonino le sonrió, comprendiendo su recelo, y señaló a sus amigos.

–Ellos me conocen de toda la vida, y saben que siempre he tenido ideales socialistas. Soy de Montaña d’Orba, y deserté porque ya no aguanto más esta guerra que nos ha convertido en sirvientes de los alemanes. Quiero luchar por librar a mi patria de los fascistas.

–Es de los nuestros, Fabrizio– intervino uno de los del grupo.

Fabrizio abandonó su actitud de sospecha, desplegó una franca sonrisa y estrechó la mano de Antonino.

–Bienvenido– dijo–. ¿Qué nombre de combate escogerás?

Antonino se quedó reflexionando un momento.

–Me llamaré Pippo, en honor de mi hijo Filippo– dijo al fin.

Se vio palmoteado por todos, entre aclamaciones de *Bravo, Pippo!*, mientras algunos reiniciaban el *Bella ciao* y el grupo entero lo conducía al interior de una cueva para señalarle su alojamiento.

Una semana después, Antonino bajó de noche a Montaña D’Orba, y entró en su casa sin que nadie lo viera. Mariagrazia y los niños dormían, y él la remeció suavemente.

Mariagrazia despertó, y al reconocerlo experimentó un gran sobresalto. Abrió la boca, pero Antonino se la cubrió con una mano, mientras se llevaba un dedo a los labios para indicarle silencio.

–Shhhh... Habla en voz baja; nadie debe saber que estoy aquí.

–Qué pasó... por qué te apareces así, a esta hora, y sin uniforme...?– susurró Mariagrazia, recorriéndolo con ojos atónitos.

–Me fugué del ejército y me uní a los rebeldes... Estoy con ellos en las montañas cercanas...

–¿Y si te siguieron el rastro y te encuentran...?

–Los despisté por completo... Ni siquiera sospechan hacia dónde fui...

–¿Y cómo... te encuentras ahí...? ¿No pasan hambre, frío...?

–Estoy bien... Me recibieron con los brazos abiertos, y no nos falta nada... Incluso ahora podré venir a verlos de vez en cuando...

–Cuídate, Antonino, por favor...

Él le acarició el rostro.

–Ahora me llamo Pippo, como nuestro hijo. Es mi nombre de combate.

Mariagrazia sonrió, a pesar de su zozobra.

–El único problema es que ya no recibirás mi paga del ejército. Lo lamento, pero no podía seguir sirviendo a los fascistas, y estaban a punto de mandarme a Rusia.

Mariagrazia se quedó un rato en silencio. Luego lo abrazó; Antonino sintió su rostro húmedo contra el suyo.

–De alguna manera nos arreglaremos... Tenemos el huerto, las gallinas y los conejos... Lo importante es que estás vivo, y cerca de nosotros...

–Tengo que irme, *mia piccola*. Besa por mí a los niños, y cuídalos mucho. Volveré pronto. Adiós.

Le dio un largo beso en los labios y desapareció silenciosamente en la noche.

VIII

EL TRATO

Para proteger a la población de las incursiones aéreas, el gobierno ordenó que todos mantuvieran los hogares en penumbra durante las noches, y apagaran las luces al abrir la puerta de calle. A esa Italia a oscuras siguió la Italia del racionamiento y de la manipulación química de las substancias nutritivas con fines bélicos.

El alto mando fascista había descubierto que de las patatas fermentadas se podía extraer alcohol, y que éste servía para fabricar gasolina sintética, por lo cual, a pesar de su alta producción, pronto comenzaron a escasear. De los tomates se decía que actuaban sobre el nervio óptico, y que si las tropas aumentaban su consumo, podrían ver de noche como los gatos; por lo tanto, eran requisados apenas verdeaban. La leche suministraba materias plásticas para la fabricación de aviones, las fibras del vidrio se usaban para confeccionar uniformes militares, y se descubrieron tantos otros ingredientes químicos útiles para la guerra en los alimentos, que se produjo un desabastecimiento general de la población.

La cartilla de racionamiento ponía a la gente en el límite de la subsistencia. Sólo permitía comprar por cada persona un huevo y dos kilos y medio de pan negro a la semana, y apenas veinte kilos de carne al año. La leche estaba reservada exclusivamente para los niños: un cuarto de litro semanal. La consecuencia fue una propagación generalizada del raquitismo infantil.

El mercado negro se extendió por toda Italia. En los pueblos, sus habitantes ocultaban de las requisas oficiales cuanto alimento podían.

Las telas escaseaban. El hilo y las agujas se cotizaban a precios imposibles en el mercado negro. En vista de eso, las mujeres de Mon-

taña d'Orba habían regresado a la antigua costumbre del hilado y teñido del cáñamo y el lino.

La *zia* Cristina tenía un gran terreno detrás de su casa; allí había construido una alberca para remojar el cáñamo que cultivaba en sus campos. La planta crecía muy bien, no necesitaba mayores cuidados, y ella hacía un buen negocio cambiando las fibras por harina de trigo, polenta, huevos y otros comestibles.

Experimentó un gran disgusto al ver llegar una mañana a Mariagrazia y sus hijos; supuso que venía a pedirle harina. Su sobrina le daba pena, pero ella no podía regalar lo que tanto esfuerzo le costaba. Después de todo, también su familia debía vivir. ¿Era acaso culpa suya que Mariagrazia, en vez de abortar, como le habían aconsejado, se hubiera empeñado en tener esos niños? Para colmo, al inútil del marido se le había ocurrido que tenía ideales, y se había ido con los rebeldes a la montaña. Claro, siempre era más fácil huir que hacer frente a las responsabilidades; y lo peor era que ahora su sobrina ni siquiera recibía la paga del ejército.

Antes que Mariagrazia pudiera hablar, le dijo torvamente:

–Si vienes a pedirme alimentos, te digo desde ya que aquí todo se vende. Así están los tiempos.

–No vengo a mendigar nada, tía– replicó Mariagrazia–. Vengo a proponerte un negocio.

La mujer la miró recelosa.

–¿Qué negocio?

–Tú vendes la harina a doscientas liras el kilo. Véndemela a trescientas; yo la llevo a Génova y le saco un precio mejor, el que pueda.

La tía lo pensó detenidamente. Sabía que llevar alimentos a cualquier ciudad era muy peligroso; si la policía sorprendía a Mariagrazia, la encarcelarían por contrabando. Y luego se enterarían de que la harina se la había vendido ella, y quizás también la meterían en prisión. Por otra parte, no le vendría mal una ganancia extra. Pero entonces algo le llamó la atención en la propuesta de su sobrina.

–¿Y por qué me la vas a pagar más cara?

–Porque no puedo pagarte ahora, sino después que la venda.

–Ah, ya sospechaba que había gato encerrado.

–No hay ninguno. Estoy dispuesta a dejarte una garantía.

–¿Qué garantía?

Mariagrazia sacó un pequeño envoltorio de su bolsillo y lo abrió.
–Son los aretes que me dejó mi madre. Valen bastante más que cualquier cantidad de harina que me vendas.

La tía los cogió y los hizo tintinear. Un destello de emoción humedeció sus ojos.

–¿Sabías que se los regaló mi padre cuando cumplió quince años?

–Sí, ella me lo contó.

La tía volvió a mirar los aretes, y los encerró entre sus manos.

–Está bien, Mariagrazia. Te venderé la harina. Y ojalá no tengas ningún problema, para que puedas recuperar tu reliquia.

Mariagrazia se retiró con dos saquitos de cinco kilos sobre su cabeza; así transportaban muchas cosas las mujeres del pueblo. Debería dejar solos a sus hijos todo un día, y quizás también una noche. Tendría que elegir caminos solitarios entre los campos; resultaba muy riesgoso tomar el tren, pues usualmente les revisaban los bártulos a todos los que venían de los pueblos, a fin de impedir el tráfico de alimentos.

Se sentó a descansar a la sombra negra de los castaños; Zinia y Filippo corrían alrededor de los terneros que brincaban dándose topetones. “Le pediré a Giulia que los cuide hasta mi regreso”, se dijo. Los llamó, e hicieron el resto del camino cantando.

IX

EL SACO DEL DIABLO

Mariagrazia partió temprano, apenas llegó Giulia.

Al mediodía, Giulia les sirvió a Zinia y Filippo un buen plato de polenta con huevos; luego los llevó a jugar al bosque, para que no se preocuparan por la ausencia de su madre.

Caminaron entre las grandes acacias hasta llegar a una curiosa piedra que se parecía a un saco lleno de papas.

—¿Saben cómo tomó esta forma?— les preguntó Giulia.

Ellos no lo sabían, pero Filippo dijo que había visto algunas mujeres recién casadas depositando una pluma de gallina roja sobre la piedra.

—Es una tradición que conmemora un suceso acaecido hace muchísimos años— dijo Giulia—. *S'it veus it conto na fáula ch'am contava sempe mia mare cand i j'era cita.*⁹

Zinia aplaudió contenta.

—Sí, sí, me gustan mucho las leyendas.

Ambos hermanos se sentaron en la hierba y se dispusieron a escuchar.

“Cuentan que en una época lejana e imprecisa, cuando el diablo andaba suelto por la tierra haciendo de las suyas, pasó por este bosque un campesino.

De pronto se detuvo al ver un saco erguido en medio de un claro. Pensó que contenía la cosecha de algún lugareño que volvería a buscarla, y discurriendo que lo hallado es de quien se lo encuentra,

9. Lengua piemontesa. Si quieren les cuento una fábula que me contaba siempre mi mamá cuando yo era chica.

trató de tomarlo para llevárselo. Pero pesaba tanto que ni siquiera logró moverlo.

–¡Uff! ¡Parece que el diablo está dentro de este fardo!– dijo en alta voz, malhumorado.

Apenas pronunció estas palabras, el saco se abrió, y efectivamente, el diablo saltó afuera.

–Te has atrevido a invocarme, hombrecillo insignificante– dijo el íncubo, con voz atronadora–. Por haberme molestado en mi descanso, deberás venir dentro de un año y decirme desde hace cuánto tiempo vivo en este bosque. Si no vienes, te iré a buscar, te traeré arrastrándote de la nariz, y tendrás que darme igualmente tu respuesta. Si no aciertas, te condenaré a no moverte más de este lugar y a servirme en todo lo que te mande.

Volvió el campesino a su casa, desesperado y arrepentido de haber intentado apoderarse de lo que no era suyo. Por el camino iba pensando: “¿Por qué cedí a la tentación de tomar el saco y llevármelo?” Se dirigía a Dios con lágrimas en los ojos, pidiéndole que perdona su mala acción e implorando su ayuda. Necesitaba un verdadero milagro, pero nadie respondía a sus súplicas. ¿Cómo lograría saber desde cuándo habitaba el diablo ese lugar? Y tanto que les había advertido el párroco que no nombraran al Maligno, pues era como llamarlo...

Desde entonces perdió los deseos de comer, y la melancolía se apoderó de su ánimo. No se atrevía a contar lo sucedido, pues se avergonzaba de sí mismo. Cada día estaba más delgado.

Las mujeres tienen una gran intuición, y su esposa lo acosó hasta que el campesino le confesó todo. Cuando ella se enteró, lo tranquilizó y lo hizo alimentarse, asegurándole que le encontraría alguna solución.

Transcurrió el tiempo, y cada vez que el campesino recordaba el plazo fatal y la ansiedad lo embargaba, la mujer le devolvía la paz con una sonrisa, diciéndole:

–*Tranquil. Ēstas chiet. Mi I sai ‘sicur lón che fé.*¹⁰

Cuando iba a cumplirse el año, la mujer mató cuatro gallinas y

10. Lengua piemontesa. Tranquilo. Quédate quieto. Yo sé muy bien lo que voy a hacer.

las desplumó; luego se desnudó, se cubrió de miel y se revolcó en las plumas hasta que se le pegaron todas al cuerpo.

Un día antes de que finalizara el plazo, se fue al bosque caminando en cuatro patas, como los animales.

El diablo, que estaba descansando sobre un árbol, bajó lleno de curiosidad a observar esa rara bestia más de cerca.

–¿Qué eres?– dijo, después de haberla examinado y olfateado por todas partes–. Estoy hace diez años en este bosque, y nunca había visto algo igual.

Sin decir palabra, la mujer regresó rápidamente a su casa y le contó al marido lo que había dicho el demonio.

Al día siguiente, el campesino fue al bosque, y apenas estuvo ante el diablo le dijo:

–Hace diez años que estás aquí, molestando a todos los que tienen la mala suerte de cruzarse contigo.

El demonio quedó estupefacto; no lo podía creer. ¡Su víctima había acertado! Al punto quiso saber cómo se había enterado de la verdad.

El campesino, riendo, le contó que el extraño animal que había visto el día anterior era su mujer.

Entonces Satanás exclamó, retorciéndose de rabia:

–¡Es cierto que las mujeres siempre saben una más que el diablo!

Y dando un gran golpe con sus pezuñas en el suelo, desapareció en medio de una nube de azufre. En cuanto al saco, nadie pudo moverlo nunca, porque quedó convertido en piedra.

Esta es la piedra que ven ustedes ahora, y que conserva la perfecta forma de un saco. Las mujeres vienen aquí después de casarse, para recordarle al demonio que le ganaron en ingenio y que es mejor que no busque pleitos con ellas”.

–Cuando yo me case, también vendré a dejar una pluma de gallina colorada, para hacerlo rabiar– dijo Zinia seriamente.

Los niños se habían alejado jugando, y Giulia los llamó:

–Vamos a casa, ya es hora–. Y mientras volvían agregó: –Recuerden que después del Angelus anda por los bosques la Splorcía.

Mariagrazia nunca les había hablado de la Splorcía; no le gusta-

ba que asustaran a los niños con monstruos mitológicos. Filippo abrió unos ojos curiosos.

-¿Quién es la Splorcia?

-Un ser que tiene lengua de serpiente, patas de renacuajo y cola de escorpión. Rapta a los niños que están fuera de casa al anochecer, y de su hocico salen unos pavorosos mugidos de vaca mezclados con gruñidos de perro.

Ellos se apretaron asustados contra su cuerpo y le pidieron que apurara el paso; no querían encontrarse por ningún motivo con un animal tan terrible.

LA VENTA

Mariagrazia atravesó los campos para no ser vista por los guardias del ferrocarril. El trayecto le tomó varias horas, y antes de llegar a la ciudad tuvo la precaución de esconder la carga bajo su vestido, con un ingenioso sistema de cordeles. Parecía de ese modo una embarazada próxima a dar a luz; caminaba trabajosamente, orando para que nadie la detuviera. Mientras recorría las calles, algunos la miraban con lástima, imaginando lo que significaba un alumbramiento en medio de los incesantes bombardeos.

Visitó a antiguos conocidos, que le compraron rápidamente toda la harina, al doble del precio convenido con su tía. Era un verdadero milagro conseguirla en esos tiempos. Con ella podrían hacer pan blanco o tallarines, o mejor aún, una *ciambella*¹¹ para Navidad. Mariagrazia se sintió contenta; no veía delito alguno en el contrabando.

Cuando le contaron la tragedia ocurrida días atrás en la ciudad, no logró decir palabra alguna.

¿Qué se podía ya hacer?, reflexionó. ¿Qué podía hacer ella? La guerra era también impotencia y rabia. Tomó el camino de regreso con sentimientos contrapuestos: alegría y pesadumbre al mismo tiempo.

Cayó la noche, pero la luna le permitía ver sus pasos sin correr el riesgo de tropezar y caer. Las centellas de las luciérnagas danzaban con la música de los grillos enamorados. Y la creación de Dios reverberaba en los mugidos inquietos de las bestias, que sentían la primavera en los huesos.

11. Especie de queque que se prepara para las fiestas.

Divisó a lo lejos las primeras *cascinas* de su pueblo, y esa visión le dio fuerzas para continuar con paso firme, a pesar del cansancio, que por momentos era extenuante. Se acercó al cementerio, que estaba al comienzo del villorrio; no había forma de evadirlo. De pronto vio con pavor una gigantesca mano que desde la entrada del campo-santo parecía llamarla, y que emitía una especie de escalofriante lamento. El corazón se le detuvo; a lo lejos se oían lúgubres aullidos de perros.

“Dios del cielo y de la tierra, de los vivos y los muertos, protégame”, musitó. “Si es un espíritu que vaga en pena, prometo rezar por él tres rosarios, pero no permitas que arrebate mi alma”. Entonces recordó a los difuntos caballeros que galopaban de noche por los campos de Alessandria protegiendo a los peregrinos, y se encomendó a ellos: “Ustedes, que bajo la conducción de San Pedro vencieron a Federico Barbarroja, salvaron la ciudad del saqueo, y ahora siguen su sagrada misión custodiando a quien camina por los campos en la oscuridad, tomen mi defensa en sus santas manos”.

Después de esas oraciones, avanzó decidida a hacer frente a cualquier fantasma. Buscó en su bolsillo el rosario, y esgrimiéndolo como escudo pronunció las palabras que le habían enseñado para conjurar a los espectros errantes:

*“Se seus cristian, fate anans
se seus da mala part, vatne via
për Giusú, san Giusep e për María”.*¹²

Al pronunciar la última sílaba, advirtió que la gigantesca mano que parecía llamarla no era otra cosa que una rama de cedro puesta sobre una tumba, que se movía con el viento nocturno, ese viento de Montaña d’Orba que silbaba henchido de presagios, como si estuviera compuesto de almas dispersas en el exilio de la materia. Alguien la había colocado ahí como ofrenda a alguno de sus muertos. La sacudió una risa histérica, en la que el alivio no disipaba del todo el miedo.

12. Lengua piemontesa. Si eres cristiano, avanza. Si eres de un mal lugar, vete lejos. Por Jesús, San José, y por María.

En la casa la esperaban sus hijos, conversando animadamente con Giulia.

–¿Cómo te fue?– le preguntó su amiga.

–Bien, pero vengo rendida, y muerta de hambre.

–Siéntate a la mesa; he preparado un poco de polenta.

Extenuada por la larga caminata, Mariagrazia apenas podía hablar. La suave harina de maíz caliente le dio energías para acostar a sus hijos, e incluso para reír mientras le contaba a Giulia el episodio del cementerio. Luego la abrazó agradecida, pensando qué difícil sería vivir sin amistad.

–*Sei un tesoro!*– le dijo–. Pero te encuentro tan pálida... ¿Te dieron mucho trabajo los niños, se portaron mal?

–Es sólo el cansancio normal de un día cualquiera– contestó Giulia–. Mañana amaneceré repuesta–. Se levantó–. Ahora te dejo, me alegro de que todo haya resultado bien.

Mariagrazia asintió con la cabeza, pero después no pudo contener las lágrimas.

–Pasó algo horrible en Génova hace diez días– dijo.

Giulia volvió a sentarse.

–Cuéntame, te veo muy angustiada.

Mariagrazia se cubrió el rostro y con voz rota comenzó a hablar.

–Un avión inglés– un demente, sólo un demente pudo hacerlo– sobrevoló una plaza llena de niños que jugaban y comenzó a ametrallarlos. Lo hizo una y otra vez. Murieron casi todos; no tenían dónde esconderse. Algunos se salvaron gracias a que sus madres los cubrieron con sus cuerpos, pero ellas no sobrevivieron. Dicen que los gritos de los niños eran aterradores. Al fin, una de las alas del avión chocó con una construcción en altura y el aparato cayó al mar envuelto en llamas.

–*Dio stramaledica gli inglesi!*¹³– exclamó Giulia, sintiendo que su corazón ardía de ira–. ¿Cómo se puede ser tan despiadado con gente indefensa? Los ingleses no son seres humanos, son animales de la peor especie.

–Eran niños, niños...– repetía Mariagrazia–. ¿Hasta cuándo, Dios mío, hasta cuándo deberemos sufrir?– imploró, llorando de impotencia.

13. ¡Dios remaldiga a los ingleses.

XI

LOS SALACIOS

Los aldeanos acudieron a su habitual encuentro con Concetta. La cercanía de la fiesta de San Juan, que se celebraría en pocos días más, los había puesto alegres; muchos hablaban y reían estruendosamente.

Concetta los miró con disgusto, y alzó una voz cargada de advertencias:

“Reíd despacio, para que la satisfacción de vuestro cuerpo no silencie vuestro espíritu. Danzad con mesura y comed con templanza. Cuando los hombres permiten que se desborden sus instintos, pierden el dominio de sí mismos y cometen cada vez más errores, hasta que terminan olvidando a sus dioses y creyéndose los únicos artífices de su destino.

Muchas desventuras se dejan caer entonces sobre ellos, y aunque quieran rectificar, ya es tarde para eso.

Es lo que les sucedió a los salacios, antiguo pueblo formado por los celtas y los ligures de los Alpes Graie.

Trescientos años antes del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, en un valle rodeado por altas montañas, construyeron una maravillosa ciudad a la que llamaron Cordelia.

La mayoría de las construcciones eran palacios recubiertos de oro. Fastuosos jardines y fuentes cantarinas deleitaban a todo el que pasaba por el lugar.

Asistidos por monjes druidas, los salacios lograron impedir por doscientos años el avance de las legiones romanas, provocando innumerables bajas en esos ejércitos invasores.

Fueron un pueblo floreciente, gracias a las fabulosas minas de oro que poseían y a los cuantiosos aranceles que hacían pagar a to-

dos los que cruzaban su territorio, paso obligado para dirigirse desde el sur a las Galias.

Pero llegó un momento en que la mayoría de los habitantes empezaron a ocupar su tiempo solamente en juegos y fiestas. En el palacio real se servían opulentas comidas para los nobles y sus mujeres, que eran las más bellas del reino. Se bañaban en agua de rosas para conservar la tersura de la piel y se adornaban con toda clase de joyas. Los cortesanos vivían rodeados por artistas que componían poemas exaltando los placeres de la vida, esculpían delicadas estatuas y fabricaban jarrones de oro incrustados de piedras preciosas.

Los trabajos serviles eran efectuados por una multitud de obreros, artesanos y lacayos, la mayoría de ellos traídos de Tracia.

Durante muchos años, su poderío y magnificencia les permitieron vivir en una despreocupada abundancia.

Olvidaron así que debían rendir culto a los dioses lacustres, para asegurarse su bendición. Ya no hablaban con las piedras sagradas en busca de consejo. Dejaron de creer que el trueno era la voz de Dios y el árbol el principio vital del hombre.

Desaparecieron las ofrendas de queso y vino colocadas en los alféizares de las ventanas para venerar a los espíritus de los muertos. Pensaron que podían bastarse a sí mismos, y endurecieron sus corazones en la soberbia. “¿Para qué necesitamos a los dioses?”, se dijeron. “Tenemos todo lo que queremos, y nada les debemos a ellos. Con nuestra riqueza todo lo podemos”.

Los druidas fueron impotentes para hacerlos entrar en razón.

Entonces algo terrible sucedió. Los dioses se encolerizaron.

“Se lo hemos dado todo, y no lo han reconocido”, se dijeron. “Deben ser castigados”.

Los romanos seguían intentando conquistar ese estratégico territorio. Consultaron nuevamente a sus augures, y éstos, después de abrir el vientre de varios pájaros, contestaron:

—Las divinidades están por fin a nuestro favor. Sólo será necesario levantarles nuevos altares, en desagravio por el ultraje que les han inferido los salacios. Su número deberá ser igual al de los romanos muertos en las batallas contra Cordelia. Y para asegurar la victoria, apenas ingresen vuestras legiones en la ciudad, deberéis abatir el Dolmen de los druidas.

Los romanos erigieron en los senderos alpinos cerca de cinco mil altares, que aún hoy día pueden ser vistos por quienes transitan por allí.

Cortaron todas las vías de tránsito cercanas a Cordelia, y luego la sitiaron implacablemente, hasta que llegó el momento en que los salacios, sin alimentos y sin sal para conservarlos, y sin poder comerciar con los otros pueblos, se vieron obligados a rendirse.

Los invasores ocuparon la ciudad, abatieron el Dolmen y diezmaron ferozmente a los habitantes. Los pocos que sobrevivieron fueron llevados como esclavos a Roma.

Fue así cómo las águilas imperiales arrasaron la Salacia, y esa cultura se desvaneció en la neblina de los tiempos.

De Cordelia no quedó piedra sobre piedra. Los vientos alpinos cubrieron de polvo sus restos, y nadie sabe con exactitud su verdadera ubicación.

Sus tesoros no fueron encontrados por los romanos, y nunca se ha logrado averiguar dónde fueron escondidos.

Se cree que, antes de ser sitiados, los salacios los enterraron en las insondables galerías excavadas en sus yacimientos de oro, y luego tapiaron las entradas con enormes rocas y las cubrieron con una espesa vegetación, de tal manera que no se pudieran distinguir del resto del paisaje. Sólo las abruptas pendientes de los Alpes conocen el secreto de esas legendarias riquezas.

Nunca más se vio a los salacios transitar por esos parajes a la luz del día. Dicen que en las noches de tormenta sus almas vagan penitentes, junto con las de los druidas, buscando su Dolmen, arrasado por la furia de los conquistadores”.

Concetta hizo una pausa y paseó su mirada por la concurrencia; luego pronunció sus palabras finales:

–Si habéis comprendido realmente, pondréis vuestros actos bajo el imperio de la divinidad.

El sol se ponía tras las cumbres cuando la anciana se retiró. Las voces del anochecer, los grillos, el roce de los juncos y el soplo del aire en el río les hicieron comprender a los aldeanos que había llegado la hora de las hadas, y también la de los espíritus malignos, y que no tenían derecho a importunarlos con su presencia. En silencio fueron abandonando el lugar.

XII

LA FIESTA DE SAN JUAN

Mariagrazia daba los últimos toques a su nuevo vestido de cáñamo, mientras los niños jugaban alrededor de los muebles. El olor de los azahares subía de los jardines y penetraba por la ventana abierta; se oían las risotadas de los vecinos mezcladas con los gritos de los vendedores de queso y aceitunas.

–Mamá, ¿por qué celebramos *i faló*?– preguntó Zinia.

–Porque ha llegado el solsticio de verano. Según la tradición celta, es el momento en que el sol, cansado de subir día a día en el cielo, detiene su curso y comienza a retroceder en su trayectoria celeste. Los antiguos, pensando que podían ayudarlo en su decaimiento, inventaron solemnes ritos de fuego para fortalecerlo. Más tarde, con la llegada de la evangelización cristiana, esa creencia se fue convirtiendo en *i faló* en honor de San Juan, porque hoy es el día del santo.

En ese momento llegó Giulia. Parecía más seria que de costumbre, y saludó con un abrazo a su amiga, diciendo:

–¿Tienes una taza de café?

–Prepáralo tú misma mientras termino y te alcanzo en la cocina– contestó Mariagrazia.

Poco después estaban sentadas frente al fogón.

–No me parece bien que en este día todos piensen sólo en divertirse– dijo Giulia–. ¿Quién recuerda a nuestros soldados? Ellos están dando su vida por nosotros, y nosotros reímos y bailamos.

–Tienes razón, pero no podemos olvidar las tradiciones– replicó Mariagrazia. Y continuó en tono irónico: –Hay que obedecer los mandamientos del Duce, él sabe lo que es bueno para todos–. Subió el volumen de su voz, imitando la de Mussolini: “Mujeres fascistas, deben ser guardianas del folklore popular.” Y eso es lo que haremos

hoy, como buenas ciudadanas— dijo riendo. Luego se puso seria y agregó:

—Creo que no está mal celebrar una fiesta tan antigua como esta. Es una manera de exorcizar el miedo y la tristeza.

—No lo había pensado así.

—¿Quieres venir con nosotros a la misa? ¿O irás con Francesco?

—Sí, iré con él, pero nos vemos allí.

—¿Por qué no van después a la plaza? No será pura diversión, tú sabes que tiene un significado muy real; ahora más que nunca necesitamos conjurar la mala suerte.

—Creo que me estás convenciendo. Quizás vayamos un rato.

El pueblo entero se preparaba para la celebración. Las calles estaban invadidas por bulliciosos aldeanos engalanados con vistosos trajes típicos.

A la salida de la misa, Mariagrazia y sus hijos se reunieron con Giulia y Francesco para ir a la plaza, donde ya se había encendido “el gran *faló*” en honor de San Juan. Todos habían traído leña para la descomunal hoguera. Se creía que si alguien no contribuía al fuego sagrado, no sería bendecido en las cosechas, y si era propietario de viñas, se le secarían para siempre.

En la plaza había diversos juegos. *L'albero della cuccagna* era un largo palo encebado que tenía en la punta varios regalos: gallinas con la cabeza hacia abajo, conejos amarrados por las patas, salames, quesos. El primero que lograba llegar arriba se llevaba todo. Los competidores se habían puesto pantalones de piel de cabra para no ensuciarse con la grasa. Acometían con gran decisión el ascenso, pero resbalaban una y otra vez entre las risotadas de los espectadores.

De tanto en tanto, las campanas repicaban triunfantes, dominando sobre los pregones de vendedores de flores y cerezas, sobre los saludos estentóreos, las risas, los cantos.

Poco a poco se fueron encendiendo otros *faló* en las altas montañas. El resplandor de las llamas generaba un contraste fantasmagórico con la oscuridad de la noche.

Muchos aldeanos habían llevado sus animales, y los hacían saltar sobre la hoguera, para lograr la curación de los que estaban en-

fermos, inmunizar a los sanos de la peste y cualquier otro mal, y asegurar su fertilidad durante el año venidero.

Mariagrazia bailó con las demás mujeres alrededor del fuego. Habían coronado sus cabellos con flores de verbena, y al término de la ceremonia las arrojaron a las llamas, diciendo:

“Que toda la mala suerte me deje y se aleje. Se queme aquí todo el mal que comparece”.

Mariagrazia pensó en su marido, oculto en las montañas con los rebeldes, y pidió el fin de la guerra y el regreso a casa de su Antonino, sano y salvo. Saltó tres veces sobre la hoguera para que ese deseo le fuera concedido.

El ritual culminó cuando todos lanzaron a la gran fogata talismanes y objetos viejos, para separar simbólicamente el pasado del futuro. Era un resabio heredado de los celtas, que ofrecían sacrificios al fuego, creyendo así asegurar la supervivencia del sol durante otro período anual.

Giuvanin bailó hasta que le flaquearon las piernas, y luego se dejó caer sobre un banco, cantando canciones revolucionarias con un vaso de vino en la mano. Entre cada estrofa galanteaba a las muchachas, desplegando el ingenio que acostumbraba exhibir en las festividades populares. Algunos se reían, pero otros lo miraban enojados, comentando que ese coqueteo no era otra cosa que un intento de olvidar el miedo que tenía a la muerte. Pero él no hacía caso, y seguía cantando y soltando piropos, cada vez más encendidos.

–A oilí oilí oilá –desafinaba a todo pulmón– le la lega crescerá/ e noialtri socialisti/ e noialtri socialisti/ a oilí oilí oilá le la lega crescerá le noialtri socialisti/vogliamo la libertá ...e noialtri lavoratori/ a oilí oilí oilá / i vurúma ves pagá...¹⁴

De pie ante el *faló*, Concetta asistía en silencio al espectáculo. Había recogido hierbas para sus filtros, que posteriormente regaría sobre los campos, bendiciendo las futuras cosechas. A su lado, una mujer vestida de negro cantaba lastimeramente una canción de cuna, meciéndose al compás:

14. Canción socialista del valle del Po, nacida en los años de la dura lucha de las agrupaciones (*legas*) campesinas (1900-1914). “Y la lega crecerá, y nosotros los socialistas, y nosotros los trabajadores, os lo haremos pagar”.

—*Torna, piccino mío, torna dalla tua mamma, che la ninna nanna ancora ti canterà...*¹⁵

Concetta comprendió que le cantaba a alguien que nunca volvería. También lo comprendió Giulia, y sintió que nuevamente le faltaba la respiración. Dejó de bailar con Francesco y abrazó a la mujer. Ella calló, luego miró a lo lejos con ojos extraviados.

—Lo tuve para mí, no para la patria... Era mi único hijo. Lo tuve para mí, no para la patria...— repitió, y reinició su cantinela.

El largo mesón instalado en un extremo de la plaza estaba lleno de manjares: colomba hecha con harina blanca, fainá, gauduia, polenta cocida y enfriada, cortada en trocitos, quesos de cabra y de vaca, aceitunas, botellones de vino. Un gramófono desgranaba una música pegajosa.

Francesco volvió a bailar con Giulia. Cantaba cambiando la letra de la canción para hacerla calzar con sus sentimientos:

*Oh mia Giulia bella, tu sei la reginella
negli occhi tuoi c'è il sole, il profumo delle viole
e le stelle al tramontar...*¹⁶

Giulia lo miraba temiendo despertar de un sueño. “Dios mío —rogó—, no me lo quites ahora. Sáname y permíteme vivir”.

El resplandor de las fogatas se apagaba en los cristales de las ventanas y en las colinas; sólo en las altas cumbres seguían encendidas las grandes hogueras.

—Filippo, ¿cogiste los carbones como te pedí?— preguntó Mariagrazia, sacando un tizón con las tenazas.

—Tengo varios en la olla que trajimos. Mañana quiero poner uno en la cocina por el papá.

—Bueno; los otros los guardaremos para bendecir la casa en los momentos difíciles.

15. Vuelve, pequeño mío, vuelve donde tu mamá, que todavía te cantará tu canción de cuna”.

16. Oh, mi bella Giulia/ tú eres mi pequeña reina/ en tus ojos está el sol, el perfume de las violetas/ y las estrellas al caer la tarde.

Los aldeanos siguieron bailando alrededor del *faló* hasta que quedó reducido a un montículo de cenizas humeantes. La noche se llenaba ahora de voces que desgranaban canciones al son de las mandolinas.

Poco a poco, todos regresaron a sus casas, sin dejar de cantar.

XIII

LA RUPTURA

Una densa neblina había descendido sobre Génova, ocultando las torres de las iglesias; las calles estaban desiertas. Giulia caminaba hacia la estación para tomar el tren que la llevaría de vuelta a Montaña d'Orba; le parecía que el cielo era un enorme ojo ansioso de llorar, pero que se contenía y sólo exhalaba esa monótona humedad aposentada en todas las cosas.

Hacía meses que un extraño mal crecía en su cuerpo. Siempre se había levantado al alba para trabajar en su campo; aún en invierno, soportando violentas ráfagas de nieve, hacía sin esfuerzo sus tareas. Ahora, hasta el viaje a Génova la había dejado exhausta.

No había querido contárselo a Mariagrazia; pensaba que ella ya tenía suficiente con la preocupación de procurar alimento para sus hijos, y a veces hasta de abastecer a su marido cuando bajaba de las montañas con la invariable noticia de que en el campamento no había casi nada para comer. "Cada cual carga con sus dolores, y no se debe gravar a los demás con los propios", se decía.

Era la tercera vez que iba a Génova. El médico que la atendía no había logrado descubrir la causa de su enfermedad, pero le había advertido desde el comienzo que podía ser grave. Y el mal había continuado avanzando.

—No puedo darle un diagnóstico exacto— le había dicho esa tarde—. Ya no tenemos equipos para hacer exámenes específicos. La guerra no ha perdonado ni siquiera a los enfermos; usted misma ha visto cómo los aviones ingleses han arrasado nuestra ciudad y han dejado casi en ruinas el hospital.

Giulia había notado el rictus de amargura del médico cuando había tratado de darle alguna esperanza:

—Esperemos un tiempo. Mi diagnóstico es apenas tentativo; quizás yo me equivoque y sólo sea algo pasajero, que así como llegó desaparezca. Lo siento, lo siento tanto...

Durante el viaje de regreso, Giulia se sintió más cansada que nunca. Cuando llegó a su casa le costaba respirar, y se arrastró hasta el balcón, pensando que el aire limpio de la montaña le traería algún alivio. Una fuerte lluvia se había descargado de improviso, y el viento sacudía los grandes árboles.

¿No sería que la envidia de algunos por su felicidad había convocado contra ella las fuerzas oscuras del mal de ojo? Tal vez ahí estaba la explicación. ¿Debía contarle a Francesco lo que le estaba pasando? No quería que sufriera por su causa, no podía oscurecer esa alegría que veía en sus ojos cada vez que estaban juntos.

“Dime qué hacer, Dios mío”, rogó. “¿Quién sino Tú gobierna el misterio de los encuentros y desencuentros? ¿Por qué no conocí a Francesco mucho antes, cuando aún estaba bien? ¿Cuál es el verdadero significado de esto?”

Francesco llegó empapado; la lluvia lo había sorprendido sin paraguas por el camino. Se acercó a la chimenea, y le pareció un mal presagio que de los tizones ardientes se desprendieran chispas, como almas liberadas de la materia. Giulia se veía distinta; había algo en su rostro que no pudo descifrar.

—¿Qué ocurre?— preguntó—. ¿No encontraste lo que querías?

Ella enrojeció ligeramente por su mentira del día anterior: le había dicho que debía viajar para comprar algunas telas.

—Lo poco que había era inservible— contestó.

También Francesco tenía una noticia que temía decirle, y esperaba un momento propicio para hacerlo. Comenzó a hablar atropelladamente de la situación de la guerra en el frente ruso.

—¿Supiste que Stalin deportó a Siberia a muchos conglomerados étnicos, por la sola razón de que desconfiaba de su lealtad al régimen? Es un demente, peor que Lenin. Espero que su crimen no sea olvidado por el mundo.

—¿De qué conglomerados hablas?— preguntó Giulia vagamente.

—De los ingushes, los karachays, los tártaros de Crimea, los balcánicos del Cáucaso...— se detuvo para dar más énfasis a sus palabras —, los chechenios, dos millones de alemanes de la república au-

tónoma del Volga, y quizás cuántos más que no sabemos... Casi todos fueron exterminados, o murieron de hambre y frío.

Giulia hizo un esfuerzo para asimilar lo que Francesco decía.

–¿Estás seguro de que así ocurrió?

–Completamente, *mia cara*. La perversidad de Stalin no conoce límites; incluso ha hecho asesinar a algunos de sus familiares. Y la ofensiva alemana en su país lo tiene descompuesto; la campaña de Ucrania ha sido un éxito para las fuerzas nazis y fascistas. Pero la operación Barbarroja se está alargando más de lo previsto.

Suspiró, y decidió decir al fin lo que tenía que decir.

–Los nuestros ya deberían estar de regreso, pero Hitler le ha exigido a Mussolini un mayor contingente de tropas para cubrir el frente ruso.

–¿Más soldados italianos? Pero si han muerto casi todos los que han ido allá.

–*Piccola mía*– dijo entonces Francesco, con voz oscurecida–, me han llamado a mí también.

Se culpó por causarle ese dolor. “Es un tiempo en el que deberíamos vivir sin corazón”, pensó.

–Tengo que partir la próxima semana– siguió, tratando de no imprimir ninguna emoción a sus palabras–. Han llamado a muchos del norte. No sólo a los batallones alpinos, que están acostumbrados a combatir en las peores condiciones, sino que incluso han improvisado cuadros completos con gente que no ha tomado un fusil en su vida–. Quiso reírse, pero sólo una mueca crispó sus labios–. Entre esos estoy yo. ¿Qué quieres? Necesitan carne fresca para esta guerra suicida.

Giulia se cubrió el rostro con las manos. Sentía que en cualquier momento caería al suelo.

–No puede ser...– logró balbucear–. No pueden dejar el pueblo sin profesor...

–Pero lo han hecho, *mia cara*. Es duro para nosotros, para nuestro sueño de casarnos y tener una gran familia. Es duro para todos; todos estamos pagando el precio de esta guerra.

–Sí, en efecto– se oyó decir Giulia, como si fuese otra quien hablaba. “¿Sí qué cosa?”, pensó. “¿Quiero decir: “En efecto, tienes razón, todos lo pagamos?”, o quizás: “En efecto, ya no nos casaremos”?

Esa incertidumbre aumentó su confusión. Pero la palabra que pondría término al amor debía ser pronunciada ahora; el destino acababa de decidir por ella.

–En efecto– repitió.

Francesco la miró intensamente. La tomó de un brazo y la atrajo hacia sí.

–Giulia, casémonos. Mañana mismo. A Fra Gennaro no le importará que no se hayan puesto los avisos previos en la puerta de la iglesia. No se pueden cumplir ya todas las normas preestablecidas, no son días ordinarios los que estamos viviendo.

La besó ávidamente, seguro de que ella estaría de acuerdo. Pero vio estupefacto cómo Giulia se distanciaba con una negativa esculpida en su rostro pétreo. Se sintió profundamente ofendido. Había creído que cuando le propusiera matrimonio, ella aceptaría dichosa. Pero no era así: lo estaba rechazando. Esa constatación se abrió paso dolorosamente en su conciencia. “¿Qué le ocurre? ¿Por qué reacciona así? ¿Es que ya no me ama, y esto le ha servido de pretexto? ¿Será que se ha enamorado de otro? No, ella no me puede haber mentado. Dijo que vivía sólo para mí”.

Giulia se dio cuenta del asombro y la amargura de Francesco, pero ya no podía volver atrás. Le ocultaría su enfermedad y no se casaría. No era justo que él se fuera al frente angustiado por su salud y que recibiera allá la noticia de su muerte. Ahora tenía la excusa que necesitaba.

Contestó fríamente:

–*Mio amore*, no me parece buena idea. Debería preparar antes el *corredo*¹⁷, y no hay tiempo para eso. Además, imagínate cómo hablarían todos. Dirían que me casé rápido porque espero un hijo tuyo. ¿Quieres eso para mí? Me imagino que no. Debemos esperar tu regreso.

Francesco estaba atónito.

“¿Tiene razón?”, se preguntó. “No, no la tiene. Si me amara tanto como ha dicho, aceptaría casarse ahora. Quizás no tendremos otra oportunidad. Quizás yo no vuelva”.

17. Corredo: Ajuar de la novia y ropa blanca destinada al nuevo hogar.

Miró hacia otro lado, como si buscara algo. Indeciso y con voz quebrada, intentó algunos argumentos para convencerla.

–¿Has pensado que quizás no regrese? Quiero estar contigo los días que faltan para mi partida. Y no podré hacerlo si no nos casamos.

Giulia giró despreciativa su cabeza.

–¿Dices que puedes morir en Rusia, y te parece correcto dejarme viuda? Todavía soy muy joven para eso–. Golpeó el suelo con el pie y prosiguió:

–Cuando termine la guerra, nos casaremos como corresponde. ¿Por qué te afliges tanto? ¿Acaso no puedes esperar? Me quiero casar de blanco, y que todos sean testigos de mi entrada en la iglesia. Y quiero una gran fiesta, es lo que me merezco.

Advertía el daño que le producían esas palabras a Francesco. Estaba a punto de quebrarse, pero una helada determinación la impulsó a consumir su propósito. “Provocar su enojo es la única manera de que deje de insistir. El amor propio herido lo hará más fuerte; en cambio, la tristeza por mi enfermedad lo debilitaría. Él debe salvarse. La ira es a veces la mejor defensa contra el dolor”.

Francesco no daba crédito a lo que oía. “¿Acaso me equivoqué? ¿Fue todo un juego del que al fin se cansó? ¿Pero quién diablos es esta mujer que tengo al frente? ¿Qué hay detrás de su belleza, nada? ¿O sólo adoración de sí misma?”

Lo único que logró percibir en esa red de enigmas fue el hecho de que ella ya no le pertenecía. Esa mujer no era su Giulia. Unos celos insensatos lo invadieron. Cuando volvió a hablar, lo hizo con una voz cortante, marcada por la cólera.

–Veo que eres muy distinta de lo que creía. No tengo nada más que hacer aquí. Me voy.

Ella se distanció aún más, con una expresión de fastidio, y encogiéndose de hombros, contestó:

–¿Eso piensas? ¿Así que todo debe hacerse cómo tú lo has decidido? Pues no, no me caso. Ahora menos que nunca.

Francesco recorrió su rostro, tratando de sorprender algún engaño, pero los ojos azules de Giulia no estaban turbados, y no había en ellos ningún signo de culpa.

Trató de abrazarla bruscamente, en un último intento de recupe-

rarla y hacer huir a esa desconocida irreconocible. Ella se apartó sin decir nada, y se quedó mirando fijamente la ventana. De pronto, sin poder soportar más, se retiró hacia el interior de la casa con un vago gesto de despedida.

Tendida en su cama, se preguntó por qué no podía llorar, y sólo sentía un insondable vacío en el alma. “Es el vacío de la nada”, se dijo. “¿Será que el mayor sufrimiento ocurre en un lugar tan inaccesible que anula la capacidad de sentir? Mi pobre amor... Qué despiadada he sido... Pero lo hice por él, por él...”.

Francesco volvió a su casa tropezando, casi sin saber por dónde iba. La lluvia caía ahora a torrentes, pero él no se daba cuenta; caminaba como un sonámbulo, pensando que ahora sabía el verdadero significado del nunca más. Como obedeciendo a un maligno encantamiento, las escenas de lo ocurrido regresaban a su conciencia una y otra vez.

Los días que siguieron fueron un denso estupor clavado en un registro idiotizado de las horas, que parecían inmóviles, como si se les hubiera extraído su razón de ser. Le sobrevinía a veces una nostalgia que cubría la existencia entera, y a veces un rabioso deseo de estar con ella a pesar de todo, aún a costa de su dignidad. No sabía qué hacer. ¿Volver a hablarle? ¿Tratar de reconquistarla? ¿Pero qué le podía decir?

No debía pensar. Sin embargo, su propio pensamiento se lo impedía. “¿Por qué es tan horrible el amor cuando lo que amamos ya no nos pertenece? ¿Y cómo se olvida, cómo?” Ni siquiera se preguntaba lo que le sucedería en el frente de batalla.

No supo cómo preparó su partida. Se percibía a sí mismo como una especie de mecanismo automático, sólo habitado por el aroma de Giulia y el inmenso deseo de recobrarla.

XIV

LA PARTIDA

Los aldeanos se congregaron en la estación para despedir a los soldados que partían al frente ruso. Habían levantado un estrado para que se instalara ahí lo que quedaba de la banda municipal: dos flautas, un clarinete, dos trompetas, una tuba, un viejo bombo y dos platillos algo oxidados. Los músicos se habían librado del reclutamiento militar debido a su avanzada edad, o a que padecían algún impedimento físico. Se les habían sumado dos cantantes: Vittoria, que a sus casi setenta años conservaba un hermoso timbre de soprano, y Mariagrazia, cuyo registro de contralto imprimía un singular dramatismo a las canciones tradicionales.

Los integrantes de la banda trataban de mostrarse contentos, pero instintivamente elegían temas cargados de melancolía o de tristes presagios sobre el futuro, que contagiaban a los asistentes.

Todos habían sacrificado algunos de los pocos comestibles que tenían para entregárselos a los viajeros: *zabaione* recién preparado, pan fresco, anchoas conservadas en sal, hongos en aceite, y hasta un jamón sacado del entretecho de alguna *cascina*.

Las novias obsequiaron a sus enamorados pequeños ramos de *non ti scordar di me*¹⁸, y el alcalde leyó un ampuloso discurso en el que exaltaba “las virtudes de los oriundos de Montaña d’Orba”, para lo cual se permitía recordar “los actos heroicos de algunos de los hijos de este suelo en el cumplimiento del deber en la defensa de la patria”. Mientras pronunciaba su encendida arenga, Giuvanín escupía al suelo diciendo:

18. Nomeolvides, pequeñas flores de los campos, de color azul.

—*Merda, tutto é una merda*. Los mandan al matadero. ¿Y por qué? *Perché sono dei figli di cane, ecco perché*.¹⁹

Zinia no se despegaba de Francesco, tratando de retrasar con sus preguntas el instante de la partida.

—Maestro, ¿adónde va?, ¿por qué ese uniforme?, ¿cuándo vuelve?, ¿podemos mandarle cartas?

Francesco le acarició la cabeza, subió al tren y se asomó por una ventanilla. Sus ojos quedaron fijos en la distante figura de Giulia. Ella lo miraba intensamente, separada de la multitud que agitaba pañuelos blancos gritando palabras de adiós. Francesco vio que corrían lágrimas por su rostro. “¿Por qué llora?”, se preguntó. “¿Es que siente algo por mí? ¿Se habrá arrepentido? Pero ya no podré saberlo; es demasiado tarde”.

Lo sacó de su dolorosa contemplación la mano de Zinia, que trataba de colgarse de su brazo. Tuvo que hacer un enorme esfuerzo para hablarle.

—Pórtate bien, *piccolina*— logró decirle—. Ayuda a tu madre y no dejes de estudiar. Sólo Dios sabe a dónde me llevan y si alguna vez regresaré.

Miró por última vez a Giulia, y se retiró de la ventanilla. No lograba tenerse en pie; se desplomó en el duro asiento, ajeno al bullicio, ajeno a los compañeros que seguían despidiéndose.

El tren dio un largo pitazo, y comenzó a moverse hacia su impredecible destino.

Durante el trayecto de regreso, Zinia no dejaba de hacer preguntas.

—Mamá, ¿por qué tuvo que irse el maestro, si lo necesitamos en la escuela?— inquirió, mientras su madre abría la puerta de la casa.

—Debe hacer la guerra como todos; hacen falta brazos en el frente de batalla. Ya habrá tiempo de estudiar cuando todo termine. Y no te quedes ahí mirando, ve a traer agua del pozo, que se hace tarde.

Zinia cogió el cántaro y bajó hacia el fondo de la huerta. Se detuvo a mirar el cielo nimbado de resplandores, y de pronto vio cruzar

19. Porque son unos hijos de perra, ése es el porqué.

una estrella errante. “¿Por qué hay estrellas que caen hacia la tierra?”, se preguntó. “¿Dónde van a caer? Nunca he encontrado una, ni me han contado de nadie que haya cogido una con su mano. ¿Y qué pasa cuando alguien lo hace? ¿Quién lo sabrá?”

Entonces recordó que su madre le había dicho que bastaba poner una pregunta fija en la mente antes de dormirse para que al otro día se tuviera la respuesta, porque así los muertos visitaban los sueños desde el más allá. Decidió hacerlo esa noche al acostarse. Luego cerró los ojos y recitó como un conjuro las palabras que se debían decir cuando se veía una estrella errante, para que se cumplieran los deseos.

“Estrellita la primera
que esta noche divisé
haz que se haga verdadera
la dicha que yo soñé”.

En ese momento la sobrecogió un sonido de campanas sepultadas. Se quedó inmóvil y aferró el cántaro, como si pudiera protegerla de algún invisible peligro. El sonido se repitió, más lejano, como si se hundiera en las profundidades de la tierra, y luego cesó; pero ella siguió esperando una nueva repetición.

¿Serían las mismas campanas de las que hablaba Concetta? Decía que sonaban cada nueve años durante nueve días, para anunciar el paso de los monjes difuntos de Montebenedetto, que vagaban salmodiando toda la noche, de un monte a otro. Un potente sortilegio de las brujas los mantendría cautivos dentro del círculo montañoso que rodeaba el convento, hasta que un corazón puro se les acercara sin temor y besara la descarnada mano del abad que los dirigía. Sólo entonces sus almas podrían escapar del maleficio, y dejaría de oírse el tañido de las campanas subterráneas.

El miedo de encontrarlos en la huerta la hizo llenar el cántaro lo más rápido que pudo y regresar casi corriendo. Cuando llegó a la casa, traía menos de la mitad del agua.

HACIA EL CÁUCASO

Francesco viajaba en uno de los cuarenta y ocho trenes despachados hacia Rusia. El convoy sólo tenía dos carros de pasajeros, en los que iban los oficiales; el resto eran vagones de carga, cada uno con cincuenta hombres y varios animales, entre mulas y caballos. La marcha se interrumpía frecuentemente, ya porque los frenos no estaban en buenas condiciones, ya porque la línea férrea había sido bombardeada y había que repararla.

Al cabo de unos veinte días hacia el noreste, llegaron a Varsovia. El tren se detuvo, y varias cuadrillas de hombres y mujeres harapientos, sucios y de rostros famélicos, se pusieron a limpiar la vía y los vagones. Llevaban marcada en su ropa la estrella de David, el estigma impuesto por los nazis a los judíos. Trabajaban en completo silencio, mirando al suelo. Los soldados comenzaron a hacerles preguntas y a repartirles galletas y chocolates, que ellos cogían ávidamente, como asombrados de tan imprevisto obsequio. En eso un guardia alemán se les acercó y los increpó brutalmente. Francesco iba a protestar, pero al ver que el soldado los hacía retroceder a culatazos, se calló, para no seguir provocando castigos. Nada se podía hacer.

Cuando el tren reanudó la marcha, todos los reclutados cargaban una nueva congoja.

Los árboles desfilaban monótonamente por la ventanilla, difuminados por una espesa bruma. A Francesco, sumido en lúgubres pensamientos, le parecían sombras penitentes condenadas a un aciago destino.

Pensaba que la guerra habría debido pasar por su lado sin tocarlo. El era un hombre de paz, un poeta, ansioso de belleza y libertad.

¿Por qué le arrebataban su derecho a decidir por sí mismo el rumbo de su vida? “Pero la vida no es justa, nunca lo es”, se dijo. “Muchas veces debemos hacer lo que nos repugna, forzados por las circunstancias”. Esa reflexión atenuó la angustiada sensación que tenía instalada en la boca del estómago.

Por momentos lo invadía un dolor duro y consistente. Entonces se decía que él también era culpable de la negativa de Giulia, culpable de haberla aceptado casi pasivamente. Se había parapetado en el orgullo, en el tétrico recinto de su amor propio humillado. “Sin embargo, lloraba en la estación cuando me vine”, pensaba. “Algo me gritaban sus ojos, aunque su silencio lo negara. Quizás la verdad no está en el silencio ni en las palabras, sino en ese llanto en el andén”.

Algunos de sus compañeros se mostraban hoscos y agresivos; en otros sólo se podía advertir tristeza; sólo unos pocos bromeaban y reían. Alguien le preguntó de dónde venía, y él se vio obligado a responder, olvidando sus cavilaciones. Poco a poco fue mejorando su estado de ánimo. “Hablar con los otros hace sentir menos pesada la propia carga”, se dijo.

Un hombre de rostro anguloso y grandes ojos negros se alzó de su asiento.

–Es momento de cantar, camaradas– anunció–. Aún estamos vivos, y la vida es bella mientras la tenemos con nosotros–. Incitó a los demás con las manos y empezó con fuerte voz: “*Canta che ti passa, amico. Canta Napoli*”.²⁰

“Seguro que es del sur de Italia”, pensó Francesco. “Ellos son más alegres que nosotros los del norte”.

Le dijeron que se llamaba Domenico. Le hicieron gracia la alegría y el optimismo de ese camarada, que se había puesto a marchar en el pasillo mientras seguía cantando: “*Soldato di Napoli che vai alla guerra...*”

Al principio, sólo unas pocas voces tímidas se dejaron oír; después, poco a poco, los cantos se generalizaron. Un soldado alto y corpulento se dio valor con la canción fascista por excelencia:

*Dell' Italia nei confini
son rifatti gli italiani*

20. Expresión italiana. Canta que se te pasa (la tristeza).

*li ha rifatti Mussolini
per la guerra del domani.
Giovinezza, giovinezza
primavera di bellezza
della vita nell' asprezza
il tuo canto squilla e va...²¹*

—¿A dónde nos llevan?— le preguntó a Domenico un muchacho de no más de veinte años, con los ojos agrandados por el miedo.

—*Indovinala, grillo!*²²—. Luego agregó, riendo con desenfado: —A la eternidad. Canta, canta y no pienses. Da lo mismo a dónde vamos. Ahora eres un borrico que cumple órdenes; hay otros que piensan por ti.

Grandes extensiones planas de tierra negra entre campos amarillos anunciaban la proximidad de las estepas rusas.

“Todas las cosas pasan y cambian, como los ciclos de la naturaleza”, se decía Francesco. “Ahora voy hacia el frente, en vez de estar con Giulia. ¿Qué nos pasó? ¿Hay circuitos invisibles que configuran lo que llamamos azar?” Repasaba los momentos vividos con ella como si mirara el espejo de una remota primavera; su imagen muda y siempre al acecho irrumpía intacta en cuanto se descuidaba, haciéndolo escrutar una y otra vez sus sentimientos y perderse en conjeturas sobre los de Giulia.

El tren avanzaba con extrema lentitud, y Francesco veía cada vez más señales de la guerra en ese país extraño: pedazos de durmientes flanqueando la vía férrea, locomotoras desventradas, vagones humeantes o dados vuelta, escombros irreconocibles. No se avistaba ningún edificio, excepto los de las estaciones, castigados por los bombardeos. Las pocas casas que aparecían de vez en cuando eran cabañas de madera con techos de paja. Lo único que alegraba el panorama eran los campos de girasoles que preguntaban por el sol moviendo sus cabezas, pero parecían abandonados.

Una tarde se detuvieron en una minúscula estación tan ruinosa

21. En los confines de Italia / se han rehecho los italianos / los ha rehecho Mussolini / para la guerra de mañana. / Juventud, juventud / primavera de belleza / en lo áspero de la vida / resuena tu canto y va...

22. Dicho italiano: ¡Adivínalo, grillo!

como las anteriores, que hizo regresar los malos presagios que rondaban los corazones. Los girasoles habían quedado atrás, y no había en el horizonte ninguna montaña que quebrara la monotonía de ese paisaje estéril.

Les dijeron que pernoctarían allí, en espera de nuevas órdenes. Los hicieron entrar en unos barracones cedidos de mala manera por los alemanes, donde podrían calentar su comida y luego echarse a dormir sobre el suelo cubierto de paja.

El soldado que le había hecho antes la pregunta a Domenico seguía dándole vueltas al asunto:

–Por la brújula que tengo en el bolsillo sé que vamos hacia el este– le dijo–. ¿Pero a dónde?

–Vamos al infierno– contestó el napolitano–. Créeme, *bambino*, nunca me equivoco. Soy el séptimo hijo de mis padres, y *la mia mamma* era a su vez la séptima de sus hermanas. ¿Sabes lo que eso significa?

El otro negó con la cabeza.

–Que tengo el don– afirmó Domenico.

–¿Y cuál es ese don?

–Si eres tan lerdo de entendederas, no te irá bien aquí. Deberás trotar detrás de mí para poder sobrevivir. Entre tú y ese profesorcito de montaña – agregó, apuntando a Francesco– no se hace uno. Lo que digo es que tengo el poder de ver el futuro inmediato– terminó con petulancia, y escupió al suelo en señal de que decía la verdad.

Francesco, al sentirse aludido, se acercó.

–¿Y cuál es ese futuro, tú que lo sabes todo?

–Es la vieja Parca, profesor. Más aún, ya estamos muertos, amén.

Esas palabras pesaron tanto en los ánimos, que por un buen rato ninguna voz rompió el silencio. Al fin Francesco dijo:

–*Fatti la croce e taci*.²³ Si te escuchamos a ti, estaremos vencidos antes de comenzar–. Y en un arranque del que él mismo se sorprendió, paseó la mirada por los que lo rodeaban y gritó:

–¡*Avanti*, Savoya, comencemos por atacar nuestra comida! *I morti nella tomba e i vivi a taura*.²⁴

Todos rieron, y la tensión se distendió.

23. Hazte la cruz y calla.

24. Los muertos en las tumbas y los vivos en la mesa.

XVI

EL MONJE SIEMPREALEGRE

Era domingo, y como siempre sucedía en los días de fiesta, Mariagrazia se dispuso a contar alguna leyenda a sus hijos. Buscó en su memoria un episodio festivo para hacerlos reír y creer que todo iría mejor en adelante. Mientras los niños saboreaban las almendras tostadas al fuego, se arregló el cabello pensativa, hasta que recordó un relato que le había contado su *nonna* cuando ella era pequeña y la arropaba antes de dormir. Acercó las sillas a la amplia mesa de la cocina.

–¿Quieren oír el cuento del Monje Siemprealegre?– les preguntó.

–No me gustan las historias de monjes– dijo Zinia–. No son entretenidas; siempre se salvan con la ayuda de Dios y no por lo que hacen por sí solos.

–Esta te va a gustar, porque es el caso de un monje que se las supo arreglar sin ninguna intervención divina– replicó Mariagrazia. Y comenzó:

“Al Monje Siemprealegre lo llamaban así porque jamás lo habían visto descontento o triste. Nada lo molestaba, y su optimismo era envidiable.

Se lo veía siempre sonriente y cantando con una potente voz.

Un día pasó por allí el rey, con toda su comitiva de pajes y caballeros. Se maravilló del canto que oía salir del convento, tan entusiasta y sonoro. Entonces entró en su alma la envidia, y se preguntó:

“¿Cómo puede haber alguien tan feliz, mientras yo, que soy el rey, estoy lleno de preocupaciones que no soy capaz de resolver?”

Golpeó malhumorado la puerta del claustro, e hizo comparecer a su presencia al jubiloso cantor.

–¿Cómo te llamas?– inquirió.

–Me llaman el Monje Siemprealegre, Majestad– contestó sonriendo el interpelado.

–¿Y por qué te llaman así?

–Porque estoy siempre feliz y en paz.

–¿Acaso eso puede ser cierto? ¿De verdad no tienes molestias ni tribulaciones?

–Nunca las he tenido, Majestad, porque nada necesito.

–Entonces yo te daré una preocupación. No es posible que seas más feliz que yo. Tienes tres días para encontrar respuesta a estas preguntas:

¿Cuán profundo es el mar?

¿Cuál es el mejor vino?

¿Cuánto valgo yo?

–Por último, deberás decirme qué estoy pensando en el momento en que me des las respuestas. Transcurrido el plazo te esperaré en mi palacio, y si fallas, te haré cortar la cabeza.

Dicho esto, el monarca se retiró complacido, porque el Monje Siemprealegre había quedado como atontado y no lograba articular palabra.

“Por primera vez en mi vida me han quitado la alegría”, pensó el fraile. No se le ocurría ninguna manera de salir del trance en que lo había puesto el monarca.

Desde ese momento se puso a dar vueltas a las preguntas en su cabeza, sin encontrar respuestas. ¿Cómo podría resolver esos acertijos, y sobre todo, cómo iba a conocer el pensamiento del rey? Eso sólo les era concedido a los magos. Por añadidura, el miedo había hecho huir todo ingenio de su cerebro.

“Es mi vida la que corre peligro, esto no es una broma”, se decía acongojado.

Esa noche no fue capaz de probar alimento alguno, y el monje encargado de la cocina, tan goloso como él, se dio cuenta inmediatamente de algo tan inusual.

–¿No te encuentras bien?– le preguntó–. Ni siquiera has tocado el plato, ¿qué te sucede?

El Monje Siemprealegre no podía hablar; el llanto le cerraba la garganta. Finalmente logró contar lo sucedido esa tarde.

–Si eso es todo– dijo el monje cocinero–, puedes comer tranquilo: yo iré a la corte en tu reemplazo. Ambos somos un poco obesos y de la misma estatura; si me echo la capucha sobre los ojos, el rey creerá que eres tú, con toda seguridad.

El Monje Siemprealegre, aunque se sintió un poco aliviado, pasó tres días negros. No tenía ánimos para cantar, y la comida le producía terribles dolores de estómago.

Cuando llegó el momento de presentarse ante el rey, el monje cocinero se puso en camino, con la capucha echada sobre sus ojos. Nadie sospechó el engaño. Lo tomaron como una muestra de humildad, y lo condujeron de inmediato al gran salón del trono.

El rey lo esperaba impaciente, saboreando de antemano su venganza.

–Ya verá este fraile presuntuoso– se decía–. ¿Así que siempre alegre? Yo le enseñaré lo que es sufrir–. Y una sonrisa malévolá asomaba a sus labios.

Después de los saludos de rigor, le preguntó al monje si estaba listo.

–Cuando vos mandéis, Majestad– dijo el maestro de cocina, imitando a la perfección la voz de su compañero, y sin descubrirse el rostro.

–Entonces, dime: ¿cuán profundo es el mar?

–Tanto cuanto cae una piedra al tirarla en sus aguas.

–Bien, bien. Tienes razón, no lo puedo negar. Pero ahora contesta: ¿cuál es el mejor vino? No me digas que el de mis campos, porque no soporto la adulación insincera.

–Majestad, el mejor vino es el que se bebe en casa ajena, porque no se paga.

El monarca rió de buena gana ante el ingenio del monje.

–Hasta ahora te estás salvando, amigo. Pero aquí te quiero ver: ¿cuánto valgo yo?

–Majestad, Nuestro Señor Jesucristo fue vendido por treinta monedas; por lo tanto, vos no valéis más de veintinueve.

Volvió a reír el rey, moviendo todo su cuerpo al compás del regocijo que lo sacudía. Comenzó a discurrir que no podía entregar al verdugo al único que era capaz de provocarle tal contento, y que tampoco debía dejarlo irse del palacio.

“Veamos si sale airoso de la última pregunta”, se dijo. “Si lo logra, ¿por qué no dejarlo en la corte para que me entretenga?”

–Tu tercera respuesta estuvo tan llena de malicia como las anteriores– reconoció–. Pero no imagino que puedas saber lo que estoy pensando en este momento.

El fraile lo rebatió al instante.

–Señor, vos estáis pensando que yo soy el Monje Siemprealegre. Pero soy solamente el cocinero del convento.

Y echando hacia atrás la capucha, mostró un cucharón que colgaba de su cintura.

El rey quedó admirado, e invitó a comer a su mesa al astuto fraile que con su ingenio lo había hecho olvidar sus pesares. Al final del banquete, le ofreció el cargo de Ministro de Cocina y Despreocupación de la Corte. El monje aceptó, y desde entonces se comió mucho mejor en palacio, y el rey aprendió a tomar con buen humor todas las circunstancias de su vida. *E iv diso nen le feste ch'a l'han faje.*²⁵

Los únicos que no se sintieron muy felices fueron los frailes del convento, que se quedaron sin cocinero. Entonces se dedicaron a las mortificaciones y a los ayunos, convirtiendo esa pérdida en ocasión de santidad.

El Monje Siemprealegre volvió a cantar como antes, y nunca más conoció la tristeza, hasta el fin de sus días”.

25. Lengua piemontesa: Y ni les digo las fiestas que le hicieron.

XVII

CAMBIO DE ITINERARIO

La campaña de Ucrania había sido uno de los éxitos más espectaculares del ejército alemán. Las victorias se habían sucedido sin interrupción: Odessa había caído tras dos meses de asedio; Kiev, Jarkov y Rostov habían capitulado una tras otra ante el avance de las tropas nazis.

Las bajas rusas en Crimea habían sido cuantiosas: 25.000 muertos y 100.000 prisioneros, más la pérdida de 160 tanques, 700 cañones y numerosos aviones de combate, abatidos por los cazas Werner Moelders, que llevaban el nombre del más famoso piloto alemán. Se contaba que Moelders, un católico consecuente con sus creencias, había estado en entredicho después de haber protestado por la masacre llevada a cabo por los nazis en un convento de Munich, donde una hermana suya era monja. En 1941, Moelders había muerto en circunstancias más que sospechosas, al ser derribado el avión que piloteaba por la propia Luftwaffe, a las alturas de Breslau.

En Crimea había caído también el puerto de Sebastopol, incluida la fortaleza de Balaklava. La resistencia soviética se había prolongado ahí por ocho meses. Al fin, los sobrevivientes que defendían la ciudad se habían rendido gritando: “¡Christus!”, con los brazos en alto. Nunca se supo si eran cristianos, o si estaban apelando a la supuesta religiosidad de los soldados alemanes, que llevaban en la chapa del cinturón la inscripción “Dios con nosotros”.

Esa derrota había descalabrado a las fuerzas bolcheviques, obligándolas a replegarse. Envalentonado por tantos triunfos, el alto mando alemán había vaticinado el término de la Operación Barbarroja antes del siguiente invierno.

Pero las tropas invasoras habían soportado el año anterior las

terribles temperaturas invernales, y la campaña no sólo no finalizó, sino que recrudeció al descargarse una gran contraofensiva rusa, ahora con mejor armamento proporcionado por Inglaterra y los Estados Unidos.

Después de veinte días de marcha, el convoy que transportaba a los nuevos reclutados los descargó en algún punto que alguien dijo que era Ucrania. El batallón de Francesco, perteneciente a la División Tridentina, se dirigió a pie, con mulas y caballos cargados de pertrechos, hacia lo que creían sería su destino: la cadena montañosa del Cáucaso. Allí deberían ponerse a las órdenes de la décimo cuarta armada alemana, que ya estaba operando en esa zona.

Los seguían otros batallones, separados entre sí por varios kilómetros. A cada uno se le habían asignado algunos camiones, que cargaban el armamento pesado. Las columnas avanzaban en dirección sureste; dos filas de hombres en correcta formación, dejando al medio un espacio para los vehículos y los animales, a una velocidad de cinco kilómetros por hora. Cada cincuenta minutos de marcha tenían diez de descanso. Y así por horas y horas, hasta que se daba el alto para pernoctar en las tiendas de campaña.

En la segunda mañana, un teniente de la compañía de Francesco les encargó a varios soldados que consiguieran algunas carretas en un villorrio que se divisaba a lo lejos. Volvieron después de algunas horas con cuatro destartalados armatostes, en los que pudieron turnarse para descansar un poco de la fatigosa caminata.

Al cuarto día les comunicaron que había llegado una nueva orden del alto mando: el destino ya no era la cadena montañosa del Cáucaso, sino el río Don, específicamente la ciudad de Vorossilovgrad, donde se pondrían a las órdenes de la octava armada italiana. Al parecer, deberían cubrir un tramo de la línea de defensa dispuesta a lo largo del río, que había quedado desguarnecido a raíz de las últimas batallas.

Todos se miraron desconcertados. Luego Panizza, un gigantón de dos metros, alzó la voz.

—*Porca miseria*; somos alpinos. Fuimos adiestrados para la alta

montaña, y ahora nos dicen que vayamos a bañarnos al río. *Ma che semu matti?*²⁶

Domenico, que poco y nada sabía de geografía, aventuró:

–¿Y? A lo mejor es un río de montaña. ¿Qué sabes tú, Goliat?

Francesco intervino:

–El Don queda en la estepa rusa, un territorio completamente plano.

El resto comenzó a rezongar que los habían degradado al nivel de la infantería, trasladándolos a otro escenario para el cual no estaban preparados.

Uno se rió fuerte y dijo:

–Escribí en el vagón del tren “*Quo vadis?*”, y tenía razón. ¿Qué tanto importa dónde vamos a pelear? Somos soldados, y lo haremos donde sea.

Panizza lo miró desde su altura, y moviendo como aspas sus grandes y nudosas manos, replicó:

–Pero es absurdo. No tenemos el armamento necesario para ese tipo de combate.

–Tienes razón– intervino un piemontés llamado Ennio–. Pero seguramente hay motivos justificados para este cambio. En todo caso, sabremos luchar con honor y dejar bien puesto el nombre de los alpinos. *Va, va, e nu pensá.*²⁷

Se dispersaron, mascullando su descontento.

Francesco viajaba con varios de sus compañeros en una de las carretas. Mientras se golpeaba contra las barandas, imaginaba a los niños de Montaña d’Orba jugando en el río, a Giulia paseando entre las flores de su jardín, a los aldeanos refrescándose bajo la sombra de los robles. El polvo cubría su rostro y entraba en su garganta, haciéndolo toser. El cuello de su guerrera estaba desabrochado, y una capa de sal y sudor cubría sus labios reseca. A ratos intentaba tomar unos sorbos de agua de su cantimplora, pero el sabor a metal oxidado del

26. ¿Pero es que estamos todos locos?

27. Anda, anda, y no pienses.

líquido, en lugar de aliviar su sed, le provocaba tal repulsión, que al fin prefirió dejar de beber.

Avanzaban en medio de una interminable sucesión de arbustos secos. De vez en cuando, algún árbol desnudo extendía sus raquílicas ramas, en un inútil intento de regresar a la vida. La estepa se hundía de pronto hacia depresiones que se extendían por varios kilómetros, en las cuales dormitaba uno que otro villorrio perdido.

La compañía se detuvo a cierta distancia de una nueva elevación del terreno. El teniente hizo descender a Francesco, junto con Domenico y Panizza.

–Suban a esa colina y hagan un reconocimiento del lugar– les ordenó–. Tomen nota de todo lo que observen, y regresen a informarme cuanto antes.

Los tres echaron a andar hacia el promontorio.

–¿De qué reconocimiento habla este teniente de pacotilla?– dijo Domenico–. Si esto es todo igual. Pero al menos nos servirá para estirar las piernas.

–Lo que no sé es dónde diablos está el enemigo– rezongó Panizza–. Hace días que nos sacudimos en las carretas sin ver un alma, sólo polvo y más polvo. ¿Es que todos se murieron en Rusia?

En eso oyeron acercarse un ruido de aviones. Se tiraron al suelo, cubriéndose las cabezas con las mochilas, pero, extrañamente, la escuadrilla pasó sobre ellos sin dispararles. El miedo los hizo volver rápidamente, pensando que lo sucedido los relevaba de cumplir su misión. El teniente, tan asustado como ellos, no atinó a sancionarlos, y la caravana volvió a ponerse en marcha.

Unos kilómetros más allá, avistaron un caserío situado cerca del camino. Decidieron ingresar y pasar ahí la noche, pero una nutrida ráfaga de disparos procedentes del lugar los obligó a detenerse. El capitán les ordenó descender y avanzar agazapados para tomar el pueblo.

Francesco se arrastraba entre los arbustos cuando una enorme explosión a sus espaldas lo hizo volver la cabeza. Un camión había saltado por los aires, alcanzado por el obús de un mortero.

Un violento fuego de metralla salió de las isbas. Los hombres se quedaron pegados al suelo, y sólo se atrevieron a seguir cuando vieron que su propia artillería contraatacaba para cubrir su avance. Pron-

to se les sumó otra compañía que se había adelantado al oír el fragor del combate; entre ambas lograron ocupar las primeras casas, obligando a los rusos a replegarse hacia el fondo del poblado. La refriega siguió calle por calle, de una isba a otra, en medio de un humo irrespirable y de los gritos y carreras despavoridas de los aldeanos. Al fin pusieron en fuga a sus adversarios, que en su brusca retirada abandonaron gran parte de su armamento. Al ver la variedad de fusiles automáticos, katiuskas, metralletas y municiones, los alpinos se apoderaron ansiosos de ese inesperado botín, profiriendo gritos de victoria.

—Oye, poeta, haznos un relato de la batalla de hoy— dijo Domenico, mientras se limpiaba la cara ennegrecida con un pañuelo sucio—. ¿Viste cómo los hicimos correr, el miedo que tenían?

—¿Un relato de la batalla?—. Francesco dirigió una mirada vidriosa a Domenico y a los otros que se habían tirado a descansar en una isba del villorrio semiderruida por los obuses—. Sólo vi ojos espantados, cuerpos retorciéndose en el suelo, niños y mujeres huyendo para ponerse a salvo. Sólo oí un estruendo de disparos y alaridos. Sólo sé que lo que hice lo hice sin pensar. Y lo peor es que cuando todo terminó, me alegré de que la sangre en la que me revolcaba no fuera la mía, y miré mi cuerpo pensando con alivio: “Aún estoy vivo”, y sentí que eso era lo único que importaba. ¿Qué relato puedo hacer de la batalla?

—Ya me parecía que eras un moralista— sentenció Domenico—. Todos tenemos algo de mezquinos; lo que más nos importa es nuestro pellejo. Eran ellos o nosotros, tan simple como eso. Y no te sientas culpable por alegrarte de seguir vivo—. Señaló hacia afuera—. ¿O preferirías estar allá, en ese montón de cadáveres?

—¿Acaso no comprenden?— dijo con rabia Francesco—. Nuestro enemigo no es la gente que hemos matado hoy. No son los rusos. Nuestro verdadero enemigo es la guerra. Es este odio que se nos ha metido bajo la piel sin que nos demos cuenta, y que nos va haciendo cada día menos humanos.

El resto lo escuchaba en silencio; algunos lo miraban con los ojos húmedos. No eran hombres crueles, hechos para matar. Sólo que-

rían volver a sus campos, a su ciclo natural de siembras y cosechas.

Domenico lo tomó de un brazo.

–*Non lambicarti il cervello*.²⁸ ¿En qué tono te lo voy a decir? Pensar hace mal; cuando se le dan muchas vueltas a un asunto se termina por hacer un lío y no entender nada. La vida es más simple, *cumpá*: disfrutar cuando estamos vivos, y cuando estamos muertos, se acabó—. Lo miró muy serio, e imitando la voz del teniente le dijo: –*Attenti, soldato*. Póngase la corbata; es el colmo de la indisciplina. Considérese arrestado por uniforme en desorden.

Francesco no se rió; se sintió de pronto enormemente cansado. “Es como si llevara a todos los muertos de hoy en mi mochila”, pensó.

Algunos de los hombres empezaron una canción que se había hecho popular entre los soldados de la guerra del 14: “¿Tienes frío, tienes hambre? Canta, que pasará. ¿Sientes la nostalgia de tu pueblo, de tu casa, de tu madre? Canta, que pasará...”

Francesco se durmió con todo su equipo puesto, oyendo las voces. Un contacto húmedo y frío lo hizo despertar sobresaltado; un ratón se había metido bajo su frazada; otro lo miraba con unos ojillos negros que le parecieron malévolos, con sus diminutas patas listas para saltar. Los apartó con una imprecación y se quedó vigilando, estremecido de repugnancia, hasta que el agotamiento volvió a cerrarle los ojos.

28. Modismo italiano: No te pases la lengua por el cerebro.

XVIII

UN CIELO ENEMIGO

La compañía de Francesco había quedado sólo con un camión, que fue usado para transportar a los heridos. Cargaron el armamento y las municiones en las carretas, y siguieron a pie, envueltos en una nube compacta de polvo que enmascaraba grotescamente los rostros, se introducía entre los dientes e intoxicaba los pulmones. Las mochilas pesaban cada vez más. Comían poco y mal: unas galletas, un bocado de carne fría o un pedazo de chocolate. Y lo hacían andando; no había tiempo para detenerse. Las caras se veían enflaquecidas, las miradas atisbaban el horizonte esperando ver aparecer en cualquier momento al enemigo.

De pronto se abatía sobre esa estepa infinita el estampido de un trueno, y el cielo se convertía en un telón negro que descargaba sobre ellos una lluvia apocalíptica, mientras el viento bramaba, amenazando llevárselos consigo. Pero seguían adelante, maldiciendo el clima, hasta que un exiguo descanso nocturno en las destartaladas carpas o en algún caserío abandonado, entre cucarachas y ratones, les permitía recobrar algunas energías para enfrentar un nuevo tramo de la agotadora travesía.

En pocos días los descomunales aguaceros convirtieron en pantanos los campos y caminos. A menudo Francesco debía detenerse a rescatar un zapato que se le había quedado atascado en el barro. Varios de sus compañeros iban descalzos, y sus pies comenzaban a mostrar virulentas pústulas.

Un soldado se acercó al teniente de la compañía, y con acento lastimero le dijo:

–Sciur tenent, am poidi pu camminá.

El oficial, riéndose, contestó:

—Si no puedes caminar, entonces corre—. Pero le quitó la mochila y la cargó sobre sus propios hombros.

Domenico blasfemaba:

—*Porco Dio!* ¿No llegaremos nunca a ese maldito Don?

Hombres y mulos se hundían a ratos en la masa pantanosa. En cierto momento, uno de los mulos no pudo seguir; había caído en un hoyo, y el fango, cual arena movediza, lo succionaba hacia abajo.

Nadie se atrevió a socorrerlo, por el temor de ser también engullido. Horrorizados, lo vieron desaparecer en medio de escalofriantes rebuznos, sin poder hacer nada para rescatarlo.

Francesco sentía que sus fuerzas lo abandonaban. No lograba olvidar los ojos aterrados del mulo tragado por el pantano. “Los animales siguen el destino de los hombres”, pensaba, sintiendo que un inexorable designio se cernía sobre ellos. “A todos nos espera la muerte”.

Miraba a las otras bestias, cegadas por los grumos duros que cubrían sus párpados. “Hay un abismo entre la idea del sufrimiento y el que lo padece”, se decía. “Ningún lenguaje es capaz de representarlo”.

El barro se convirtió en un océano viscoso y movable, impulsado en dirección contraria a la de su marcha, al punto que se vieron obligados a detenerse en otro caserío desierto; las calles vacías daban la impresión de ser más largas de lo que en realidad eran. Entraron extenuados en las isbas, y se dejaron caer en la paja para descansar un poco.

—Ni siquiera sabemos dónde se encuentra el enemigo, y si nos va a caer por la espalda cuando menos lo esperemos— dijo Francesco, encendiendo un cigarrillo.

—Por donde vengan, hay que matarlos a todos— acotó Domenico—. Estos malditos rojos saben lo que hacen: nosotros nos preocupamos de sus tanques y morteros, pero eso es sólo una entretención para ellos. Su verdadera estrategia son las guerrillas, que andan volando hasta por el aire, como los mosquitos.

—No hables así de los rojos— intervino un hombretón rubio de espesa barba llamado Marco, que venía de las montañas trentinas—. Yo también lo soy. No es culpa de ellos sino de nuestra sociedad burguesa; esta guerra es otro invento criminal de los fascistas. En

Italia nos hacían sudar para matarnos de hambre, y ahora nos han enviado a morir en las estepas rusas. Siempre somos los proletarios los que pagamos con nuestra sangre.

—*Ma va...* Ahora resulta que la defensa de la patria es burguesa. ¿A qué viniste entonces? — dijo otro alpino.

—¿De qué defensa hablas, *fesso*?²⁹ Te mienten y tú te lo crees. Somos unos malditos invasores—. Levantó un brazo y lo sacudió con rabia—. ¡*Macché* defensores de la patria!

—*Levati dai coglioni, Marco!*— intervino Domenico—. Hablemos mejor de la defensa de la pasta asciutta. Por ahora mi único objetivo es llenarme la panza. Mi *nonna* preparaba unos tallarines al huevo como los ángeles. Claro que se necesita también un buen vaso de vino. Qué ganas de sentir un líquido rojo bajando por mi garganta, es lo único rojo que me gusta. ¿Podremos comer decentemente cuando lleguemos al Don?

Francesco no prestaba atención a lo que se hablaba; fumaba en silencio, incapaz de escapar al sentimiento del absurdo que impregnaba todo lo que estaba ocurriendo.

“¿Te importa nuestra suerte, Dios mío?” Esa pregunta lo asustó en el mismo instante de formularla. ¿Qué estaba haciendo? ¿Dudar del único anclaje que le quedaba, el único que podía salvarlo de la desesperación final?

“Dios, perdona mi ignorancia”, rogó. “Nada puedo saber de tus designios. Quizás todo este horror tenga algún sentido en este mundo. Y aunque no lo tenga, sé que me darás en tu reino la definitiva respuesta”.

Más sereno y resignado, abrió su cajita de lata para comer la ración del día.

29. Tonto.

XIX

LA CARTA

Cuando Giulia despertó, la habitación estaba inundada por la luz de la mañana. Lo tomó como un buen presagio. Pero oía retumbar en sus oídos el golpeteo irregular de su corazón, y cada movimiento parecía consumirle toda su energía. Respiró a fondo y apretó los dientes para no dejar escapar el aire; al fijar los ojos en las sillas, le parecieron engendros decrepitos con las tripas al aire. Se quedó inmóvil observando el papel de las murallas que comenzaba a desprenderse, sus arabescos descoloridos. La puerta tampoco había resistido al tiempo; se había soltado de sus goznes y no cerraba bien. “Este residuo de vida que aún me sostiene hace que todo camine hacia la ruina”, se dijo. “Pronto también el humo del olvido se llevará de mi memoria el rostro de Francesco”.

Una imprevista decisión la hizo incorporarse. No se atrevía a mirarla de frente, pero que sin que supiera cómo la obligaba a caminar hasta el escritorio, a sentarse ante él, a coger una hoja de papel y a quedarse mirándola en estado de estupor. Le parecía estar todavía bajo el influjo del sueño de esa noche, del que había despertado sobresaltada al oír una voz que decía su nombre en una llanura sin límites constelada de cruces. “¿Era Francesco?”, se preguntó. “¿Le habrá sucedido algo en Rusia?”

Sin darse cuenta le habló en voz alta, como si él pudiese oírla.

—Cuando vuelvas... *povero amore mio*, sabrás que aquella no era yo, y que he sufrido quizás más que tú... No quiero que recuerdes a una Giulia que nunca existió... Y te amo aún más que antes”. Luego reflexionó: “Cuando se renuncia a quien se ama, su imagen empieza a crecer, hasta ocuparlo todo, y para siempre”.

De súbito el sol invernal atravesó los amplios ventanales. Giulia

experimentó una sacudida eléctrica, como si ese golpe de luz la hubiera sacado de su dolorosa perplejidad, impulsándola a hacer lo que debía haber hecho mucho tiempo atrás.

Las letras parecían trazarse solas en el papel:

“Amore mio, te escribo como si tomara tus manos, aunque no tengo tu voz ni tu sonrisa... Pero en esta vida la felicidad dura sólo un instante...”

Cuando terminó, el esfuerzo realizado para decir en palabras el verdadero motivo de su rompimiento la obligó a volver a la cama. “Se vive sólo una vez, pero yo viví siempre en la espera. Y cuando apareció algo real, duró lo que dura un espejismo, y regresé a la misma condición”, pensaba. “¿Cuántas noches y cuántos miedos me aguardan aún antes de que todo termine?” Ya no osaba invocar a Dios; había rezado demasiado por su salud y por la vida de Francesco.

La vieja casa llena de rumores la hizo pensar que su padre estaba ahí, contemplando impotente su tristeza. *“Caro mio papá– le habló–, sé que vendrás a buscarme en una carroza conducida por pájaros del paraíso. Me tomarás de la mano y correremos por el espacio sin fin hasta la casa de la eterna alegría. Porque en este mundo oscuro no hay otra realidad que el dolor. La alegría es apenas un instante que logra escaparse del sufrimiento”*.

En eso oyó abrirse la puerta de entrada, y luego la voz de Mariagrazia llamándola, hasta que entró en el dormitorio.

–Giulia, no te has levantado aún, ¿qué te sucede?

–Sólo me siento un poco cansada; no dormí bien anoche...

Mariagrazia se sentó a los pies de la cama y la escrutó atentamente.

–No me digas que no te pasa nada, porque no te lo creo. Estás cada día más pálida y débil. Vine para que me digas de una vez lo que te ocurre.

Giulia suspiró, y de pronto comenzó a contar. A medida que hablaba, Mariagrazia percibía que el alivio iba distendiendo su rostro. Cuando terminó, cerró los ojos y se quedó inmóvil.

Durante un momento, Mariagrazia no dijo nada. Luego le cogió una mano.

–Tú misma dices que el médico no está seguro. Entonces no hay ningún motivo real para perder las esperanzas. Eres tan joven, estoy

segura de que te recuperarás.

Giulia sonrió con pena.

–No lo creo. Sólo sigo viviendo porque espero el regreso de Francesco; sé que Dios no me quitará ese último consuelo... Pero –su voz tuvo una pequeña vacilación– si así no sucede, si no estoy cuando él vuelva, te ruego que le entregues una carta que acabo de escribirle. Ahí le explico todo. Debe saber que nunca he dejado de amarlo, y por qué rompí con él.

Mariagrazia la abrazó.

–*Mia povera piccina*. Eres demasiado buena. Cuánto habrás sufrido sola. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

–Bastantes preocupaciones tenías ya con tus hijos... y tu marido lejos. Ahí en el escritorio está la carta. Prométeme que si me voy antes, se la entregarás apenas llegue.

–Todo lo que quieras; eres como la hermana que nunca tuve. Pero no podré cumplir esta promesa, porque te cuidaré y estarás bien para contarle tú misma lo que ocurrió. Ya verás, todo volverá a ser como era, y mejor todavía...–. Mariagrazia hablaba atropelladamente, para que Giulia no notara cuánto la había afectado la noticia–. Ahora sólo debes preocuparte de mejorar; piensa que así será, y eso te hará restablecerte más rápido.

Giulia la miraba incrédula.

–Ahora iré a prepararte el desayuno con unos huevos que conseguí ayer– agregó Mariagrazia.

–No quiero que te prives de tus alimentos por mí...

Mariagrazia se echó a reír.

–Pero si no me costaron nada, y tengo más en la casa. La Rossa me vino a ver anoche, y los traía envueltos en su chal. Yo creía que nadie era capaz de ser generoso en estos tiempos, pero ella me hizo volver a creer en la bondad humana. Tú no te preocupes de nada, debes comer bien para reponerte, sólo descansa, que aquí estoy para cuidarte, y vendré todos los días hasta que no me necesites.

A Giulia se le llenaron los ojos de lágrimas. Se había sentido tanto tiempo desamparada en la oscuridad, que era un enorme descanso constatar que alguien se preocupaba por ella. Dejó que su amiga la atendiera, y después de tomar el desayuno cayó en un tranquilo sopor.

Mariagrazia limpió la casa hasta dejarla reluciente. Después partió a ver sus niños.

El sol hacía brillar las hojas del roble. Giulia despertó y se puso a mirarlo, recordando que su padre lo había plantado cuando ella había cumplido ocho años, para que crecieran juntos. Desde entonces le había parecido que formaba parte de su vida; lo había visto desplegar sus ramas cada vez más frondosas; las había explorado una a una en sus cambios de colores. Ahora le costaba reconocerse en ese árbol; se veía fuerte y desbordante de vida, al contrario de lo que a ella le sucedía.

Vio moverse las hojas, como si la estuvieran llamando; se vistió y salió al jardín. Sentía vagamente que esa criatura vegetal estaba en ella; más aún, que el conocimiento que tenía de su alma la convertía en ella misma. Le habló como si pudiera oírla. “Tú escuchas la tempestad, los grillos que cantan al anochecer; proteges a los pájaros en tus anchos brazos, y cuando despuntan las estrellas alzas tu cabeza para contemplarlas. Derrama tu vida en la mía”. Se abrazó al tronco; por momentos le parecía que el árbol le transmitía su propia sustancia, y que volvían a ser uno. Después sintió que una alegría inesperada la recorría, y la esperanza de curarse reverberó largo rato en su mente.

EL OTOÑO

Habían cesado las lluvias, dando paso a un viento huracanado que comenzó a soplar una tarde de principios de octubre. Ennio divisó un granero al borde de un gran bosque, y todos los hombres de la compañía se dirigieron hacia allá corriendo. Era un recinto espacioso, y contaba con una gran estufa al centro; incluso había una abundante provisión de troncos cortados para alimentarla. Se notaba que había sido abandonado hacía poco tiempo.

Después que encendieron un buen fuego, el capitán pidió su atención, mientras sacaba de su chaqueta una especie de folleto.

–Escuchen bien, soldados– dijo–. Seguramente los ha sorprendido el mal tiempo que hemos afrontado hasta ahora, cuando aún no empieza el invierno. Voy a darles alguna información sobre el clima de este país.

Abrió el folleto y leyó:

“En la estepa rusa no se anuncia el otoño con hojas de color dorado y rojizo cayendo blandamente al suelo, casi con melancolía, ni la naturaleza avanza con lentitud a su descanso invernal. Allí todo es excesivo, y el otoño alcanza las dimensiones de un cataclismo. El hombre se encuentra a merced de esa furia climática, sin poder hacer casi nada para defenderse de sus inclemencias”.

–Así que ya lo saben– añadió–. Y estamos sólo al comienzo. Por lo tanto, no sólo necesitamos ánimo para luchar contra adversarios humanos, sino también contra fuerzas naturales a las que no estamos acostumbrados, y que pueden convertirse en nuestro peor enemigo. Pero somos alpinos, y juntos sabremos vencer todas las adversidades. *Viva l’Italia!*

Todos repitieron la consigna, pero las miradas decían otra cosa.

Francesco despertó bruscamente. Todos dormían, y aún crepitaban algunas brasas en la estufa. De pronto se dio cuenta de que lo que lo había despertado era un vacío en su estómago, tan apremiante que le provocaba un dolor atravesado de escalofríos y un ansia terrible de echarse algo a la boca. “Ahora sé lo que es el hambre”, se dijo, sintiendo que el vacío se transformaba en una fatiga que cubría incluso su conciencia. Le costaba un enorme esfuerzo conservar la lucidez. “Quizás cuántos están como yo”, pensó borrosamente, “y seguramente se están acabando los pocos alimentos que todavía nos reparten”.

Un repentino alivio de su malestar le permitió incorporarse y dar algunos pasos. “Tengo que buscar comida”, se dijo; “es posible que la gente que usaba este granero haya escondido algunos alimentos en los alrededores”. Iba a despertar a algunos de sus compañeros para pedirles que lo acompañaran, pero desistió. “Tal vez no quieran y no me dejen ir”, se dijo.

Salió del granero y enfrentó un sucio amanecer. La expectativa de encontrar algo le proporcionaba una escasa energía, suficiente sin embargo para emprender la búsqueda.

Se fue alejando hacia el bosque cercano. El viento empezaba a soplar de nuevo, traspasándole la ropa, metiéndose en sus huesos. Se internó entre los árboles sin rumbo fijo, mirando hacia todos lados, atento a cualquier señal que rompiera esa compacta monotonía vegetal que parecía extenderse sin término. De súbito desembocó en un gran claro circular, en cuyo centro se alzaba un promontorio de unos veinte metros de alto; a un costado se balanceaba una ruinoso isba sacudida por el viento. “Leí que a veces los campesinos rusos hacen una cueva cerca de su casa para conservar los alimentos durante el invierno”, se dijo. “¿Será cierto?”

Llegó ante la isba y miró a su alrededor. El promontorio estaba cubierto por un capa de hierba y musgo endurecidos, pero en un punto se veía una especie de cortina de ramas entrecruzadas; probablemente habían sido puestas ahí para disimular algo que había detrás. Empezó a apartarlas ansiosamente, hasta que quedó a la vista un gran boquete. Entró cauteloso, y divisó en la penumbra varios

sacos alineados al fondo de la cueva. Abrió uno con su cuchillo; estaba lleno de patatas. Otro contenía frijoles, y un tercero semillas de girasol.

No siguió revisando; estaba claro que en todos había alimentos. Llenó su mochila con frijoles y patatas, para llevarlas de muestra a sus compañeros, tapó la entrada con las ramas y emprendió el regreso, registrando hasta donde pudo las referencias del lugar que le permitieran su posterior ubicación.

Había recorrido una parte del bosque cuando se descargó de lleno la tormenta. La nieve giraba en enloquecidas espirales, cegándolo por completo y entrando inconteniblemente por sus fosas nasales. El dolor lo hizo gritar. El huracán había alcanzado tal potencia, que lo hizo caer de rodillas, mientras un enjambre de agujas se clavaba en sus ojos. La oscuridad se hizo total. No supo cómo logró levantarse y continuar a tropezones en esa tiniebla atravesada de clamor y furia.

“Si me detengo –pensaba–, me congelaré en pocos momentos, y si camino en círculos gastaré toda mi energía en un esfuerzo inútil, y moriré igualmente. ¿Dónde, dónde está el campamento?”

De improviso, la voz de Domenico llamándolo lo inundó de una salvaje alegría.

–¡Estoy cerca!– gritó–. ¡Sigue hablando para orientarme!–. Y siguió luchando contra el viento y la nieve.

–¡Aquí, aquí!– vociferaba el napolitano.

Domenico no paró de gritar hasta que Francesco salió del bosque y cayó en sus brazos. Lo condujo al granero; entre todos le sacaron la ropa, las botas mojadas, y lo sentaron al lado del fuego. Hablaban todos a un tiempo:

–Creíamos que ya no volverías.

–*Per la pipa*, ¡este sí que es viento!

–¿En qué diablos andabas, profesor?– preguntó Domenico, fro-tándole vigorosamente los pies para restablecer la circulación–. ¿Te fuiste a escribir poesías al bosque?

Francesco miró sus pies hinchados.

–Quizás mañana no me pueda calzar las botas...

Domenico se rió.

–Entonces podrás fundar tu propia orden de frailes descalzos. No me extrañaría nada.

Súbitamente todos se apartaron, para dar paso al capitán de la compañía.

–Santini– dijo el oficial–, ¿cómo explica su salida sin autorización de un superior?

Francesco hizo un torpe intento de levantarse, pero el capitán le indicó con un gesto que podía permanecer sentado.

–Señor– respondió Francesco–, lo único que puede justificar mi acción es que encontré una buena cantidad de comida.

El capitán se sentó a su lado.

–Cuéntelo todo, soldado.

Mientras relataba su descubrimiento, Francesco advertía la emoción de sus camaradas, sus sonrisas de reconocimiento, la contenida aprobación del capitán.

–Bien, Santini– dijo éste cuando Francesco terminó–. No puedo menos que felicitarlo, pese a su leve transgresión del reglamento. La pasaré por alto esta vez. Y ahora descanse hasta que pase la tormenta, para que esté en condiciones de guiarnos a ese lugar. ¿Está seguro de haber registrado bien la ubicación?

–Creo que sí, señor...

El capitán se retiró. Algunos hombres prepararon una sopa con las patatas y los frijoles que había traído Francesco en su mochila; una frugal comida caliente que todos devoraron agradecidos.

XXI

EL DON

Habían llegado al río Don, después de un recorrido de cuatrocientos cincuenta kilómetros. En dos días se completó el arribo escalonado del resto de la división Tridentina.

A la mañana siguiente, el comandante del batallón de Francesco ordenó formar a todos los hombres, y les habló provisto de un micrófono.

–Soldados, esta es nuestra situación: todas las fuerzas enviadas a la línea de defensa del Don ya están aquí. Al norte se despliegan nuestros aliados húngaros. Después, nuestras heroicas divisiones italianas: la Tridentina, que cubrirá veinticinco kilómetros, de Babka a Bojolovovka; al centro, la Julia y la Cossería; hacia el sur, la Cuneense, apostada en las inmediaciones del río Kalitva; se suceden la Ravenna y la Pasubio; y por último, la Torino, la Celere y la Sforzesca, unidas al vigésimo cuarto cuerpo de ejército alemán. Cierran nuestro frente la sexta división alemana y el destacamento rumano. Como pueden ver, hemos levantado un extenso pero compacto muro de contención para impedir el paso de este río a nuestros enemigos, que nos acechan desde la ribera opuesta. Y sabremos cumplir con nuestro deber, hasta la victoria final. ¡Vivan los alpinos, viva Italia!

Un solo rugido respondió a la arenga del comandante. Algunos soldados comenzaron a cantar el himno de los alpinos, que pronto fue coreado por todos los demás:

*Sul cappello, sul cappello che noi portiamo
Vi é una lunga, vi é una lunga penna nera
Che a noi serve, che a noi serve per bandiera
Su pei monti, su pei monti a guerreggiar*

*Ohi la lá, ohi la lá.
Su pei monti che noi saremo
Coglieremo stelle alpine
Per portarle alle bambine
Farle pianger e sospirar...
Ohi la lá, ohi la lá...³⁰*

–¡Ah, finalmente un poco de orden y limpieza!– exclamó Francesco, mirando el bien organizado campamento que el Cuerpo de Expedición Italiano en Rusia había logrado acondicionar en el año que ya llevaban allí–. Esta noche dormiremos de verdad, sin temer que los partisanos nos caigan por la espalda, y sin ratones que se paseen por nuestras piernas.

–*Ecco*– aprobó Domenico–. Ahora sabemos que la chusma de Stalin está al otro lado del río, y no tendremos que andar con los ojos al revés. Pero ¿de qué limpieza me hablas? ¿No viste cómo los que llegaron el año pasado hervían su ropa para matar los piojos? Nos vamos a llenar de bichos como ellos, y créeme que molestan mucho más que los ratones.

–Nunca he visto un piojo; mi casa parecía un espejo.

–Ya tendrás ocasión de conocerlos, y no te respetarán. No conocen la diferencia entre un poeta y el resto de los mortales.

Esa noche durmieron tranquilos al calor de las estufas instaladas en los refugios subterráneos.

Al otro día se enteraron de que algunos batallones de la Tridentina habían recibido la orden de detener el avance ruso en las cercanías de Bolschoj. Más tarde supieron que habían sostenido ahí feroces combates, y también en Kalmikovski y Kotovski, y habían conseguido repeler al enemigo y reconquistar las perdidas posiciones.

Pero dos noches después fueron golpeados por una desconcertante noticia: la división debía trasladarse a las inmediaciones de Podgornoe, situada unos cuatrocientos kilómetros al norte, y ocupar

30. Sobre el sombrero que llevamos / hay una larga pluma negra / que nos sirve de bandera / para combatir en los montes. / En los montes donde estaremos / cogeremos estrellas alpinas / para llevárselas a las muchachas / y hacerlas llorar y suspirar.

en sus alrededores varios poblados en ruinas, como Kirspinski, Karabut, Sirotowka y Belogorje.

Marco y otros soldados habían hecho una carreta con materiales recogidos en los villorrios por los que había pasado la compañía. El comandante había celebrado su ingenio, y de inmediato organizó un equipo de artesanos al que le encargó fabricar en veinticuatro horas la mayor cantidad de carretas posible, para hacer más fácil el traslado del batallón. Cumplido el plazo, el grupo entregó diez carretas aceptablemente construidas.

Partieron bajo la espesa lluvia del otoño.

Después de una caminata de veinte días, ocuparon un caserío desierto cercano a Podgornoe, y los soldados comenzaron inmediatamente a construir los refugios, antes que la nieve y el hielo lo hicieran imposible. Bandadas de pájaros pasaban veloces hacia el sur, anunciando la inminente llegada del invierno.

Mientras Francesco cavaba un profundo hoyo, transpirando a pesar de la gélida temperatura, experimentaba una especie de vigorizante energía. “Nunca creí que el trabajo físico pudiera producirme tal agrado. Se me han roto las manos, pero me siento contento. Debe ser la recompensa del deber cumplido”, pensó,

Algunos hombres talaban árboles en los bosques vecinos y trasladaban los troncos en las carretas. Los ponían atravesados sobre las zanjas, los cubrían de paja, y por último de gruesas capas de tierra, para ocultar los refugios a la observación aérea enemiga.

Las continuas lluvias entorpecían la tarea, pero los ataques rusos se habían detenido, excepto por los escasos disparos que salían desde los árboles de la ribera opuesta cuando algún incauto se acercaba a la orilla del río. Los soldados continuaban su trabajo extrañados de esa insólita calma, que hasta les daba tiempo para hacer ladrillos y fabricar con ellos una suerte de estufas que calentaban precariamente las instalaciones. Domenico rezongaba sin parar, pero ni él ni nadie dejaba de ejecutar las faenas encargadas por los jefes de cuadrillas, Marco, Panizza y otros. Previamente los oficiales habían hecho un registro para conocer el oficio de cada soldado y asignarlo así a lo que mejor sabía hacer. Algunos artesanos tallaban mesas y sillas con los árboles talados en el bosque, los de más allá fabricaban trineos que después harían tirar por mulos, otros fortificaban el siste-

ma defensivo, instalando trincheras y observatorios en altura. Hasta colocaron campanillas unidas por cordeles a lo largo de las zanjas, para que delataran a cualquiera que intentara traspasarlas.

En todos los puntos de trabajo se alzaban cantos que los devolvían a las amadas montañas de los Alpes. Casi habían olvidado que estaban en una guerra; una paz antigua, como la de la infancia lejana, parecía haber descendido sobre ese suelo extranjero y hostil. Bromeaban unos con otros, reanimados por una insólita alegría que no lograban explicarse.

–*Sciur tenent, a l'é finía*³¹– dijo Marco, con un destello de orgullo en sus ojos, cuando se presentó ante el oficial para darle cuenta del término del inmenso refugio.

Habían dormido en tiendas que se hinchaban al viento y que a menudo habían volado lejos, arrastradas por algún repentino huracán. Pero al irrumpir el invierno ya estaban dentro de su cómoda ciudad subterránea.

31. Señor teniente, se ha finalizado.

XXII

LA MUJER QUE LLORA

En Montaña d'Orba todos vivían pendientes de las noticias que transmitía la radio. Ni siquiera sabían cuáles correspondían a los hechos reales, pero era la única manera de enterarse de los vaivenes de la guerra. Las informaciones eran siempre las mismas: se había ganado tal o cual batalla, habían muerto tantos italianos. El afán de procurarse el sustento absorbía todas las energías, pero la mayoría de los campos estaban sin cultivar, unos por falta de brazos, otros por la casi completa carencia de insumos agrícolas, a lo cual se sumaba la duración del conflicto, que según los anuncios iniciales de Mussolini terminaría en una rápida y fulgurante victoria, pero que se extendía ya por casi tres años.

La normalidad de la vida era un recuerdo cada vez más lejano, al punto que muchos llegaban a preguntarse si alguna vez había realmente existido. Su lugar había sido ocupado por una corrosiva incertidumbre, que a los más vulnerables los hacía experimentar un sentimiento de pérdida de la razón. ¿Se descargaría la guerra sobre el valle? Génova había sido casi arrasada por los aviones enemigos. ¿Cuánto tardarían en llegar hasta allí?

La propia Italia estaba partida en dos. Una parte de la población respaldaba a los partisanos escondidos en las montañas; la otra, a los fascistas alineados con el Duce. Y todos esgrimían encendidos argumentos en favor de su propio bando.

—¿Cómo las ideas pueden importar más que la vida humana?— decía Mariagrazia.

A menudo los partidarios del régimen denunciaban a la policía secreta a los rebeldes que bajaban de sus refugios a ver a sus familias. La siniestra organización conocida como OVRA, Organización de

Vigilancia y Represión del Antifascismo, aplicaba a veces métodos tan bárbaros como los de la Gestapo.

Inesperadamente, ocurrió un suceso que conmocionó a toda la gente de Montaña d'Orba. Una noche, Gianni, "el de las cabras", cruzó corriendo las calles del pueblo, gritando algo que nadie entendía. A las preguntas del dueño del café, respondió que en la *cascina* abandonada, cercana a los cerros, había visto a una mujer vestida toda de negro, con el rostro cubierto por un espeso velo oscuro que le había impedido identificarla. La mujer estaba arrodillada y lloraba desconsoladamente, inclinada sobre un pozo tapiado. Él se había acercado para preguntarle qué le ocurría, y por qué se encontraba a esa hora en un lugar tan inhóspito. Pero cuando estaba a pocos pasos de ella, la mujer había desaparecido.

–Se desvaneció... Es cierto, no estoy borracho, nunca bebo cuando voy al monte... ¡Lo juro!

Temblaba de pavor, y rogaba a los que se habían congregado al oír sus gritos que fueran a verificar lo que decía. Muchos pensaron que se había vuelto loco.

–¿Será que el no saber de sus hijos desde hace semanas le reblandeció los sesos?– se preguntaban.

Alguien conjeturó que podía tratarse de una aparición sobrenatural.

–Pero no puede ser la Virgen– intervino otro–. Ella nunca se aparece de negro. Quizás es un aviso de que ocurrirán malas cosas en este pueblo.

–¿Y te parece poco esta guerra *di merda*?– retrucó Giuvanín–. ¿Hay algo peor, acaso?

Al final se armaron de valor y decidieron ir a ver, premunidos de una tosca lámpara de aceite.

Cuando se aproximaban a la *cascina* oyeron un llanto de mujer que les erizó el cabello. Alzaron la lámpara, y entonces la vieron. Era exactamente como Gianni la había descrito.

Corrieron de vuelta al pueblo, llamando a todos a grandes voces. En pocos minutos el café se llenó de gente que preguntaba, que empezaba a convencerse y a asustarse, que no se explicaba el suceso sino como algo que no era de este mundo.

Sin saber qué hacer, subieron a consultar a Concetta. La anciana

cerró los ojos y dijo que era un alma que buscaba reparación desde el más allá.

–Es un anuncio de que Dios nos ha dado la espalda, por haber olvidado que somos todos hermanos– dijo.

Se retiraron espantados. Esa noche nadie pudo dormir.

Al día siguiente, todos volvieron al lugar.

La mujer seguía llorando junto al pozo. Se detuvieron a cierta distancia. Uno más osado que los demás dio unos pasos hacia ella. En ese mismo instante, la aparición se desvaneció en el aire.

Regresaron sumidos en oscuros presentimientos, cada cual rumiando si el llanto de la mujer era una señal enviada para sacar a luz sus propias culpas.

A la entrada del pueblo los estaba esperando Fra Gennaro. Los increpó duramente por creer en algo que sin duda alguna era sólo una sugestión colectiva. Y cuando Giuseppe insinuó tímidamente que quizás se trataba de una *masca*³² que traería desdicha a todos los habitantes, estalló indignado:

–¿Hasta cuando les voy a decir que las *mascas* no existen? ¿Qué gran pecado he cometido para que me hayan tocado palurdos tan supersticiosos?–. Alzó los brazos al cielo y exclamó: –Señor, ¿por qué me haces vivir en medio de tanta ignorancia?

Giuseppe y Marietta argumentaron que, si no era una *masca*, entonces era peor aún, porque la mujer la habían visto todos.

–Necesitamos su intercesión y toda el agua bendita que haya en la iglesia– le dijeron–. Vaya a verla con sus propios ojos, en vez de gritar tanto.

Fra Gennaro comprendió que sólo él podía hacer que cesara ese alboroto.

–Está bien– dijo–. Iremos en procesión mañana, y les demostraré que la mente juega malas pasadas.

Un poco más tranquilos, se fueron todos a sus casas.

Fra Gennaro encabezaba la silenciosa marcha del pueblo hacia la *cascina*, vestido con sus mejores paramentos y esgrimiendo un gran

32.Masca: bruja en piemontés.

crucifijo. Estaban ya a unos cien metros del lugar. De pronto oyó el llanto de la mujer, y un escalofrío le recorrió la espalda. Aferró el crucifijo, y eso le dio valor para seguir adelante.

Un momento después, no pudo negar lo que sus ojos veían. Ahí, inclinada sobre el pozo, estaba la figura negra, sin detener su espe-luznante lamento. “San Miguel, protégeme”, murmuró el cura. Dio unos pasos más, y la mujer desapareció.

Dominando el pánico que lo sobrecogía, Fra Gennaro asperjó con agua bendita el lugar y retrocedió varios metros.

La mujer volvió a materializarse. Ahora se doblaba sobre sí misma, profiriendo alaridos de dolor.

Zinia asistía a la escena casi sin respirar; se llenaba de compasión sin saber por qué, y dejó que las lágrimas corrieran también por su rostro. Su madre no hablaba, y le apretaba la mano hasta hacerle doler.

Manteniendo la distancia, el sacerdote comenzó a rezar en alta voz, acompañado por los aldeanos. Como el fenómeno persistía, comprendió que debía retractarse de su error, y dijo que era una aparición celestial, dado que el agua bendita y los rezos no la habían ahuyentado.

–Es Dios quien nos manda esta señal– continuó–. ¿Qué quiere decirnos? ¿Por qué ha enviado aquí a esta mujer, junto a este pozo tapiado? Debemos abrirlo.

Apenas pronunció esas palabras, la figura se desvaneció otra vez. Inmediatamente, Gianni, Guivanín y otros fueron a buscar herramientas para desclavar las tablas. Se pusieron a trabajar, mientras el resto del pueblo seguía rezando en voz alta.

Cuando el pozo estuvo abierto, quedó a la vista un macabro espectáculo. Estaba lleno de cuerpos humanos semidescompuestos. A medida que extraían los cadáveres, los iban contando: eran diecisiete muchachos, con evidentes signos de haber sido ejecutados mediante disparos en la cabeza. Todos eran del pueblo, y todos partisanos que se creía escondidos en las montañas.

Ahí estaba Carletto, cuya madre había muerto hacía poco, dejándole en herencia esa *cascina*, ahora deshabitada.

Todos lloraban. Algunos reconocían a sus parientes. Fra Gennaro bendecía los pobres cuerpos y ordenaba que los llevaran a la iglesia

para darles cristiana sepultura.

Mientras marchaban en el fúnebre cortejo, los aldeanos se preguntaban por qué los cadáveres no despedían olor alguno, pese a su avanzado estado de descomposición. Terminaron atribuyéndolo también a intervención divina, seguramente para que no fueran descubiertos sino mediante la aparición de la mujer que lloraba. Hubo incluso quienes aventuraron que esa mujer podía ser la madre de Carletto.

Muchos juraban que en cuanto terminara la guerra harían que los fascistas del pueblo pagaran por esa masacre.

Al día siguiente, Fra Gennaro celebró una misa de difuntos por las diecisiete víctimas, y desde el púlpito pidió a la gente perdonar como Dios lo hacía, y cesar esa lucha entre hermanos.

Los muchachos fueron sepultados, y nunca más se volvió a ver en Montaña d'Orba a la mujer que lloraba.

Desde el hallazgo de los cadáveres en el pozo de la *cascina*, las mujeres concurrían todas las tardes a la iglesia para lamentarse.

“¡Dios severo y terrible!– se quejaban–. ¿Cuándo te hemos negado nuestras oraciones para que Tú nos castigues tan duramente? ¿Acaso no te hemos honrado como te mereces?”

En vano el párroco trataba de hacerles comprender que no eran castigos dispuestos por el Señor, sino males provocados por los hombres, que cada cierto tiempo enloquecían.

Una tarde que presagiaba tormenta, Concetta bajó al pueblo, alterando su costumbre de no salir de casa durante el invierno. La noticia se propagó rápidamente, y muchos acudieron a escucharla, presintiendo que algo grave sucedía.

Concetta los miró con un rostro serio y triste. Cuando comenzó a hablar, la gente se sobrecogió ante el inusitado sonido de su voz. Era como si un personaje invisible estuviera hablando a través de ella.

“La masacre de nuestros hijos ha desatado la ira de los dioses.

La fosa entregó los cuerpos, y los signos de la tribulación están cumplidos.

Pero todo se sabrá, porque hasta los montes lo gritarán.

¡Ay de los delatores de Montaña d'Orba!
¡Ay de los asesinos de sus hermanos!
¡Ay de aquellos que han hecho doblar las campanas del duelo!
¡Ay de aquellos que han convocado sobre el pueblo a los ángeles
de la venganza!

¡Serán castigados cuando Italia sea ocupada por el invasor!
Todos pagaremos con sangre, pecadores y víctimas inocentes.
¡El dolor estremecerá hasta las piedras en Montaña d'Orba!"

Cerró los ojos, alzó un brazo y señaló hacia las montañas.

Un resplandor eléctrico alumbró la cumbre más alta y horadó la neblina que iba cubriendo el valle. Un instante después, el estampido del trueno hizo temblar las casas. Mientras Concetta se retiraba, a las mujeres les pareció ver sobre su cabeza un gran pájaro con las alas extendidas.

XXIII

EL ESCAPE

Antonino había bajado de las montañas para visitar a su familia. Lo había hecho varias veces desde que se había unido a los rebeldes. Llegaba siempre de noche, para no ser visto por los fascistas del pueblo. Mariagrazia acostumbraba guardar un poco de harina y algunas hortalizas y huevos para enviarlos a los partisanos en cada una de esas visitas.

La cosecha de trigo había sido la peor del último tiempo, al punto que el molino había dejado de funcionar. Varios aldeanos aseguraban haber visto al fantasma de su antiguo propietario andando sobre el río y tirando harina al viento, mientras de las aguas subía una densa y oscura neblina que había terminado por cubrir todo el valle. Decían que era un mal presagio, una señal de que la tierra no daría más que escasos granos y de mala calidad.

Antonino acababa de echarse a la espalda el saco en que su mujer había puesto los alimentos, cuando se oyó resonar un rítmico taconeo sobre las piedras de la calle.

–Los alemanes... vienen por ti, Antonino...– susurró Mariagrazia

Zinia vio cómo su padre huía por el entretecho, y se percató con espanto de que había olvidado llevarse el fusil, que yacía como acusadora evidencia sobre la cama de su madre.

La puerta se abrió de un violento golpe, y unos diez soldados irrumpieron en la casa, vociferando preguntas de las cuales lo único que entendió Mariagrazia fue la palabra “partisano”. Trató de hacerse entender, negando tener noticias de su marido y jurando que sólo ella y sus hijos se encontraban en la casa. Los hombres la apartaron de un empujón y comenzaron a registrar las habitaciones.

Apenas los oyó entrar, Zinia se dijo que había que hacer algo con el fusil. Lo encontrarían y los matarían a los tres. Pero no se le ocurría nada.

De pronto Filippo le quitó el delantal, cogió el arma, la puso sobre el alféizar de la ventana, la cubrió con la prenda, sentó encima a su hermana y le dijo en voz baja que mostrara la mayor despreocupación posible. Lo hizo todo tan rápido que le tomó sólo algunos segundos, el tiempo justo antes de que tres alemanes entraran en el dormitorio. Revisaron el ropero, los armarios, miraron bajo la cama, mientras Zinia los contemplaba impávida, fingiendo no saber lo que estaba sucediendo. A ninguno se le ocurrió bajarla de la ventana; afortunadamente, el delantal ocultaba por completo el fusil, y Zinia no hacía ningún movimiento.

Los soldados seguían su registro, soltando maldiciones al no encontrar rastros de Antonino.

Amenazaron a Mariagrazia, que suplicaba clemencia, e increparon a Filippo, zamarreándolo brutalmente de un brazo. Parecieran momentos eternos, hasta que el oficial dio orden de abandonar la casa.

Zinia sentía que todo daba vueltas a su alrededor, y se habría caído de la ventana si su hermano no hubiera acudido a sostenerla. Se abrazaron temblando. Por esa vez se habían salvado.

Mariagrazia, pálida y desencajada, dijo que alguien los había denunciado.

—¿Pero quién? ¿Quién puede ser?— repetía, mientras las lágrimas mojaban su rostro.

Hacía rato que había pasado la medianoche, pero ni Zinia ni Filippo eran capaces de comer el arroz que había preparado su madre. Sus enflaquecidos cuerpos aún estaban estremecidos de pavor.

Creían oír a cada momento el regreso de los alemanes, el taconeo de las botas sobre las piedras. No sabían dónde esconder el fusil; les parecía que les quemaba las manos, como si lo hubieran usado. Mariagrazia, sentada en la cocina, miraba fijamente las llamas del fogón, sin energías para decirles que se fueran a dormir.

Se levantó al fin trabajosamente y los estrechó entre sus brazos, besándolos una y otra vez. “Estamos vivos”, se decía. “¿Pero hasta cuando?”

Las campanas de la iglesia redoblaban con sordos y lentos toques, en duelo por los italianos muertos en las estepas rusas.

XXIV

SUICIDIO POR OBEDIENCIA

Una extraña calma se había posado sobre el río, que comenzaba a congelarse en varios puntos. Francesco no lograba comprender la razón de ese silencio, roto sólo por el graznido de las aves migratorias.

Algunos alpinos que llevaban ya un año en Rusia le habían contado que hasta entonces las batallas se habían sucedido ininterrumpidamente, y que había costado muchas vidas asegurar el control de ese tramo del río para impedir el paso de refuerzos rusos hacia Stalingrado.

–Esto nos desangra poco a poco– dijo Ennio–. Vamos perdiendo a nuestros camaradas mientras ellos renuevan cada vez sus contingentes. Y esta repentina tranquilidad es una pésima señal. Algo están preparando.

–Yo sé en qué están, amigo– dijo Domenico–. Están esperando que las guerrillas rusas que tenemos a la espalda se organicen con el armamento que les acaban de mandar los yanquis y nos caigan por detrás, encerrándonos en un maldito saco.

–¿De dónde sacaste eso de los yanquis?– inquirió Ennio, mirándolo incrédulo.

–Muy simple, *cumpá*. *Mi fischiano gli orecchi*³³, y entiendo lo que dicen.

Francesco se pasó la mano por el pelo en un gesto de desaliento.

–Si es así, ¿qué podemos hacer?

–Lo mismo que estamos haciendo, poeta. Lavar nuestra ropa,

33. Expresión italiana: Me silban las orejas. Quiere decir que se intuye lo que sucederá.

limpiar los fusiles, contar las pocas balas que nos quedan, hacer los turnos y cantar mientras estamos vivos.

Ennio se retiró silencioso a un rincón.. Los demás se miraban unos a otros, imaginando la embestida que vendría y preguntándose si serían capaces de resistirla.

Repentinamente, unas ráfagas de metralla retumbaron en sus oídos. Salieron al exterior, dispuestos a defender su posición. Un gran número de rusos habían surgido del bosque que flanqueaba la ribera opuesta y cruzaban el río por los puntos en que el hielo parecía más sólido. Avanzaban disparando sin cesar, pero ofrecían un blanco perfecto e iban cayendo acribillados sobre la blanca superficie, que cedía al peso de los cuerpos.

Varias *katiuskas*³⁴ accionadas desde las trincheras enemigas trataban de proteger su avance, pero las descargas italianas se sucedían sin interrupción, y en unos minutos dieron cuenta de ese estólido enjambre humano. La mayoría resultaron muertos o heridos; sólo unos pocos retrocedieron y lograron ponerse a salvo entre los árboles. Pero pronto reaparecieron otros que los reemplazaron. Al igual que los primeros, avanzaban disparando bajo el anémico sol de fin de otoño, como si aceptaran de antemano el destino al que habían sido enviados.

“¿Qué es esto?”, se dijo Francesco, horrorizado al ver cómo caían los cuerpos indefensos recibiendo las balas.

La matanza continuó todo el día, sin darles tiempo para comer ni beber. Cada vez que un destacamento ruso era exterminado, aparecía otro nuevo. Los italianos estaban exhaustos, la cabeza les zumbaba como si les fuese a estallar. Cuando el sol se ponía en el horizonte, vieron aparecer dos trineos con varios rusos desarmados. El capitán de la compañía de Francesco levantó el brazo y dio orden de no disparar; había comprendido que venían a buscar a sus heridos.

—Alto el fuego. Los italianos somos honorables, no atacamos a enemigos indefensos.

Al no oír disparos, los soldados se detuvieron incrédulos y los miraron largamente. Luego, sin dejar de observarlos, recogieron a

34. Nueva arma rusa lanza bombas, comandada eléctricamente.

varios de los suyos, les hicieron un ademán de saludo y se retiraron al bosque.

Esa noche, frente a un plato caliente de frijoles que nadaban en un agua sucia, los compañeros de Francesco comentaban el ataque suicida. Nadie entendía nada.

–*Macché suicidio!*³⁵– exclamó Domenico–. ¿Acaso ustedes creen que esos infelices se dejaron matar porque se volvieron locos de repente? *Canta merlo!*³⁶ Los obligaron a actuar así. Si no hubieran cumplido esa orden, habrían deportado a Siberia a todos sus familiares, y ninguno habría escapado de la muerte. Lo que hicieron fue un lindo trueque: su vida por la de los suyos. Para los rojos, la vida humana vale menos que dos copeicas.

Soltó una risa irónica y le preguntó a Francesco si se le ocurría el motivo de esa orden.

Francesco lo miró extrañado y negó con la cabeza.

–Disculpa, amigo, se me olvida que un poeta no tiene idea de estrategia. Pero no hay que ser muy avisado para darse cuenta de que nos están haciendo gastar las municiones y cansándonos hasta que no podamos mover un dedo para apretar el gatillo. Después vendrán en serio por nosotros.

–Y nos pasarán por encima– dijo Marco–. Nuestro armamento es anticuado e insuficiente: metralletas, fusiles, algunas granadas y muy pocos tanques, tan pocos que ni se ven. Nuestros mandos superiores no se dan cuenta del aplastante número de tropas que tienen los soviéticos ni del formidable arsenal que aún no han sacado a relucir.

Los hombres escuchaban en una especie de letargo, los ojos hinchados y rojos por el humo y la fatiga, las narices heladas y negras por la pólvora; algunos tenían la mirada perdida, y musitaban palabras incoherentes, cercanas a la locura. Los más lúcidos pensaban amargamente que esa aciaga campaña nunca había sido una causa italiana, sino un servil acatamiento a los designios del Führer. Y estaban abandonados en esa blancura interminable, esperando el golpe final.

35. ¿De qué suicidio hablan?

36. Expresión italiana: ¡No sean ingenuos!

Francesco trataba de recuperar la imagen de Giulia, que permanecía como un sedimento de tristeza en el fondo de su mente. Era un acertijo borroso y sin resolver, pero adivinaba que, si salía vivo de esa trampa, recuperaría todo su poder.

Las ofensivas rusas se hicieron cada vez más frecuentes, cada vez más difíciles de repeler. Se multiplicaban sus intentos de forzar el Don en varios puntos: botes de goma, barcazas y hombres a caballo trataban de atravesar el río en las partes que aún no se helaban; trineos y hombres vestidos de blanco se deslizaban sobre el hielo, mientras un sostenido bombardeo de la artillería cubría su avance.

Las aldeas cercanas ocupadas por los italianos fueron asediadas por cuerpos organizados de la guerrilla soviética, y eso obligó a distraer tropas para defender esos puntos neurálgicos. Se combatía de día y de noche, con turnos de descanso no mayores de tres horas.

La división Tridentina, al igual que las otras, iba siendo diezmada inexorablemente. Una misma pregunta se sucedía con distintos nombres: “¿Dónde está Giovanni...?” “¿Y Mauro...?” “¿Y Luigi...?” Sólo el silencio respondía. Los heridos se contaban por miles, y las cruces de los muertos, coronadas por un simple casco sin nombre, desaparecían poco a poco bajo la nieve que caía casi sin descanso.

LA REPRESALIA

En el Piemonte, los comandos partisanos multiplicaban sus operaciones de sabotaje por todas partes. Muchos estaban controlados por el partido comunista, y asestaban sus golpes al amparo de la noche o de la niebla, nunca abiertamente. Cortaban cables telefónicos, emboscaban tropas, dinamitaban puentes, carreteras y vías de ferrocarril. Además de atacar a los soldados y oficiales alemanes, detenían y ejecutaban a los camisas negras de Mussolini y a otros partidarios del régimen, colocando la etiqueta "*spia tedesca*" (espía alemán) en la ropa de los muertos. A menudo la etiqueta servía para enmascarar asesinatos por motivos de venganza.

Cerca de Montaña d'Orba, un comando rebelde había hecho volar el puente por donde debían cruzar los tanques y los camiones que transportaban provisiones para el ejército.

Por las calles del pueblo se había oído desde temprano el taconeo de los alemanes buscando a los partisanos. Abrían las puertas a patadas y arrastraban afuera a las mujeres para registrar los hogares.

Ginetto había bajado de la montaña para ver a su mujer que estaba por dar a luz, y permanecía oculto en la pesebrera. Desde ahí se puso a observar a un grupo de soldados que revisaban las casas vecinas. En eso vio que uno de ellos le asestaba un golpe en la espalda a Caterina, su esposa, y la hacía caer al suelo. No pudo contenerse: salió de su escondite y le descerrajó un tiro a un alemán, que cayó al suelo con un golpe sordo. Otro le disparó a Caterina, hiriéndola en una pierna.

Siguió un confuso tiroteo; un tercer alemán, alcanzado en el abdomen, se alejó arrastrándose.

Ginetto estaba armado hasta los dientes, y mantenía a raya a los

diez hombres que lo asediaban. Se oían órdenes y vociferaciones; por último, los atacantes se replegaron al estallar una granada en medio del pelotón.

Nunca se supo cómo pudo Ginetto tomar a Caterina en sus brazos y huir con ella a las montañas.

A la mañana siguiente, los alemanes sacaron a todos los hombres de sus hogares y los llevaron a la plaza. Una vez allí, el comandante les habló en el típico italiano germanizado tan odioso para toda la gente del país.

–Tienen dos minutos para revelar el paradero de los fugitivos. Si no lo hacen, pagarán muchos inocentes en su lugar. Así todas las aldeas aprenderán que con nosotros no se juega.

Al no recibir respuesta, los hizo formarse en una fila y la recorrió a paso lento, señalando a diez hombres entre viejos y muchachos, que fueron alineados contra una muralla. A los demás los obligó a cavar zanjas cerca del río. Entonces hizo caminar hacia allá a los diez elegidos, y cuando llegaron a las zanjas dio orden de ametrallarlos. Uno tras otro, los cadáveres cayeron dentro de las fosas cavadas por sus propios vecinos.

El comandante hizo volver a la plaza a los sobrevivientes, y repitió su requerimiento.

–Ustedes saben dónde están los rebeldes– dijo–. Volveré a esperar dos minutos, y si no abren la boca, otros diez de ustedes correrán la misma suerte.

El silencio de los aldeanos persistió, y otros diez hombres fueron ultimados de la misma manera.

Las mujeres y los niños lloraban estremecidos de pavor mientras observaban las ejecuciones por entre los árboles.

Al tercer requerimiento del comandante, Fra Gennaro se adelantó y se dirigió al oficial con voz temblorosa, que se fue haciendo firme y segura a medida que hablaba.

–Comandante, ninguno de nosotros conoce el escondite de los partisanos. Es inútil seguir matándonos por algo que ignoramos.

El comandante le hizo un gesto brusco de que se callara, e iba a continuar, pero el sacerdote se interpuso en su camino.

–Le solicito que respete la vida de Andrea– dijo, y señaló con el índice a un seminarista que acababa de ordenarse de diácono y que

había sido hecho prisionero en la casa parroquial.

–Tome la mía en su lugar– agregó–. Él es sólo un muchacho que comienza a vivir.

Andrea se adelantó hacia el oficial; su voz sonó decidida y fuerte.

–No acepte el sacrificio de Fra Gennaro, comandante. Si es necesario, estoy dispuesto a cumplir mi destino.

El párroco lo abrazó, y musitó penosamente:

–Andrea, hijo, déjame hacerlo. Estoy seguro de que servirás al Señor mejor que yo. Escucha a un anciano que sabe lo que hace.

El comandante asistía a la escena con evidente disgusto. Luego perdió la paciencia y empujó violentamente a Andrea hacia los árboles, donde se guarecían las mujeres y los niños.

El sacerdote se puso en la fila, alzó el brazo y bendijo a los sobrevivientes. El oficial seleccionó a otros diez, entre ellos a Fra Gennaro, y ordenó conducirlos a las zanjas. Una vez allí, los hizo arrodillarse, se colocó detrás del párroco, le disparó un tiro en la nuca, y empujó el cuerpo con un pie dentro de una fosa.

Cuando terminaron de ametrallar a los nueve aldeanos restantes, los alemanes volaron una parte de la ladera que flanqueaba las zanjas, sepultando a las víctimas bajo toneladas de tierra y piedras.

Una vez que el sonido de sus vehículos se apagó en la distancia, las mujeres corrieron al lugar de la masacre y empezaron a cavar enloquecidas, rompiéndose las manos y los brazos en un desesperado intento de rescatar los cuerpos de sus esposos e hijos, mientras daban alaridos de dolor y maldecían a los asesinos. Persistieron en la inútil tarea hasta que los hombres que se habían salvado del fusilamiento las tomaron por los hombros y casi las arrastraron hacia el poblado. Iban como ciegos, tropezando con sus propios pasos, en un estado de pavor animal que sólo les permitía seguir adelante gracias a una ira que estaba más allá de los códigos morales, una ira que subía desde el fondo más primitivo del instinto hasta convertirse en una marejada de odio contra ese imperio del mal que se había descargado sobre sus vidas.

Zinia contempló como caían sobre los campos las primeras sombras de la noche y escuchó atemorizada el lúgubre ladrido de los perros en medio de las tinieblas. Recordó que esos lejanos aullidos anunciaban la entrada de las almas en el más allá.

Sin explicarse por qué, le parecía que había desaparecido el sentimiento de eternidad de la primera infancia. Sentía que su vida no volvería a ser la misma. Oscuramente se dio cuenta de que hasta entonces no había sabido nada de la vida ni de la muerte, de que había vivido bajo un velo de ilusiones que le había ocultado la terrible precariedad de la existencia humana. No lograba recordar otra cosa que esos cuerpos cayendo uno tras otro en las zanjas, las mujeres arañando las piedras con las manos sangrantes. “¿Corría el viento contra la neblina, o había sol?”, se preguntó, y con asombro se dio cuenta de que no era capaz de precisarlo.

Mariagrazia adivinó el estado de ánimo en que se encontraba su hija. Las palabras proféticas de Concetta resonaban en sus oídos, y pensó estremecida que tampoco esta vez la anciana se había equivocado. ¿Acaso Montaña d’Orba estaba empezando a expiar culpas de las que ni siquiera tenía conciencia?

XXVI

LA NAVIDAD

En Montaña d'Orba, los campos estaban permeados de aguanieve, sin un verdor que rompiera su inmóvil pesadumbre; el cielo había adquirido un color enfermizo, y parte del río se había congelado en grandes trozos que pasaban arrastrados por la corriente, chocando entre sí con un estrépito sordo y poblando el aire de tétricas resonancias.

Esa pesadumbre de la naturaleza parecía repetir lo que ocurría en las almas de los aldeanos, todavía enmudecidos por la masacre perpetrada por los alemanes dos meses atrás. Pero se acercaba la Navidad, y de alguna manera atisbaban en ese advenimiento un signo sobrenatural al cual poder acogerse para restablecer su fe en un poder situado por encima del mal, de los infortunios de este mundo. Así, todos empezaron a prepararse para celebrar lo mejor posible tal acontecimiento.

Se eligió el mejor lugar de cada casa para instalar el *Presepe* que conmemoraba el nacimiento del Hijo de Dios. Zinnia y Filippo hicieron una gruta de cartón y pusieron ahí las tradicionales estatuitas de yeso: la Virgen, San José, el buey, el burro y la oveja esperando al Niño, que sería colocado en el pesebre al iniciarse la Nochebuena. Una estrella dorada bordada por Zinia resplandecía a la entrada de la gruta.

Mientras tanto, preparaban la cuna para el Niño. El primero de diciembre, su madre prometió entregarles una brizna de paja por cada buena acción que ejecutaran desde ese día hasta la Navidad, y cada vez que recibían una, corrían a ponerla en la cuna. Rivalizaban en quién llevaba a cabo las mejores acciones, y se disputaban la realización de pequeños servicios, como ir a buscar agua al pozo o ba-

rrer la nieve frente a la casa. Prender el fuego en la cocina a leña, mientras temblaban por el frío del amanecer, valía dos pajitas, pues requería mayor sacrificio. Cada uno quería ser el más bueno, y preparar así un buen lecho para Jesús cuando naciera.

Todos los días, a la hora del Angelus vespertino, ambos se arrodillaban ante el retablo y rezaban las oraciones de la novena de la Natividad que les había enseñado su madre.

La penuria en que vivían no impidió que el día veinticuatro Mariagrazia preparara un exquisito *sanbajon*, según una antigua receta que mezclaba yemas de huevo, azúcar y vino barbera. Lo saborearon con el placer que proporciona un manjar nunca probado, y les pareció un alegre anticipo de la Nochebuena.

Ningún niño del pueblo pensaba en regalos; no eran tiempos propicios para eso. Además, en caso de llegar algunos, sería el seis de enero, cuando la viejita del saco, “la Befana”, los dejara dentro de sus zuecos de madera, que debían limpiar y dejar impecables para ser dignos de recibirlos.

Al acercarse la medianoche, Mariagrazia y sus hijos se dirigieron lentamente a la iglesia, cruzando las calles envueltas por la niebla. Hacía un frío de lobos; la nieve lo cubría todo. Llevaban una gran vela encendida, protegiendo la llama con sus manos. A lo lejos se oía el villancico *Tu scendi dalle stelle oh Re del cielo*, cantado por algunos aldeanos. Las luces del templo iluminaban la cumbre de la colina.

El interior del recinto estaba agradablemente temperado; una expresión extrañamente distinta al miedo y la amargura asomaba en la mayoría de los rostros que rezaban, con los ojos fijos en el imponente pesebre erigido a un costado del altar y animado por las tradicionales figuras mecánicas, conservadas a pesar de la guerra. Zinia no podía apartar la vista de los pastores que cargaban corderitos en la espalda, del molino que giraba botando agua con sus aspas; más allá un afilador movía acompasadamente la rueda, una campesina avanzaba y retrocedía alternativamente con un gran cesto en su cabeza, los ángeles mecían sus alas sobre la cueva donde se veían las tres figuras centrales; todo circundado de estrellas que se encendían y apagaban. La envolvía una suerte de magia, y tuvo la certeza de que su mayor deseo se vería cumplido. “Esta noche Dios me está escuchan-

do, y me traerá de vuelta a mi papá”, se dijo.

Andrea, que había reemplazado provisoriamente a Fra Gennaro, no podía officiar la misa de Nochebuena, pues aún no era sacerdote. Había decidido entonces celebrar una liturgia que siguiera el mismo ritual, pero omitiendo las partes relativas a la consagración del pan y del vino. Sin embargo, impartiría la comunión, con hostias consagradas por el párroco del pueblo vecino.

El órgano inundó el ámbito con los primeros compases del *Adeste fideles*, señalando el comienzo de la ceremonia.

Después del Credo, Andrea subió al púlpito y leyó el pasaje del Evangelio de San Lucas que relataba el nacimiento de Cristo. Luego pronunció una homilía que no fue comprendida por completo, pero que conmovió a todos los asistentes, por el recuerdo del sacrificio de Fra Gennaro.

“Hermanos, vivimos sumidos en una gran erupción del mal, y sólo gradualmente comenzamos a darnos cuenta de sus dimensiones reales. Podríamos pensar que la enorme tragedia que acabamos de sufrir y el resto de los horrores de la guerra son una manifestación del mal más poderosa que cualquier señal del bien en este mundo. Sé que ahora se preguntan: ¿cómo es posible ser cristiano en este escenario dominado por la perversidad, con la conciencia colmada de estupor y de preguntas sin respuesta?

Esta es la consecuencia de un mundo que ha rechazado a Dios como creador y como fundamento del bien y del mal. Si el hombre puede decidir por sí solo lo que es bueno y lo que es malo, también puede disponer libremente de las vidas humanas, y aniquilarlas en nombre de cualquier ideología o de cualquier insano proyecto de poder.

Cada uno de ustedes se siente ahora sometido a un malvado designio que recorre nuestra patria y muchos otros países de Europa. Pero tenemos a Cristo y su cruz, como promesa de libertad y de victoria.

¿Acaso no triunfó Fra Gennaro sobre el mal con su sacrificio? Ese triunfo invisible es más real que el que puedan lograr los que resulten vencedores en este monstruoso enfrentamiento en que estamos envueltos.

Algunos dicen que detrás de las fronteras de la muerte no hay

nada, porque nadie ha vuelto del más allá. Pero no es verdad. Cristo volvió. Resucitó de entre los muertos, para decirnos que nos ha preparado una morada definitiva en el mejor de los lugares, en el reino del Padre. Entonces no estamos solos, tenemos Alguien a quien invocar. Alguien cuyo poder venció a la muerte. Esta noche volverá a nacer entre nosotros, volverá a hacerse hombre para compartir nuestra suerte. Lo mejor que podemos pedirle es que nos haga entender el misterio de la existencia humana, el verdadero sentido de nuestra vida”.

Zinia avanzó con los demás hacia el pesebre, para besar los pies del Niño Dios. Después que lo hizo, levantó la vista, y le pareció que sus ojos la miraban, y que le decían algo prodigiosamente nuevo, prodigiosamente benéfico. El suceso duró sólo unos instantes, y Zinia sintió un vuelco en el corazón, pero al mismo tiempo pensó que era absolutamente natural; no tenía nada de asombroso el hecho de que Jesús la hubiera mirado a través de esa figura de yeso; quizás lo extraordinario era que nadie más hubiera visto lo que ella acababa de ver. Luego la invadió una extraña alegría, unos enormes deseos de cantar y bailar. Tuvo que hacer un gran esfuerzo mental para tomar conciencia de dónde estaba, y aferrarse a la mano de su madre para no salir danzando del templo.

La liturgia llegó a su fin. Después de la oración a San Miguel, para que encerrara en el infierno al demonio que introducía el mal en las almas, se dirigieron todos al salón parroquial.

Andrea había dispuesto para el ágape de Nochebuena una mesa con vino y grandes trozos de *panettone*, que todos se aprestaron a paladear, como si fueran lujosos manjares. Mientras comían y bebían, Giuvanín los hizo callar y anunció que leería un boletín recién llegado del frente de batalla. Todos sospecharon de qué se trataba, y se prepararon para disfrutar de su ingenio.

Giuvanin adoptó una postura militar, y con voz de mando leyó:

“BOLETIN EXTRAORDINARIO:

El Cuartel General de los hombres casados y jefes de familia ha

emitido el siguiente boletín de última hora:

Del frente de cocina: nada nuevo que señalar; fogón inactivo por falta de materiales y combustible.

Una tentativa de parte de las esposas, con el propósito de saquear nuestros bastimentos financieros, ha quedado definitivamente truncada.

Del frente de comida: nada de mayor importancia; pequeñas colisiones localizadas en sectores intestinales, entre algunos frijoles y ciertos raros granos de arroz respaldados en la retaguardia por microscópicas migajas de pan de centeno, han provocado leves dolores de vientre a un número todavía indeterminado de niños.

Unas doscientas mujeres, al amparo de la oscuridad, se han infiltrado en las billeteras de los oficiales superiores del Frente. Varios billetes de cien liras resultan faltantes, pero solamente uno de mil, lo cual permite calificar estas bajas como de menor cuantía.

A la mañana siguiente, esas mismas mujeres, escoltadas por sus hijos, salieron a hacer una redada, en la que resultaron capturados un nabo, tres hojas de repollo y dos patatas, una con agujeros de cierta consideración en la cáscara”.

Todos se reían, y aplaudieron estruendosamente a Giuvanin cuando al terminar la lectura se cuadró e hizo el saludo fascista. Los trozos de *panettone* iban desapareciendo rápidamente de los platos. Después del último brindis, el coro de la iglesia cantó el himno *Puer natus*, rematado al final de cada estrofa por el “Aleluya” de todos los presentes.

Mariagrazia y sus hijos volvieron a la casa. Lo primero que notaron fue que la cocina resplandecía a la luz del fogón encendido. “Mi papá”, se dijo Zinia, “Dios me lo trajo”, y corrió al dormitorio seguida por su madre y su hermano. Los tres se abrazaron a Antonino al mismo tiempo, riendo, llorando, haciendo preguntas a gritos, hasta que el partisano los hizo callar, recordándoles que nadie podía enterarse de su visita.

Pasaron el resto de la noche oyendo las peripecias vividas por Antonino y sus compañeros en su dura lucha contra el régimen fascista. Estaba a punto de amanecer cuando el guerrillero abandonó cautelosamente la casa para regresar a su refugio en las montañas.

XXVII

LITURGIA ROJA

En el frente de batalla también se celebraba la Navidad. El día anterior, los rusos habían lanzado sobre la división Tridentina miles de panfletos escritos en italiano, instando a oficiales y soldados a entregarse pacíficamente. El texto incluía un dibujo que representaba un ángel entregando regalos a un niño dormido en su cuna.

“En algún lugar de la lejana Italia se encuentra vuestro hogar. ¿Quizás vuestra familia ha quedado sepultada bajo los escombros de vuestra casa, destruida por los bombardeos? ¿Recordáis? Vuestra mujer preparaba la cena de Navidad mientras de la iglesia llegaba el sonido festivo de las campanas anunciando la misa de medianoche. ¿Están vivos aún vuestros hijos, vuestra esposa, vuestra madre? ¿O quizás, por culpa de Mussolini, están vagando por las calles de Italia en busca de un refugio?

¿Por qué lucháis aquí, en un país que nunca ha amenazado a Italia? ¿Por qué no estáis con vuestras esposas y madres en vuestra patria, en este momento en que ellas están en tan graves peligros?

¿Quién las defenderá? ¿Los alemanes? ¡Mandadlos al diablo! ¿No sabéis que ellos abandonaron a los soldados italianos sin agua ni alimentos en el desierto africano?

No esperéis a que os abandonen también a vosotros. No permitáis que vuestros hijos queden huérfanos. ¡Salvaos!

Entregaos como prisioneros, y hacedle así a vuestra familia el mayor regalo esta Navidad: la buena noticia de que el sostén de su vida está a salvo y volverá apenas esta guerra termine.

Este Manifiesto sirve como salvoconducto para varios soldados que decidan entregarse como prisioneros a las fuerzas soviéticas”.

Después de leer uno de los panfletos, Domenico escupió al suelo.

—¡Cabrones!— exclamó—. Nos creen *testa di rapa*,³⁷ y además cobardes. Como si no supiéramos que su mayor diversión es torturar a los que caen en sus manos—. Y rompió furioso el papel.

—Ni por ser Navidad nos dejan tranquilos— dijo Francesco—. Pero esta miserable maniobra tiene algo de verdad, y con eso nos quieren embaucar.

Muchos tenían los ojos húmedos; la astuta apelación a sus familias había surtido efecto.

Panizza plantó al medio del grupo sus dos metros de estatura.

—Somos alpinos, camaradas— declaró, esgrimiendo la gorra con la pluma negra—, y los alpinos jamás se han rendido. Nos cobraremos a sangre y fuego esta ofensa a nuestro valor. *Di qui non si passa*.³⁸

Marco, sin abrir la boca, miraba torvamente hacia el suelo.

Se había improvisado un altar con una tabla, un paño blanco y dos velas de cera. Oficiales y soldados asistían a la misa con la cabeza descubierta. En lugar del canto y del repique de campanas, se oía el lejano y continuo fragor de los cañones.

“Para el rey de la paz, los redobles de la guerra”, se dijo Francesco.

Domenico no había querido asistir a la liturgia.

—Eso es para los que tienen *poco sale in testa, amico*³⁹— le había dicho a Francesco—. No existen ni el bien ni el mal, ya que todo está permitido: robar, matar, torturar, violar, y todas las demás canalladas de este cochino mundo. ¿Y qué hace tu buen Dios ante ese espectáculo, que se mantiene en cartelera desde la aparición del viejo Adán? Mudo como las pirámides, poeta. Tan mudo, que no existe.

—Lo único que puedo decirte, Domenico, es que nosotros sólo vemos el revés de la trama. En ese revés está nada más que el silencio de Dios. Pero hay un anverso invisible, donde su voz resplandece para restaurar toda la justicia que hemos expulsado de este mundo.

—Quizás empiece a tomar un poco en serio lo que dices si tu Dios invisible se asoma un rato a esta matanza para hacer flamear la bandera de la paz.

37. Tontos.

38. De aquí no se pasa. Exclamación acuñada por los primeros alpinos.

39. Persona de comprensión limitada. Estúpido.

—Domenico, la paz tal como la imaginas no existe. Claro que algún día llegará la paz del armisticio. Pero la verdadera paz sólo puede existir en el secreto de cada conciencia, y ese es un combate y una conquista de todos los días. Es el gran combate de la humanidad.

—¿Humanidad? No la he visto ni la conozco. Todos los que hablan en nombre de la humanidad son nada más que impostores.

—¿Impostores? ¿De qué estás hablando, Domenico?

—Los tiranos, los dictadores y los políticos que saquean a sus pueblos se proclaman benefactores de la humanidad. La mafia maquilla sus crímenes con la cosmética de la filantropía, afirmando que hace el bien por amor a la humanidad. No he conocido a nadie que hable en nombre de la humanidad que no sea un maldito comediante. Hasta nosotros, que dejamos desangrarse a los rusos sobre la nieve, decimos que luchamos por la humanidad, y tenemos el descaro de celebrar una condenada ceremonia en honor a un supuesto redentor del género humano, pero lo hacemos para que ese redentor se asocie con nosotros y nos permita borrar del mapa a una parte de la miserable humanidad.

—¿Sabes que tus propios argumentos demuestran que te interesa la humanidad, y que son muchos los que piensan como tú? Mientras haya gente que reconozca el mal donde está, y lo deteste, no todo está perdido.

—Palabras, poeta, palabras. ¿Qué importancia puede tener para la vida esta conversación que sólo escuchamos nosotros dos en este sótano maloliente? No, amigo, no quiero saber de tu Dios, ni de ningún otro. Sólo quiero salir vivo de este agujero, comerme un buen plato de *pasta asciutta* y hacerle el amor a una bella mujer de caderas generosas.

El padre Gino y algunos soldados habían hecho un pesebre con figuras talladas. En el momento de la consagración, se oyó la voz del comandante por los altavoces: “Alpinos, presenten armas”. Todos se cuadraron, mirando fijamente la hostia alzada por las manos del capellán.

Terminada la misa, los hombres volvieron a sus trincheras, y los compañeros de Francesco se dispusieron a compartir una inusitada

cena: sopa, carne asada, vino y cigarrillos. Se abrazaron deseándose una feliz Navidad; a algunos les corrían las lágrimas por los rostros ennegrecidos, todos recordaban las festividades pasadas con sus familiares.

Una media docena de soldados habían ensayado varios villancicos; curiosamente, entre ellos estaba Domenico, que se les había sumado sólo porque le gustaba la música y estaba ansioso de tocar su armónica. Luego de comer dieron toda la potencia a los parlantes y comenzaron a cantar hacia las líneas enemigas.

–Así sabrán estos rojos que no hemos caído en su trampa y que los esperamos con los brazos abiertos– dijo Domenico después del primer villancico–. Vengan, vengan, que aquí los alpinos les haremos ver cuántos pares son tres moscas.

–Por lo menos estaremos tranquilos esta noche; para ellos también es Navidad, ¿no?– dijo Francesco, dejando que el vino bienhechor bajara por su garganta.

Pero esa fue una predicción errónea: el ataque ruso no tardó en reanudarse, con mayor ferocidad que nunca. Tuvieron que hacer uso de todos los hombres para repelerlo.

Al amanecer supieron por un comunicado alemán que la división Julia se había defendido heroicamente, y que había sufrido innumerables bajas.

Sobrevino una tensa tregua de algunos días, durante la cual el capitán de la compañía de Francesco les leyó otro comunicado, recibido del comando general:

“Tanques e infantería rusa han ocupado las vías de tránsito y varios kilómetros de territorio a la retaguardia de algunos de nuestros batallones. Han tomado Rossosch, donde desbarataron la defensa de la octava armada italiana, y el alto mando ha debido trasladarse a Podgornoe, acompañado por el batallón de cosacos antibolchevique. El ataque se ha producido en las trincheras húngaras del norte, y también en el sur. El vigésimo cuarto cuerpo alemán ha sido diezmado, y el general Yarr se ha quitado la vida. Su sucesor, el general Eibl, ha retirado las tropas restantes de esa posición, dejando a nuestra división Julia sola frente a la contraofensiva rusa en Nowo Kalitwa. Se decreta la alerta máxima, y se emite la orden de realizar patrullajes continuos en los alrededores”.

–Pero entonces, ¿qué está pasando en Stalingrado, capitán?– preguntó Francesco.

–Las noticias son inciertas– dijo el oficial–. Hasta donde sabemos, llegó un momento en que el comandante alemán Paulus solicitó a sus superiores permiso para rendirse, ya que era imposible vencer la resistencia de los sitiados y tampoco podían emprender la retirada; la contraofensiva rusa los tenía atrapados en un anillo de hierro que se extendía alrededor de la ciudad. La respuesta llegó por la radio en la voz de Goering: “Los alemanes estamos escribiendo en Stalingrado una nueva historia, semejante a la de los espartanos muertos en las Termópilas. Cada uno de nuestros soldados nos dice antes de morir: “Cuando vayáis a Alemania, contad que nos habéis visto dar nuestra vida en Stalingrado, por la futura grandeza del Tercer Reich”.

–¿Eso quiere decir que está todo perdido, señor?– insistió Francesco.

–No lo sabemos. Creo que todavía resisten. Pero ya no tienen alimentos, las municiones escasean, ni siquiera pueden atender a los heridos. Y si les mandamos refuerzos, no alcanzarán a llegar, y aunque lo hicieran, no podrían romper el cerco ruso. Quizás todos morirán.

–También hay italianos allí– dijo Domenico sombríamente.

–Lo sé, soldado– respondió el capitán–. Pero es la guerra.

Las conjeturas y comentarios entre los camaradas de Francesco duraron hasta el amanecer. Todos sabían que en cualquier momento les caerían encima los rusos; la incertidumbre era si lo harían por la espalda o por el frente.

–Lo que a mí me hiere la sangre es el desprecio de los jefes nazis por sus soldados– dijo Marco–. Termópilas... ja, ja ... Quisiera ver a Goering a cincuenta grados bajo cero y sin un pedazo de pan que echarse a la boca... Son todos iguales estos mal nacidos: ellos tomando champán, bailando, manoseando mujeres, y sus sirvientes tragándose la muerte. Demonios, eso es lo que son. Y nosotros aquí, secundando su satánico proyecto de la raza superior.

–¿Y qué otra cosa nos queda?– acotó un alpino–. No sacamos

nada con darle vueltas al asunto. Tampoco sabemos cómo terminará todo.

–Preparémonos para lo peor– dijo Ennio–, y mantengamos compacta nuestra unidad y disciplina.

Otro soldado que había escuchado atentamente se puso de pie.

–Los alpinos tenemos un pacto– proclamó en tono solemne–. Nadie retrocede ante el enemigo, y todos se ayudan unos a otros. Camaradas, cuando la campana suene, todos daremos un paso adelante.

XXVIII

ORDEN DE RETIRADA

Con la llegada del invierno, la visibilidad quedó reducida a muy pocas horas del día: una extensa capa de niebla posada en las primeras horas de la mañana no permitía distinguir nada a más de pocos pasos. Luego una claridad sucia, y a las tres de la tarde ya caía la noche.

Se había helado el agua de las tinajas, el combustible de los vehículos y el vino de las pocas botellas que aún quedaban en las trincheras. Los cañones se trizaban al primer disparo y las ametralladoras se atascaban, negándose a funcionar.

Pero esa inmovilidad del paisaje se rompía en cualquier instante, de día o de noche, por los continuos ataques rusos, que cobraban cada vez más víctimas. Ya no se podía dar sepultura a los muertos, pues la tierra endurecida no lo permitía.

Los alpinos habían puesto a las trincheras nombres de sus pueblos de origen: Bormio, Ponte di Legno, Castelletto... Y las defendían fieramente, como si se tratara de su propio hogar.

En un momento de descanso que no era tal, pues estaban siempre temiendo una nueva embestida enemiga, Francesco pensó que le haría bien escribir unas líneas a sus padres. Tal vez no volvería a verlos; o sucumbiría en algún combate, o caería prisionero y moriría oyendo una lengua que no era la suya.

Frente al papel en blanco, trataba de encontrar algunas palabras esperanzadoras, pero se sentía miserable, y su mano se negaba a escribirlas. No, no iba a consolar a sus padres con ficciones verbales. Rompió el papel, bebió un poco de agua semicongelada; le costaba respirar, y salió de la trinchera a la temprana noche invernal. Tragó bocanadas de aire helado, hasta que el dolor que eso le produjo en la

garganta lo obligó a dejar de hacerlo. Se quedó inmóvil en la oscuridad. “¿Pero qué más da?”, pensó. “Estamos parados en la nada”. Trató de recordar los días en que el paso de las horas estaba marcado por el ritmo de la vida y hacía aparecer siempre algo nuevo, que le provocaba el asombro de asistir a un perpetuo nacimiento del mundo. Pero sólo eran recuerdos velados y remotos, incapaces de proporcionarle ninguna alegría. ¿Habían sucedido realmente alguna vez?

Renunció a esa retrospectiva impotente, y se obligó a restablecer su voluntad de vivir. “Tengo que olvidar la infancia perdida, los maravillosos momentos vividos con Giulia. Hay que lapidar la memoria para poder sobrevivir. Ya he olvidado las satisfacciones más corrientes: el jabón, un buen baño, una polenta caliente con salsa, dormir en un buen colchón... Debo borrarlo todo, hasta cómo me llamo”.

Oyó las voces de algunos compañeros que regresaban de un patrullaje; los esperó y entró con ellos en la trinchera. Los demás empezaron a acosarlos a preguntas sobre las posiciones del enemigo.

–Están en todas partes– dijo con voz incolora uno de los soldados–. A donde vayas te los encuentras.

Se miraron indecisos, algunos francamente asustados.

–Camaradas, todos sabíamos que veníamos aquí a morir– intervino Ennio–. Bien, llegó la hora–. Se puso el casco y agregó:

–Ustedes no son voluntarios; fueron reclutados. Pero ahora pertenecen a la división alpina, así que deberán hacerle honor a esa pluma que flamea en su cabeza.

Marco se levantó de su asiento.

–¿Cómo que a morir?– gritó–. ¿Vamos a quedarnos aquí como mujeres, haciendo preguntas y esperando? ¿Esperando qué? ¿Que nos envuelvan por todos lados y nos hagan polvo? Si el alto mando no es capaz de discurrir una estrategia, hagámoslo nosotros. Llame-mos al capitán y exijámosle movernos hacia la retaguardia. Al diablo la defensa del Don; a estas alturas ya debe haber fracasado la toma de Stalingrado, ¿y nosotros qué? ¿Aguardando órdenes que nunca llegarán?

Ennio se encaró con él.

—*Stronzo!*⁴⁰ ¿Crees que todo se resuelve rebelándose? Lo mejor que puedes hacer es cerrar la boca. Debemos acatar a nuestros superiores y conservar nuestra posición. Si no mantenemos la disciplina, no tendremos ninguna posibilidad de salvarnos.

Cuando Marco se disponía a replicar, entró el capitán para comunicarles las últimas novedades.

—Esta es la situación— dijo—: Ciento veinticinco divisiones rusas han continuado la ofensiva iniciada el mes pasado contra la cuarta armada alemana en el frente de Stalingrado y la tercera armada rumana apostada al sur de nuestras fuerzas. Están empleando aviones, carros armados, caballería, tanques, y hasta perros.

Algunos se rieron al oír esa última información.

—*Non fate lo stupido*— dijo el capitán con voz cortante—. Esos perros están amaestrados, y han hecho perder una gran cantidad de tanques a los alemanes. Los rusos les amarran a los flancos dos cargas explosivas de alto poder conectadas a una antena, y los hacen introducirse de noche debajo de los tanques. Cuando los animales tratan de levantarse, comprimen la antena contra el piso del vehículo y provocan una explosión que lo hace saltar en pedazos. Les cuento esto para que estén alertas ante cualquier animal que se les cruce en el camino. Aléjense y dispárenle de inmediato; no dejen que se les acerque.

Hizo una pausa, y un rictus amargo cruzó su rostro.

—Pero ahora viene lo peor, soldados— dijo—. Un gran contingente de blindados enemigos atacó a las divisiones Cossería y Ravenna. Las hicieron agotar sus municiones, y después se dejaron caer sobre ellas. Mataron a la mayoría de sus efectivos y dispersaron al resto.

—La división Torino resiste en Tscherkowo, pero hemos sabido que de sus diez mil hombres sólo dos mil quinientos están en condiciones de combatir.

—Nuestras líneas de defensa laterales han sido rotas; las fuerzas rusas han penetrado en profundidad a nuestras espaldas, y disponen de un considerable armamento proporcionado por los norteamericanos.

—Los húngaros apostados al norte de nuestro campamento fue-

40. Insulto popular italiano.

ron masacrados, y los sobrevivientes se retiraron sin esperar una orden superior. El enemigo ha ocupado las rutas que conducen de Postojalji y de Podgornoe a Karenkovo, con lo cual nos ha cortado las únicas salidas.

–No les mentiré: la situación es desesperada. Hemos recibido la orden de replegarnos, y deberemos abrirnos paso como sea para romper el cerco soviético y salvar nuestras vidas. Partiremos esta noche, al abrigo de la oscuridad. El resto del vigésimo cuarto batallón alemán irá con nosotros.

Domenico miró su mochila, en la que guardaba su escasa ropa interior y algunos recuerdos: cartas, fotos, su vieja armónica. El capitán captó su mirada, y advirtió:

–La orden es dejar todos los objetos personales y llevarse sólo las municiones y las armas. El batallón Edolo nos cubrirá las espaldas. Tendremos que avanzar siempre juntos; nadie debe separarse de la compañía.

–Les debe quedar bien claro a todos que no abandonamos nuestra posición por cobardía; la hemos defendido valientemente, pero el enemigo nos ha cercado, y no tenemos otra opción,

–Algunas compañías marcharán hacia Postojalji, y otras hacia Popowka. Tomaremos por asalto ambas ciudades para abrir dos vías a nuestra retirada.

–Saldremos dentro de una hora. Todos a prepararse, soldados. Y que Dios nos acompañe.

El oficial se retiró. Francesco, al ver el rostro ensombrecido de sus compañeros, intentó animarlos citando un proverbio piemontés:

–*Amis, a l'é mei frusté da scarpe che d'linsuei.*⁴¹

Otro le contestó:

–*Ma andé l'istes cume'l lader's la furca, I'm piasi nen.*⁴²

Cada uno se puso a hablar en su lengua o dialecto local. Las palabras eran breves destellos de luz que disolvían el miedo posado sobre el rumor de los pensamientos. Era como si sus montañas los circundaran para protegerlos del omnipresente enemigo que acechaba tras esa oscuridad atravesada de clamores.

41. Proverbio piemontés: Amigos, es mejor gastar zapatos que sábanas.

42. Proverbio piemontés: Pero ir como ladrones a la horca, no me gusta nada.

XXIX

SOLOS

Con intervalos de veinte minutos, las compañías de la Tridentina fueron emprendiendo la retirada. La de Francesco fue la primera en partir.

Un viento húmedo castigaba la estepa sin límites. La nieve caía sin descanso. A cada momento, ramajes secos y duros que sobresalían de la sábana blanca hacían tropezar a los hombres que avanzaban como ciegos en la compacta oscuridad. Sólo se oían algunas sofocadas maldiciones, y el golpe sordo de las botas contra las excrecencias petrificadas de los arbustos era un sonido extraño, que sobresaltaba las conciencias embotadas por el cansancio y el frío. Una temperatura de treinta grados bajo cero les cortaba el rostro. A lo lejos se vislumbraban luces de batalla en el cielo.

—Seguramente los bolcheviques están atacando nuestra retaguardia— masculló Domenico, tosiendo.

Al cabo de unas horas de marcha, algunos empezaron a sentir la imperiosa necesidad de un descanso, pero no dijeron nada, recordando la advertencia del capitán: “El que se detenga estará perdido; se helará inmediatamente, y no podremos socorrerlo”. Un embotamiento creciente envolvía las almas, atrapándolas en una especie de uniforme eternidad. Aunque seguían moviéndose, les parecía estar siempre donde mismo; eran como estatuas desprovistas de sensaciones, a las que un demiurgo maligno les hubiera ordenado avanzar bajo los copos blancos que cubrían los rostros y los abrigos.

No había señal alguna de las otras compañías.

Al amanecer llegaron a otro caserío abandonado, que supusieron cercano a Popowka.

—Descansaremos aquí unas horas— decidió el capitán—, y después

buscaremos la manera de llegar a Valujki, donde está la línea férrea. Además, necesitamos saber qué sucede con las compañías que vienen detrás de nosotros. Acabo de intentar un contacto radial con ellas, pero no recibí ninguna respuesta.

Miró a uno de los suboficiales.

–Sargento Vicentini.

–A la orden, señor.

–Tome un hombre de su confianza y retroceda con él algunos kilómetros, por si las avistan.

El sargento escogió a Panizza, y ambos partieron desandando el camino, mientras el capitán ordenaba a los demás distribuirse en las cabañas del villorrio.

Al abrir Francesco y algunos compañeros la puerta de una isba, encontraron a un soldado italiano tirado en el suelo. Estaba encogido en posición fetal, y tenía los párpados fuertemente contraídos. Francesco le alzó la cabeza y le dejó caer unas gotas de agua en la boca. El hombre abrió unos ojos extraviados y los hizo girar por la habitación; era evidente que no reconocía nada de lo que lo rodeaba.

–¿De dónde eres?– lo interrogó.

El soldado le dirigió una mirada perdida; murmuraba palabras incoherentes, con una voz apenas audible.

–Yo no... división Cossería... muchos... sin saber...

Francesco lo hizo beber varios sorbos de agua, que parecieron reanimarlo y hacerlo recobrar un poco de lucidez.

–¿Cómo te llamas?– le preguntó.

–Pietro Caracciolo... batallón 89...

–¿Y tus compañeros?

–Muertos en combate... sepultados por la nieve... o prisioneros... Qué sé yo... Quizás queden algunos dando vueltas por la estepa, sin saber adónde ir... Hace tres días que no pruebo un solo bocado...

Le dieron de comer. Cuando estuvo más repuesto, logró hacer un relato de lo sucedido.

–Los rusos nos cayeron encima como langostas... Por cada diez que matábamos aparecían treinta... Nos quedamos sin balas, y las trincheras estaban llenas de cadáveres, en la mía eran más de doscientos... Por la radio sabíamos que de los veinte mil hombres de la

Julia sólo habían sobrevivido mil quinientos...

Se interrumpió un momento, y un destello de esperanza brilló en sus ojos.

—¿A dónde se dirigen? Me iré con ustedes...

Francesco le miró los pies. En lugar de botas, los tenía envueltos por unos trapos endurecidos por el hielo. Se agachó y empezó a retirárselos con sumo cuidado. El pie derecho estaba negruzco, lleno de puntos verdes. Al desenvolver el izquierdo, dos dedos salieron junto con los restos de género. El hombre lo dejaba hacer casi con indiferencia, sin ningún signo de dolor en su rostro. Francesco se dio cuenta de que estaba ya condenado. Cogió un resto de sábana que había sobre una cama y lo vendó como pudo.

—Vamos a Valujki— dijo con voz neutra, sin mirarlo.

—¿A Valujki? Pero si yo vengo de allí. ¿No saben que fue tomado por los rusos y que en cualquier momento pueden llegar a este lugar? Tienen tanques y carros blindados, armamento y víveres de sobra, y sus ropas térmicas los hacen inmunes al frío— levantó el pie mutilado—, no como nuestras botas de género, que se me deshicieron en la nieve como si hubieran sido de espuma. A donde sea que vayan, deben alejarse de Valujki todo lo que puedan. Y ahora mismo.

Domenico salió a buscar al capitán para que oyera esa información. Francesco continuó interrogando al soldado.

—¿Cómo llegaste a Valujki?

—Por casualidad, después de vagar dos días por la estepa, sin saber si iba a encontrar aliados o enemigos. Las calles estaban desiertas, y creí que no había un alma en todo el pueblo. Iba pasando frente a una isba cuando un viejo campesino abrió la puerta, me tomó de un brazo y me tiró adentro; luego me escondió en un hueco de la leñera, haciéndome gestos de silencio. Poco después llegaron los rusos y ocuparon el pueblo, que ya había sido abandonado por los alemanes. El anciano me decía una y otra vez "*Italianski carosc*", y de alguna manera comprendí que nos consideraba amigos. Cuando cayó la noche, me dijo: "*Cicai, cicai*", y con las manos me indicó que huyera. Me escurrí entre las sombras y caminé sin rumbo, hasta llegar aquí.

Entró el capitán, y el soldado le repitió su relato.

—Así que no podemos ir a Valujki— concluyó el oficial—. Vamos a

esperar a Vicentini y Panizza; ojalá traigan noticias sobre el resto de nuestra división.

Los dos hombres volvieron horas más tarde. El sargento venía agarrotado por el frío, cargado en las enormes espaldas de Panizza.

–No logramos ver a nadie, señor– informó–. Al parecer, nuestra compañía tomó una dirección distinta a la del resto de la división.

El capitán se quedó reflexionando un momento.

–Quizás sea así, sargento; es posible que nos hayamos desviado hacia el norte en vez de ir hacia el oeste– dijo al fin–. Pero también puede ser que se hayan retrasado, y que lleguen más tarde. La peor alternativa es que hayan sido alcanzados por los rusos, pero prefiero no pensar en eso.

–Yo tampoco, capitán– dijo Vicentini.

–Bien, vamos a descansar; de aquí en adelante tenemos que actuar como si estuviéramos solos.

Al ocupar las isbas, los soldados habían visto que no había leña para las estufas. Algunos encontraron un par de hachas en una de las viviendas, y las usaron para astillar las paredes de una cabaña y convertirlas en combustible. Luego de encender fuego, se echaron a dormir.

Los despertó el mismo frío de siempre. Las estufas habían consumido toda la leña, y el aire estaba enrarecido por el olor de madera quemada.

Se incorporaron torpemente, sin saber qué hacer. La conciencia de estar solos, desconectados del resto del ejército, les provocaba una sensación de desvalimiento nunca experimentada hasta entonces.

Se pusieron a caminar por la habitación, pisando fuertemente para desentumecer sus cuerpos. Francesco miró a Pietro Caracciolo: estaba de espaldas, con los ojos fijos en el techo.

–No puede ser que nos hayamos perdido– dijo Ennio–. Seguramente el comandante ha mandado gente a buscarnos, y pronto nos encontrarán.

–¿Crees que le importamos un comino?– dijo Marco–. Estará tratando de salvar su propio pellejo, y los que se quedan atrás, que se vayan al diablo.

–Trágate esa lengua; ¿quieres ser juzgado por alta traición?– replicó Ennio, mirándolo fijo.

–Quizás le importamos un poco– intervino Domenico–, quizás ha despachado una patrulla para que nos encuentre. ¿Pero qué sacamos con eso? ¿Acaso van a hallar un maldito rastro en este zafarrancho de nieve y viento que no acaba nunca?

Se quedaron rumiando esas palabras, sin encontrar argumentos que oponer a su aplastante lógica.

–¿Saben qué voy a hacer yo?– dijo al fin Pannizza–. Guardaré un último cartucho para pegarme un tiro antes de caer en manos de los rusos. No me crucificarán, no me castrarán, no me sacarán los ojos, no me romperán los huesos a martillazos. No me harán ninguno de los horrores que acostumbran con sus prisioneros.

El soldado de la Cossería escuchaba en silencio, mirando siempre al vacío.

De pronto sonó un disparo. Las miradas se volvieron hacia él; un rojo borbotón se desparramaba por su rostro. Panizza corrió a tomar el arma que aún humeaba, y le cerró los ojos.

Todos estaban conmocionados. Habían visto morir a cientos de compañeros, pero nunca a uno que se quitara la vida delante de ellos por haber perdido toda esperanza.

–Dios mío... He sido yo... No debí haber dicho lo que dije...– murmuró Panizza, mirando estremecido el cadáver, la sangre que empezaba a extenderse por el suelo.

–Pobre desgraciado...– dijo otro–. ¿Habrá tenido hijos...?

–No hay que pensar en eso– suspiró Francesco–. Si uno se hace esas preguntas, es muy difícil seguir viviendo.

DOS CASTAÑOS PARA DOMENICO

La serpiente gris verdosa reanudó la marcha bajo la nieve, que seguía cayendo y que ya alcanzaba casi un metro de altura. El viento arreció al mediodía, sus ráfagas eran colosales latigazos que los golpeaban en todo el cuerpo; los carámbanos les colgaban de las barbas, y cuando trataban de quitárselos, el rostro les sangraba como si se les fuera a caer a pedazos.

Francesco advirtió que las manos no le obedecían; se las golpeó y no registró ningún dolor; se las mordió entonces, e introdujo uno a uno los dedos dentro de su boca, hasta que finalmente pudo sentirlo, en una sucesión de oleadas intolerables, y las manos, como una máquina oxidada, volvieron lentamente a responder a sus requerimientos.

De improviso un soldado que parecía tener apenas veinte años cayó unos pasos más adelante. Francesco trató de hacerlo levantarse, y como no reaccionara, lo cargó sobre su espalda. Domenico lo alcanzó y le gritó:

—¿Pero es que estás loco? No podrás seguir con ese peso, y morirán los dos. Déjalo aquí, poeta; le llegó su hora.

Francesco avanzó otro poco con el soldado a cuestas.

—*Testardo* piemontés, y además estúpido— agregó Domenico—. Cada cual debe cuidarse a sí mismo si quiere salir de esta trampa para ratones.

Francesco no contestó; ya no tenía aliento para hablar. Trastabillaba, negándose a soltar su carga, hasta que un tropezón lo hizo perder el equilibrio, y cayeron ambos sobre la nieve. Soltó una imprecación, y lágrimas de impotencia cubrieron su rostro, convirtiéndose de inmediato en agujas de hielo.

—Soy incapaz de salvar a nadie— sollozó.

Se levantó con rabia, y trató de echarse de nuevo el muchacho a la espalda. No pudo hacerlo; era como si ese cuerpo pesara una tonelada. Hizo otros dos intentos, igualmente inútiles. Iba a inclinarse por tercera vez, pero un estallido le atravesó la cabeza, y no supo más.

Cuando volvió a abrir los ojos, Domenico lo estaba tirando de un brazo para ponerlo en pie.

—Se terminó, *amico*. Es su destino. No puedes hacer más.

Francesco contempló el cuerpo caído, que ya empezaba a ser cubierto por la nieve. Apartó la vista y se alejó tambaleándose. La congoja lo hundía en un pozo negro de recriminaciones del cual no quería salir.

Inesperadamente cesó el viento, y dejó de caer la nieve. Avistaron a lo lejos otro poblado, que les dio esperanzas de poder descansar.

Al acercarse, Francesco vio los restos de una batalla anterior: la carroña de un caballo sobre la cual pululaba un enjambre de ratas, restos sanguinolentos, plumas de gallinas, cadáveres con el rostro despedazado, una cuna de fierro, cartas y postales dispersas, un retrato roto, un viejo contrahecho que escarbaba entre los escombros. “¿A dónde irán a buscar refugio estos infelices?”, se preguntó. “Son los verdaderos héroes de esta guerra sin sentido”.

Del recodo de una calleja vieron aparecer unos soldados con abrigos grises; apuntaron las armas, pero se dieron cuenta de que eran alemanes al oírlos gritar: —*Tagliani non sparare! ¡Deutschen soldaten!*

El capitán se adelantó, y conversó brevemente con los oficiales germanos, que se encontraban en una de las isbas. Al regresar, reunió a sus hombres.

—Soldados— notificó—, afortunadamente ya sabemos dónde están los batallones de la Tridentina. Este es el poblado de Warwarowka, y nos quedaremos aquí veinticuatro horas, para defenderlo junto con este destacamento de alemanes y cubrir así la retaguardia de nuestra división. Luego seguiremos con ellos hasta encontrarnos con los nuestros. En resumen, la retirada hacia el oeste se ha transformado en

una avanzada. Debemos pasar por sobre los rusos para llegar a Italia, pero lo haremos.

Mientras Francesco y otros deambulaban por el pueblo, buscando una isba donde les dieran un poco de comida y de calor, una mujer se abalanzó sobre él y le palpó la nariz.

Francesco retrocedió bruscamente y la separó con un brazo. Ella volvió a acercársele, y Domenico lo cogió de los hombros para que no se moviera.

—Déjala, *professore*, te está salvando ese apéndice. ¿Qué harías si yo no estuviera? ¿No comprendes que se te ha congelado, y que ella se dio cuenta?

La mujer le hizo unos masajes en la cara y le frotó fuertemente la nariz con el chal que cubría su cabeza. Francesco, asombrado, constató que durante un buen rato no había sentido el frío en el rostro, y que no se había percatado del estado de hipotermia en que se encontraba.

Agradeció a la mujer con la única palabra que había aprendido en ruso: —*Spaziva*.

La campesina los condujo a su cabaña. Durante el trayecto vieron compactas nubes de cuervos negros que sobrevolaban el pueblo; sus graznididos les parecieron un lúgubre presagio de lo que podía ocurrirles en ese lugar. Con náuseas crecientes, Francesco contempló cómo picoteaban los cadáveres esparcidos en los campos, extrayendo los ojos, tragándose las partes blandas; no había nada que se pudiera hacer para detener ese macabro festín.

La mujer les ofreció lo único que tenía: una sopa de papas y unos trozos de pan de centeno. Comieron ávidamente.

Marcó se lamentaba de su ropa convertida casi en jirones. Se miraba los piojos que le corrían por el cuerpo, por la barba, y empezó a sacarse algunos de la cabeza.

—Fascistas del demonio, nunca me había visto como un mendigo maloliente, ni siquiera cuando no tenía qué comer en Italia. ¿Volveremos alguna vez a vivir como seres humanos?

Domenico lo miró con sorna.

—¿Tú un ser humano? Tienes el seso reblandecido de consignas rojas; eras un papagayo de tu partido en Italia, lo eres aquí y seguirás siéndolo cuando esto termine. A menos que un hada compasiva sali-

da de quién sabe dónde te arregle la cabeza con un toque mágico.

Marco se volvió furioso hacia él.

–No estoy hablando contigo. ¿Qué puedes entender de humanidad, si eres un animal?

–Pero soy un animal que piensa. ¿Has pensado tú alguna vez?

Marco soltó un “*Disgraziato*” y se le fue encima. Domenico le asestó un puñetazo en la mandíbula, y los dos se trabaron en un combate que tenía algo de simulacro; era evidente que no querían hacerse verdadero daño, que sólo estaban desahogando su impotente cólera ante la situación sin salida en que todos se encontraban.

Francesco se interpuso entre ambos y los separó.

–Basta de peleas ideológicas; hay cosas mucho más importantes que hacer.

Marco y Domenico cayeron refunfuñando sobre la paja, ya sin ganas de seguir el altercado. Poco a poco el calor de la estufa y de los animales que estaban dentro de la isba los fue adormeciendo a todos.

La alarma los hizo salir bruscamente de la espesa modorra en que habían caído, y empuñar sobresaltados sus armas. Estaba amaneciendo, y una sucesión de explosiones sacudía el pueblo. Las granadas disparadas por las katiuskas y los obuses de los morteros arrastraban las isbas; los campesinos huían despavoridos sin saber dónde esconderse, y caían acribillados por las ametralladoras. En pocos minutos, todo quedó envuelto en llamas; la nieve se disolvía en charcos rojos y corría entre los cráteres negros abiertos por las andanadas.

La artillería alemana respondía bombardeando a su vez las posiciones rusas, que cambiaban continuamente de lugar. Los italianos trataban de usar sus fusiles automáticos, pero muchos estaban inutilizados por el frío y la mala calidad del aceite anticongelante; algunos los tiraban con rabia al suelo y se quedaban sólo con las pistolas.

Los atacantes habían cercado el pueblo por los cuatro costados, y se multiplicaban a cada momento, mientras la defensa alemana se debilitaba por las crecientes bajas y el agotamiento de las municiones.

El teniente, baleado en una pierna, seguía dando órdenes; una explosión se la arrancó de cuajo, pero continuó arengando a los soldados hasta que su voz se extinguió en un estertor final.

De pronto un estremecimiento de pavor recorrió a los hombres de la Tridentina: un estruendo cada vez más cercano les anunció que llegaban los tanques a descargar sobre ellos algo mucho peor que lo que estaban soportando. El desaliento y el pánico los invadieron, y varios corrieron enloquecidos a buscar algún refugio; instantes después yacían inmóviles sobre la nieve.

A pocos metros de Domenico, Panizza aullaba alcanzado por una granada en el pecho. Domenico se abalanzó hacia él, y constató que estaba agonizando.

–Se acabó, amigo... –logró articular Panizza, entre las oleadas de sangre que le salían de la boca–. Por lo menos no caeré prisionero... Me voy en paz, Domenico...

No pudo seguir; su cabeza cayó hacia atrás, y en sus ojos se reflejó el infinito.

Domenico sintió que un resplandor de odio estallaba en su cerebro—. Malditos! ¡Pagarán por nuestros muertos!–, se oyó gritar. Corrió hacia un caballo que relinchaba tratando de soltarse de sus amarras, lo desató, saltó sobre su lomo, caló la bayoneta y se lanzó ciegamente hacia uno de los flancos enemigos.

Sus compañeros vieron de pronto cómo de la densa humareda salía un prodigioso jinete, que les pareció impelido por una fuerza casi sobrenatural. Les costó reconocer en él a Domenico, que los convocaba a luchar como un héroe de leyenda, gritando: –¡Los muertos en pie, por Italia y los alpinos, adelante!

A su vista, los sobrevivientes de la Tridentina sintieron que una absurda esperanza de victoria reemplazaba su pavor. Calaron también las bayonetas y embistieron a toda carrera a sus atacantes. Vieron caer a Domenico, pero ya nada los detenía; los rusos, desconcertados ante esa avalancha humana, tardaron en reaccionar, y eso permitió a los italianos apoderarse de varias ametralladoras y katuskas, con las cuales empezaron a diezmar a cuantos tenían a su alcance.

Marco había olvidado su filiación comunista, y disparaba rabiosamente, como todo el resto; saltó sobre un tanque y tiró una granada por la escotilla; el estallido lo lanzó ileso a varios metros de dis-

tancia. Otros lo imitaron, y la calle se iluminó con el purpúreo fulgor de los blindados en llamas, cuyos depósitos de gasolina y de municiones atronaban el aire al explotar.

Al fin los rusos emprendieron una desordenada fuga. El amasijo de escombros en que se había convertido el pueblo seguía en manos de los alpinos y los alemanes.

Francesco, sin hacer caso de la sangre que cegaba sus ojos, se precipitó hacia Domenico, que yacía a un costado del caballo en el que había consumado la hazaña que los había salvado. Le levantó la cabeza; un velo violáceo comenzaba a cubrir sus ojos; sangraba por varias heridas a la vez.

—Se la hicimos pagar a los rojos, ¿verdad, poeta...?— dijo, con voz apenas audible—. Pero me fregaron estos condenados... Lo peor es que no veré el desenlace de esta porca guerra, y eso me fastidia... Pero tú lo verás, maestro, y recordarás que...

No dijo más. Francesco miró los ojos sin vida, arrastró el cuerpo hasta un montón de piedras y lo cubrió con ellas; no iba a permitir que los cuervos devoraran la carne de su amigo. Se tocó la frente, que comenzaba a dolerle, y constató que era sólo un rasguño. Se miraba sufrir por la muerte de Domenico como si estuviese desdoblado, como si fuese otro. Era un dolor ubicuo, que le impedía saber que era él mismo el que lo estaba experimentando.

“Nunca le dije cuánto significaba para mí su amistad, cuánta angustia logró calmarme con su burlesco ingenio. ¿Cómo podré continuar sin él?”, se dijo. Recordó entonces lo que Domenico le había pedido un día, como en son de broma: “Oye, poeta, si muero antes que tú, prométeme que volverás y plantarás por mí dos castaños en tu pueblo. Quiero que todos los que disfruten de su sombra sepan que es la sombra de un alpino que murió en Rusia”.

Apretó los puños, midiendo la grandeza de esa vida enmascarada en el escepticismo irónico, en el desprecio de todas las creencias e ideales humanos. “*Caro amico*, no dejaré que tu sacrificio sea en vano. Te prometo que volveré a cumplir lo que me pediste”, dijo en voz alta, poniendo una mano sobre el túmulo que cubría el cadáver de Domenico.

Levantó la cabeza con decisión, sintiendo sus energías restauradas por esa promesa, por los deseos de vivir. Con largos pasos se

unió al resto de sus camaradas, que se desplazaban inciertos entre los escombros, alumbrados por las últimas explosiones de los combustibles.

Poco después se hizo el recuento de las bajas sufridas. La compañía de Francesco había perdido un tercio de sus hombres; los alemanes, casi la mitad, y todos sus equipos motorizados.

La nieve iba envolviendo los cuerpos en un sudario irreal. No tendrían sepultura ni identificación. Nunca se sabría exactamente quiénes ni cuántos habían muerto en Warwarowka.

DE NUEVO EN MARCHA

–Pero los nuestros están cerca... Vendrán a buscarnos, ¿no lo creen?– decía un muchacho pálido de barba rala.

–Nadie vendrá– dijo Marco–. Ni siquiera saben que estamos aquí.

–No importa que no vengan– afirmó Francesco, con un brillo de cólera en los ojos–. De alguna manera volveremos a Italia; le prometí a Domenico plantar en su memoria dos castaños en mi pueblo, y lo haré.

Era como si el temple de su camarada hubiera irrumpido en su alma; una especie de decisión inquebrantable, que le daba la seguridad del regreso.

Cazas rusos pasaban disparando en vuelos rasantes, obligándolos a un continuo estado de alerta. Afortunadamente, a las tres de la tarde cayó la oscuridad. Pero era imposible continuar defendiendo esa posición. Los oficiales alemanes y el capitán de la Tridentina decidieron avanzar hacia Malajewka, situada en la ruta hacia Valujki.

Los soldados recogieron las armas de los enemigos muertos y los despojaron de sus *valenki*, botas sin costuras hechas de fibras vegetales, suela y cuero, que llegaban hasta las rodillas y permitían soportar el frío y la hinchazón de los pies. Trataron de calzárselas, pero los pies de los rusos eran más pequeños, así que sólo unos pocos pudieron hacerlo.

Unos veinte heridos quedaron abandonados en una isba, sobre frazadas ennegrecidas por el humo y la pólvora. Era imposible transportarlos, el médico alemán había muerto, y los soldados los vendaron como pudieron, hasta con papeles grasientos, prometiéndoles que volverían a buscarlos. Todos sabían que no era cierto, y que el frío, el hambre o la gangrena los matarían en corto tiempo.

Dos piemonteses lloraban pidiendo por su madre; otro suplicaba que los llevaran de alguna forma. Un napolitano había extendido en el suelo fotos de familiares y estampas de santos, y rezaba gritando para calmar el dolor de una horrible herida en el abdomen. Le habían puesto sobre ella unos restos de ropa interior a modo de compresa, en un vano intento de parar la hemorragia, y el infeliz se tomaba el vientre y gemía—: ...ahora y en la hora de mi muerte, amén...

Los alemanes contemplaban la escena con expresión imperturbable. Sus heridos también se quejaban, pero en voz baja; la mayoría cerraban los ojos, resignándose a la fatalidad del destino.

Se dio la orden de partir. A medida que salían del pueblo, caían de bruces sobre los cadáveres, muchos más de los que habían supuesto. A veces se hundían hasta la cintura en los hoyos abiertos por los morteros y cubiertos por la nieve. Pero no había tiempo ni siquiera para maldecir, así que se levantaban y continuaban la fatigosa retirada.

Al tercer día comenzaron a producirse colapsos nerviosos entre los italianos. Algunos corrían gritando sobre la nieve, y caían después en la rigidez de un sueño helado; otros se disparaban con sus propias armas; los de más allá se arrancaban los zapatos, y los dedos gangrenados salían volando por el aire; luego se derrumbaban como muñecos desarticulados, y no se movían más. Sólo los de voluntad más fuerte seguían adelante.

Francesco sentía que estaba en dos lugares a la vez: en la nieve sin límites, y en el bosque de Montaña d'Orba. Giulia tenía suelto su pelo rubio, y bailaba riendo, tomándose la punta del vestido, el amor crepitando en sus ojos. Él ceñía su cuerpo y empezaba a bailar con ella. Sin saber cómo, se distanció de ambas escenas, y se preguntó cuál era la verdadera. "¿Es el hielo que me va cubriendo, o esta visión que me llena de calor y felicidad?" Tuvo miedo de haberse hecho esa pregunta; se dio cuenta de que no era capaz de diferenciar la realidad de la fantasía.

—¿Es que me estoy volviendo loco?— dijo en voz alta.

Ennio, que caminaba a su lado, le dio un violento sacudón en el hombro.

—Despierta, amigo, y resiste. La fatiga y esta blancura infinita pueden provocar alucinaciones. Pero ya pasará, y yo estoy a tu lado.

Francesco se sintió más seguro, pero la visión de Giulia persistía, ahora tenue y borrosa. La impresión de estar dividido en dos no lo abandonaba. “¿Tenemos dos conciencias, la del observador y la del observado? Sólo así se puede explicar lo que me sucede”, se decía.

La imagen se fue desvaneciendo imperceptiblemente, hasta desaparecer por completo.

Arribaron finalmente a Malajewka. Un extraño silencio los hizo pensar que también estaba deshabitado. Pero cuando Francesco y Ennio se acercaban a una isba, vieron aparecer a una vieja que les susurró algo, casi sin mirarlos.

—Dice que sigamos hasta el fondo, hasta la última casa— tradujo Ennio, que algo sabía del idioma ruso.

Ambos caminaron detrás de la anciana, y entraron en la vivienda. Francesco contempló el techo ennegrecido por el humo, una mesa y dos bancos hechos de troncos, unos baúles atados con gruesas cuerdas, un ícono de la Virgen, dos guadañas en un ángulo, el carbón ardiendo bajo el samovar, todo bañado por la exigua luz de una lamparilla de aceite. Había otra mujer, casi una muchacha, que los saludó sonriente mientras les ofrecía café de nabos, diciendo: “Italianos buenos”.

Ennio miró los zapatos casi deshechos de su compañero, y lo hizo sacárselos. Los pies de Francesco estaban azulosos, y le dolieron como si le asestaran latigazos con puntas de metal. Tuvo que retorcerse para no gritar. La viejita se le acercó y los examinó con sus ojos apagados y lacrimosos.

Se los masajeó con grasa de ganso, hasta que tomaron un color rosado. Francesco se puso los zapatos, le agradeció con un beso y le dijo que le recordaba a su madre. Ennio tradujo esas palabras como pudo; la anciana comprendió, y a su vez le dio a Francesco tres besos en las mejillas, con los ojos llenos de lágrimas.

Las mujeres sacaron del horno una olla llena de papas y repollo cocido. Les sirvieron dos grandes platos y les dieron unas cucharas

de palo, con las cuales comieron desafortadamente.

A lo lejos comenzaron a oírse disparos. Ennio y Francesco comprendieron que todo recomenzaba. Salieron al combate, mientras las mujeres se abrazaban invocando la protección divina ante el ícono de la Virgen de Kazán.

XXXII

LO POSIBLE SUCEDE

La batalla duró varias horas; sólo la desesperación les dio el coraje que necesitaban para repeler el ataque. Pasó un rato antes que alguien pudiera hablar. Sabían que sólo se trataba de un respiro, que en cualquier momento los rusos regresarían con refuerzos, y ellos casi habían agotado sus municiones.

Después de contar las bajas y el armamento disponible, el capitán dio orden de reagruparse y subir a una colina cercana, para lograr una posición ventajosa sobre el enemigo.

Partieron corriendo hacia el punto indicado. Francesco iba saliendo del pueblo cuando sintió estallar una granada a sus espaldas; dos esquirlas lo alcanzaron en una pierna. Cayó a tierra y se golpeó en la nariz, que comenzó a sangrar. Una densa oscuridad lo fue invadiendo; quiso tocarse la cara, pero sus manos parecían muertas. Trató de incorporarse, y no le fue posible. "Es el fin", pensó. Tosió para expulsar el mar viscoso que invadía su garganta y le impedía respirar. Se fue adormeciendo, con la impresión de que alguien había dejado una ventana abierta, por donde entraba un frío espectral.

Despertó oyendo voces; alguien lo sostenía de la nuca, obligándolo a abrir los ojos. Se sintió transportado por manos invisibles y colocado en una especie de cama. El balanceo lo mareaba, y perdió nuevamente el sentido. Un sueño recurrente lo hacía repetir palabras inconexas; se veía caminando entre heridos que clamaban pidiéndole ayuda; los muertos, con los ojos fijos en las estrellas, eran innumerables. El se desplazaba entre ellos preguntándose cómo podría lavar las piedras de tanta sangre, cómo limpiaría el aire del olor a carne quemada, cómo restauraría el cielo, calcinado de incendios hasta sus últimos confines.

Cuando volvió a abrir los ojos, no supo dónde se hallaba. Estaba acostado sobre un colchón de paja, pero cubierto con blancas sábanas. Vio figuras que iban y venían; la habitación exhalaba un olor penetrante a humo y estiércol. Se tocó el cuerpo, palpó el colchón y las sábanas, para constatar que no era víctima de una alucinación. Poco a poco reconoció a la misma anciana que los había albergado, y que ahora cocinaba en el fogón. Su pierna había sido vendada, y ya no sangraba. Un viejo envuelto en pieles de cordero se le acercó con un plato de sopa de papas, y comenzó a alimentarlo. En un rincón estaba sentada la muchacha que les había ofrecido café de nabos, y a su lado, de pie, un hombre alto que tenía puesto un gorro de piel de lobo.

Todos lo miraban con simpatía; creyó comprender que se alegraban de que hubiera recuperado el conocimiento. El hombre del gorro se sentó a sus pies en el camastro y le dirigió la palabra en italiano, con marcado acento ruso:

–Tuviste suerte. Te encontramos casi congelado, varias horas después de que se fueron los partisanos rusos y tus camaradas. Fue Niusha –e indicó a la anciana– quien nos obligó a salir a buscarte. Dice que te pareces a su hijo, que está en el frente de batalla. Estaba segura de que seguías vivo, aunque no me preguntes cómo lo sabía.

Francesco no hacía ningún comentario; estaba demasiado débil para hablar.

–Me hice amigo de un italiano cuando ustedes estuvieron en Thaly, y aprendí algo de tu idioma, ¿o no?– dijo riendo el hombre, a quien Francesco había oído nombrar como Sergei. Los bolcheviques me habían llamado a defender la patria... ¿Qué patria? ¿La que ellos han usurpado? Ya no tengo ninguna.

Francesco vislumbró que por ahora estaba a salvo en esa isba. Cerró los ojos, con el agrado de sentirse envuelto por sábanas limpias, y le pareció que hasta los piojos lo molestaban menos.

Cuando despertó, era ya de día. Luego de beber un tazón de leche, preguntó por sus compañeros. Sergei le dijo que después de subir a la colina habían sostenido un combate con los partisanos, y que al parecer habían logrado repelerlos, gracias a su ventajosa posición. Luego habían partido, no sabía a dónde.

Francesco comprendió que se había quedado solo. Quizás la gue-

rra había terminado para él, y ahora podría regresar sin ser considerado un desertor. Se preguntó cómo lo haría, sin recursos y sin conocer nada de esa tierra extranjera, poblada de enemigos. Trató de no pensar en eso todavía, pero los pensamientos estaban allí, rondando en su cabeza, y siguieron asediándolo en los días siguientes, provocándole la angustiada sensación de estar cogido en una red de circunstancias conjuradas inexorablemente en su contra.

Sus heridas se hicieron purulentas, y despedían un olor pestilente que contaminaba toda la habitación. Niusha lo curaba como podía, lavándolo con salmuera y vinagre y vendándolo con tiras de sábanas. Cada anochecer Sergei traía noticias de los movimientos rusos. Los partisanos no habían vuelto, y seguramente no sospechaban que pudiera haber un italiano escondido en el villorrio.

La inmovilidad y la monotonía invariable de las horas lo iban sumiendo en un tedio letárgico. Ya no pensaba en sus compañeros, ni en la posibilidad de que la gangrena infectara sus heridas. ¿Para qué molestarse en imaginar el futuro? Ninguna conjetura y ningún acto lo harían cambiar.

Un día se puso los zapatos y trató de dar unos pasos por la estancia, pero tuvo que volver a su camastro: los calcetines se le habían pegado como una costra dura, y el dolor fue tan intenso que no pudo contener un alarido. Niusha lo reprendió duramente, y de ahí en adelante lo vigiló para que no se levantara.

Tendido en el lecho, Francesco miraba de vez en cuando el ícono de la Virgen de Kazán, que presidía el lugar como único signo al que convergía la humilde esperanza de sus moradores. Se dio cuenta de que la imagen miraba hacia el este y de que nadie le daba la espalda al sentarse; todos rezaban diariamente ante ella. El tiempo definitivamente no transcurría, aunque el reloj medía sin descanso las horas. ¿Dónde estaba la guerra, dónde la vida real?

Los colores se abrían paso en la oscuridad cuando Sergei entró en la isba dando un golpe a la puerta. Se plantó ante Francesco, adoptó una postura teatral y declamó:

“Amigo mío, no te pregunto de dónde vienes
ni dónde estuviste.

Sana en mi paz, y sé el que fuiste”.

Francesco aplaudió, casi olvidando dónde estaban

–¿De quién son esos versos? Me parecen formidables. ¿Es que acaso también eres poeta?

–No tengo ese privilegio– respondió Sergei–. Son de un gran poeta ruso: Vladimir Soloviov. Quizás no lo conozcas. Pero al menos habrás leído a Pushkin.

–No tanto como me gustaría. ¿Tienes algún libro suyo?– dijo Francesco, con un brillo en sus ojos, pero de inmediato se dio una palmada en la frente–. ¡Qué tonto soy! No sé nada de ruso, así que aunque lo tuvieras no podría leerlo–. Se quedó meditando unos momentos–. No me imaginaba que además supieras de poesía; no te he preguntado nada de tu vida.

Sergei sacó de su casaca una bolsita de género y la balanceó ante los ojos de Francesco.

–Hablar de eso requiere una buena taza de té ruso– le dijo, aspirando el aroma de la bolsa.

Francesco hizo un gesto de sorpresa.

–¿Cómo lo conseguiste?

–La guerra enseña algunos trucos, amigo.

Preparó el té en el samovar, y mientras todos saboreaban el aromático brebaje se sentó junto a Francesco, con la taza humeante en la mano. Empezó a hablar como si regresara a un paraje que hubiera tratado de clausurar en su memoria:

–Apenas llegó al poder, Stalin confiscó las tierras de los *kulaks*⁴³, entre los cuales estaban mis padres. Era un domingo, y el pope acababa de darnos la bendición cuando irrumpió en la iglesia una multitud de *mujiks*⁴⁴ capitaneados por funcionarios del régimen. Sacaron afuera a mis padres y a los demás terratenientes que se encontraban en el templo, llamándolos traidores porque se resistían a entregar sus propiedades al estado y se habían atrevido a decir que el padrecito Nicolás había sido un hombre bueno. Los fusilaron ahí mismo, y luego se dirigieron a ocupar las fincas, vociferando las consignas que les habían enseñado los activistas bolcheviques. Yo logré escapar, sólo

43. Kulaks: Terratenientes rusos y ucranianos acomodados.

44. Mujiks: Obreros campesinos asalariados.

con lo que tenía puesto. No pude terminar mis estudios de leyes, y desde entonces he vivido emigrando de un lugar a otro, siempre escondiéndome. Llevo más de veinte años así, Francesco.

Bebió un largo sorbo de té. Francesco contempló su rostro sombrío, y creyó advertir en ese rostro una estoica rebeldía, que sin embargo había renunciado a toda esperanza.

–Créeme, Francesco– continuó Sergei–, los campesinos ucranianos han padecido más bajo la dictadura de Stalin que todo lo que habían padecido bajo la monarquía de los zares. Antes de la revolución los estudiantes éramos optimistas; creíamos en el progreso, en que el mundo podía ser mejorado. Bruscamente nos dimos cuenta de que todo era manipulable, de que la mentira había reemplazado a la verdad, de que debíamos cuidarnos hasta de nuestra propia sombra. Descubrí que el nuevo régimen había corrompido los ideales de solidaridad y justicia en los que siempre había creído, proclamándolos como sus objetivos supremos, pero degradándolos en realidad a la condición de simples medios para perpetuarse en el poder.

Francesco se quedó meditando un rato.

–Hay un divorcio irremediable entre el hombre y el mundo– dijo al fin–. Entre lo que esperamos de la vida y lo que el mundo se digna darnos. Es como una ley no escrita de la condición humana.

–Quizás estamos sometidos al imperio de la fatalidad, como en la tragedia griega– replicó Sergei.

–A veces se siente la tentación de creer lo que dice MacBeth en la obra de Shakespeare– dijo Francesco.

–¿Qué dice?

–“La vida es una historia absurda contada por un idiota, llena de sonido y furia, que nada significa”.⁴⁵

–¿Y tú crees en eso?

–Todavía no– dijo Francesco–. Todavía creo en Dios.

45. “Life is a tale told by an idiot, full of sound and fury, signifying nothing”. (Shakespeare, Macbeth, V, 9.).

EL COMIENZO DEL REGRESO

Los días empezaban a ser más largos; ahora la oscuridad invadía la estancia después de las cinco de la tarde. Francesco sentía que la vida irrumpía de nuevo, aunque la nieve continuaba cayendo como siempre. Ya lograba dar algunos pasos, apoyado en una gruesa rama de abeto que le había traído Sergei. La imagen de Giulia volvía a acosarlo, impregnando incluso su piel; a veces hasta creía estar tocando otra vez su mano, sus brazos, la rubia cascada de su cabellera. “Quizás el misterio de nuestro rompimiento hace crecer mi anhelo”, se decía. De vez en cuando, al capturar un fugaz recuerdo de lo que le habían dicho sus ojos, se figuraba que el enigma se resolvía en la verdad final de que, a pesar de todo, ella lo amaba. Pero era una verdad huidiza. “Hay muchas verdades que debo descifrar en Giulia, porque están compuestas de señales que se contraponen, se eluden unas a otras, como si fueran luces ciegas”, pensaba. Entonces la nostalgia se le convertía en un torrente de deseo que le descoyuntaba el cuerpo, y no lograba cerrar los ojos hasta la primera luz del día.

De alguna manera, las conversaciones con Sergei lo sacaban de esas cavilaciones y reactivaban su carácter reflexivo, transitoriamente anestesiado por la experiencia de la guerra.

–Nosotros dos conocemos los abismos y las incógnitas de la vida– dijo una tarde Sergei–. En cambio ellos– y señaló a los viejos y la muchacha– son gente buena y sencilla: sólo procuran comer y satisfacer sus necesidades básicas. No se les puede hablar de ciertas cosas, pues nada entenderían; les está negado conocer las complejidades del corazón humano. Se contentan con las apariencias, y creen que esa es la realidad.

–Pero quizás por eso son más felices que nosotros– replicó Francesco.

–Depende de lo que tú llames felicidad. En todo caso, nosotros hemos nacido con una mente que no se conforma con la experiencia inmediata de los sentidos, y vislumbra que existen ámbitos invisibles, en los que sólo se puede ingresar a través del pensamiento. A veces creo que es como disponer de un tercer ojo, o de un oído capaz de captar sonidos inaudibles para el resto. Y tenemos derecho a ser distintos; más aún, tenemos el deber de serlo.

–Pienso que el mayor deber es encontrar la propia identidad– dijo Francesco–. Hay una belleza única de la cual todos somos un reflejo diferente, y a ese reflejo debemos responder, sea cual sea su nitidez y su intensidad. Existe un universo desconocido dentro de cada uno de nosotros, y una voz que nos invita a explorarlo; creo que ése es el camino hacia lo que llamamos felicidad. Pero en ese viaje tenemos que abrirnos paso entre las sombras, y para hacerlo se requiere un gran coraje. A medida que se avanza, se abren imprevistas encrucijadas, y lo que parece sólido se disuelve hasta convertirse en aire. Es como deslizarse sobre una lámina de hielo tan delgada y frágil, que puede romperse y tragarte en cualquier momento.

Sergei escuchaba atentamente.

–¿Estás diciendo que buscar la felicidad es andar a ciegas, creyendo tocarla para luego perderla?– preguntó.

–Imagino esa búsqueda como un itinerario que conduce a cada ser humano a la posesión de su propia esencia divina. Pero es un avance que a menudo se experimenta como un retroceso: siembre debemos volver a enfrentar nuestro laberinto personal, tortuoso e ineludible, si queremos alcanzar la plenitud.

Ambos se quedaron en silencio, absortos en sus ideas.

Los días transcurrían en una paz excluida del mundo, que parecía reducirse a esa habitación. Afuera silbaba el viento, sacudiendo las minúsculas ventanas; la nieve no dejaba de caer. Francesco recuperaba fuerzas, y sus heridas se cerraban poco a poco.

Una mañana abrió los ojos, extrañado de no estar en Montaña d'Orba. Había soñado toda la noche con las altas cumbres del pue-

blo, y lo tomó como una señal premonitoria. “Es hora de partir”, se dijo.

Se levantó con esa resolución alzada como un vértice de acero en el centro de su voluntad. La muchacha lo miró con una indefinible tristeza mientras le servía el desayuno. “¿Acaso adivina que he decidido irme?”, pensó Francesco. “Dicen que las mujeres tienen una intuición mayor que nosotros.” Nunca había cruzado más de un par de palabras con ella, pero varias veces había observado que sus rasgados ojos azules lo miraban con ardiente atención, y que su rostro revelaba por unos segundos un sentimiento tan intenso que resultaba casi inequívoco. En esas ocasiones algo parecido al amor lo había perturbado, pero la imagen de Giulia acudía de inmediato, y recuperaba la certeza de que no podría amar a ninguna otra mujer.

Cuando terminó de beber el té, se sentó junto a la anciana y la abrazó.

–Niusha, debo partir. Nunca podré agradecerte suficientemente lo que has hecho por mí; te debo la vida. Jamás olvidaré a mi madre-cita rusa.

La anciana se secaba las lágrimas con la punta del delantal; había comprendido que Francesco se iría.

Sergei se acercó. En su rostro se leía el pesar, pero al mismo tiempo una sincera aprobación a lo que había decidido Francesco.

–Te echaré de menos, amigo– le dijo–. Me había acostumbrado a nuestras conversaciones, pero la vida nos cambia de escenario continuamente, y tenemos que actuar lo mejor posible en cada nueva función.

La muchacha también lloraba. Aunque casi nunca despegaba los labios, le dijo a Sergei que deberían darle a Francesco ropas de campesino, para que los partisanos no lo tomaran prisionero o lo mataran. Sergei la miró, extrañado de esa inusual intervención.

–No estoy de acuerdo– objetó–. Debe correr ese riesgo. Peor sería que lo mataran los alemanes o los italianos creyendo que ha desertado; ellos son su única posibilidad de salvación. Debe irse con su uniforme.

Se volvió hacia Francesco.

–Me conseguiré una carreta y te dejaré cerca de Olkhovatka, que todavía está en poder de los alemanes y que cuenta con un hospital.

Desde ahí es más fácil llegar a Kharkow, donde podrás abordar un tren que te lleve fuera de Rusia. Tienes razón, llegó el momento de partir; después será demasiado tarde. Todos tus camaradas han retrocedido, y están abandonando el país.

–Gracias, Sergei. Sin ti no habría sabido qué dirección tomar.

–Saldremos esta noche. Prepara tus cosas mientras esperas mi regreso.

Niusha decidió solemnizar la despedida preparando un *kasha*; era un pastel de trigo, leche y pasas que a Francesco le pareció un manjar exquisito después de la forzada dieta invernal de papas. Mientras lo saboreaban, todos trataban de disimular la tristeza, riéndose de los equívocos que se producían entre sus diferentes idiomas. Pero la emoción estaba a la vista en los rostros; sentían que allí, en esa humilde habitación, se había producido un milagro de la existencia: la hermandad humana por encima de todo lo que hace al hombre enemigo del hombre.

Al atardecer, Niusha y su hija se desprendieron de la poca comida que les quedaba, a pesar de las negativas de Francesco, y la pusieron en un saco junto con una frazada para el viaje.

Llegó la noche, y con ella Sergei, que traía la carreta que había salido a buscar; siempre lograba lo que se proponía.

Niusha los bendijo y prendió algunas velas ante la imagen de la Virgen de Kazán, para que los protegiera. El ícono le había sido regalado el día de su boda, como lo prescribía la tradición ucraniana, para dar felicidad al hogar.

Francesco sólo podía repetir una y otra vez, con lágrimas que entrecortaban sus palabras:

–*Spaziva...* Son ustedes personas muy nobles y buenas...

–Todo es obra de Dios, Francesco– musitó Niusha, y a él le pareció que nunca antes su nombre había sonado tan dulce.

La muchacha lo abrazó como si no quisiera dejarlo ir, mientras repetía palabras que Francesco no lograba entender.

Sergei asistía a la escena atónito; nunca había visto así a Aniuska, y le pareció de una singular belleza, como si fuera la primera vez que se encontraba con ella.

–Dice que la Virgen de Kazán te protegerá– le tradujo a Francesco–, y que ella esperará el fin de la guerra para tener noticias de ti.

Luego lo hizo subir a la carreta, lo tapó con sacos, se puso su gorro de piel de lobo, cerró su chaquetón y fustigó al escuálido caballo que la tiraba.

No encontraron a nadie en la estepa. La nieve seguía cayendo, y pronto cubrió el carro. Francesco sentía entrechocar sus dientes, y violentos escalofríos lo sacudían. Su amigo conducía en silencio, sin quejarse por la temperatura bajo cero que penetraba a través de sus guantes de piel de conejo.

Amanecía cuando Sergei detuvo la carreta. Había dejado de nevar, y un sol tímido despuntaba por el horizonte. Hizo bajar a Francesco, que no había logrado cerrar los ojos en toda la noche.

–Sólo hasta aquí puedo llegar– le dijo–. A varias millas está Olkhovatka; espero que tu pierna te permita hacer el trayecto. Acércate con cuidado, no te dejes ver hasta estar seguro de que siguen ahí los alemanes.

Apartó unos sacos en la carreta y extrajo un fusil ametralladora que había mantenido oculto.

–Toma, amigo, te servirá en caso de peligro. Está cargado.

Francesco se lo colgó del hombro, admirado de la increíble generosidad de Sergei. Buscaba palabras de agradecimiento y afecto, pero una angustia sólida le cerraba la garganta, y no pudo decir nada. ¿Qué podía decirle a ese hombre que por él había puesto a ese extremo en riesgo su propia vida?

Le dio un largo abrazo. Sergei lo besó en ambas mejillas.

–Que el cielo cuide de ti– le dijo–. No olvides que en Rusia tienes un amigo que te recordará siempre.

Subió al carro y emprendió la vuelta. Francesco se quedó mirándolo con ojos húmedos mientras se alejaba en esa pálida soledad hasta perderse de vista.

XXXIV

¿EN DEFENSA PROPIA?

El sordo ruido de los pasos de Francesco se alternaba con el silbido intermitente del viento. Su pierna herida comenzaba a ponerse rígida, y el esfuerzo al que la tenía sometida le provocaba horribles dolores. Su otro pie se había hinchado, y el zapato lo ceñía como un cepo. No se veía ni siquiera un mujik en ese panorama helado que refulgía bajo el sol y le abrasaba los ojos con su incandescente blancura.

“Resistirás hasta que tu cuerpo ya no te lo permita, y aún así continuarás”, se oyó decir en voz baja. Se sentía desposeído de sí mismo, como si algo hubiera tomado su lugar para impelerlo hacia adelante, indiferente al sufrimiento de su cuerpo, y levantando al fondo de su conciencia una imagen invicta: un bosque verde aureolado de montañas, y Giulia esperándolo al centro del follaje.

La primera noche lo sorprendió cerca de un grupo de árboles; se recostó en un tronco y tragó algunas de las provisiones que le había dado Niusha, con las que logró calmar la agonía de su estómago.

Recogió ramas y encendió una pequeña fogata entre un montón de piedras. Luego se envolvió en la frazada y cerró los ojos.

El viento había amainado, pero el polvo blanco seguía descendiendo, amenazando cubrir su cuerpo. Sabía que no podía dormirse, pues no despertaría, y aguardó estoicamente junto al fuego el paso de las horas.

Al amanecer reanudó la marcha. La nieve había cesado de caer. Divisó una colina, y le pareció una alta montaña, pero se dio ánimo al pensar que quizás al otro lado encontraría la ciudad de Olkhovatka. Subió trabajosamente; la metralleta parecía pesarle el doble, y empezó a arrastrarla. Se le ocurrió dejarla ahí, pero un oscuro presenti-

miento lo hizo desistir.

Al llegar arriba, sólo vio una isba flanqueada por un sauce emblanquecido por la nieve. Se dirigió hacia ella cojeando; estaba a pocos metros cuando se abrió la puerta y aparecieron dos oficiales italianos, un capitán y un teniente.

Tenían los uniformes tan rotos que parecían mendigos. Sus ojos hundidos y sus rostros esqueléticos delataban las privaciones que habían pasado. El teniente llevaba un brazo vendado con trapos manchados de sangre seca.

Francesco se detuvo, sobrecogido por un intenso júbilo. ¡Dos compatriotas! ¡Estaba a salvo, había encontrado a los suyos! Pero debía atenerse a las reglas: retrocedió e hizo un torpe intento de saludo militar.

El capitán lo hizo entrar en la isba.

–¿Por qué andas solo, a qué división perteneces?– le preguntó.

–Soy de la Tridentina, señor. Recibimos órdenes de evacuar la zona del Don; mi compañía se desconectó del resto de la división y se unió en el camino a un contingente alemán, con el cual prosiguió la retirada. Al llegar a un poblado sufrimos un ataque ruso; yo caí herido, y los sobrevivientes de mi compañía abandonaron esa posición, creyéndome muerto. Me recogieron unos campesinos del lugar, y desde entonces no he sabido nada de mis compañeros.

–Nosotros somos de la Cossiería– dijo el capitán–. Fuimos rodeados por todas partes, y no sabemos cuántos lograron escapar. ¿Cuál es tu nombre, soldado?

–Francesco Santini, señor.

–Giancarlo Pietraviva, y el teniente Giorgio Franzani– dijo el capitán, y extendió una mano negra que Francesco estrechó respetuosamente. Mientras lo hacía recordó el suicidio del soldado de esa división, pero se abstuvo de mencionarlo.

–Supe lo que le había sucedido a la Cossiería, capitán– dijo simplemente.

–Perdimos nuestras armas y hemos caminado sólo de noche, para no ser descubiertos– dijo el teniente–. ¿Tienes algo de comida?

Francesco estaba dejando la metralleta en un rincón para abrir su saco cuando la puerta se abrió de golpe y tres soldados rusos irrumpieron en la isba. Sin saber cómo se vio disparando, poseído

de una ira ciega, hasta que el tableteo se redujo a disparos sueltos, y luego un silencio de plomo descendió sobre la inesperada escena, que había durado apenas unos segundos. Los tres rusos yacían acribillados a sus pies. No había armas en sus manos, ni tampoco en el suelo.

Los oficiales no habían alcanzado a reaccionar. En un instante, sus rostros habían pasado de la alarma al alivio de saberse aún vivos.

Francesco miraba como en trance los cuerpos inmóviles. “He matado a tres seres humanos indefensos, sin siquiera pensar”, se dijo. “¿Quién soy? ¿Soy mis intenciones o mis acciones? ¿Cuántos hombres hay en mí que no conozco?”

El silencio fue roto por el capitán.

–Eres rápido con el gatillo, Santini.

Francesco no dijo nada. Se sentía enormemente cansado. No sabía qué hacer; se sentó y continuó mirando a los muertos. “Poco importa que uno quiera ser bueno u honesto cuando el destino lo convierte en una bestia acorralada”, se dijo. “Entonces uno actúa según sus instintos, sin conciencia moral. ¿Pero acaso pude haber hecho algo distinto?”

Los oficiales sacaron los cuerpos fuera de la isba. Luego registraron el saco de Francesco, quien seguía como ausente; tomaron las provisiones que le quedaban y comenzaron a comer.

–Si caminamos a buen paso esta noche, llegaremos al amanecer a Olkhovatka– dijo el capitán, y le alargó a Francesco un pedazo de pan–. Come un poco y procura descansar. Eran ellos o nosotros; no lo pienses más.

Oscurecía cuando dejaron su refugio. Francesco seguía buscando razones para lo que había hecho en la isba; se repetía que todo había ocurrido demasiado rápido, que ignoraba que los soldados no tenían armas, que la guerra era así, y procuraba olvidar los rostros sin vida de los tres rusos. Por momentos lo conseguía, y la angustia parecía retroceder, pero después regresaba, como si la escena estuviera sucediendo en ese mismo instante, y entonces sentía que tenía

a los muertos pegados a su espalda y que jamás se podría librar de ellos.

El capitán había acertado en su pronóstico: al despuntar la mañana avistaron Olkhovatka. Se acercaron con grandes precauciones, y constataron aliviados que aún estaba ocupada por los alemanes. Pero una vez que ingresaron en la ciudad, advirtieron que éstos se comportaban extrañamente: los miraban casi con odio, y un sargento les indicó brutalmente dónde estaba el hospital. Los oficiales se despidieron de Francesco en la puerta del establecimiento, que se encontraba atestado de italianos heridos.

–¿Qué les pasa a los alemanes?– le preguntó Francesco a un soldado, mientras esperaba ser atendido junto con otros compatriotas llegados de diversos puntos del frente.

–Parece que Mussolini ya no es el Duce; corren rumores de que fue depuesto, pero no hay nada seguro– contestó el hombre.

Francesco recibió una precaria curación; le sirvieron un plato de pollo con arroz y le dijeron que comiera rápido, pues Olkhovatka debía ser evacuada, y pronto partiría el último tren. Transbordarían en Woltchang, y luego en Kharkow. Después cruzarían la frontera que los dejaría definitivamente fuera de Rusia.

EL TRAMO FINAL

En la estación de Kharkow, el tren era casi invisible bajo la masa de hielo que lo cubría. Los ex combatientes repletaron los vagones, y muchos se instalaron en los techos para no quedarse en tierra, corriendo el riesgo de caer por la resbaladiza superficie.

De improviso volvió a caer la nieve, más espesa que nunca. Los que se habían subido a los techos saltaron al suelo y se agolparon ante las puertas, tratando desesperadamente de entrar en los carros. Al final todos lo lograron, pero era tal la congestión de los cuerpos que no quedaba espacio para moverse; incluso a algunos les costaba respirar.

El convoy empezó a desplazarse lentamente, y continuó así, como si el exceso de carga le impidiera alcanzar mayor velocidad. Se detenía cada cuatro horas, para que los hombres bajaran a hacer sus necesidades, y se les repartía una magra ración de agua y pan de centeno. El regreso a los carros provocaba un tumulto de forcejeos, golpes y maldiciones; pero la marcha no se reanudaba hasta que todos estaban dentro.

Viajaron tres días. Francesco veía pasar aldeas, todas iguales; iglesias en ruinas, cementerios de toscas cruces de madera, ríos caudalosos. Los nombres de los pueblos eran tan raros que no logró retener ninguno. Después comenzaron a desfilar las ciudades; en Brest Litowsk los hicieron bajar para desinfestarlos de los piojos que pululaban por sus cuerpos, y les entregaron ropas limpias. Luego de lavarse, recibieron un plato de comida caliente, que devoraron como animales hambrientos. Sólo se dieron cuenta de que habían salido del territorio soviético cuando al llegar a una estación vieron letreros que decían: Cracovia.

Muchos se habían acostumbrado a dormir de pie; lo hacían a ratos, cayendo en una especie de letargo que les permitía evadirse mentalmente de ese hacinamiento físico, sin escapatoria posible.

Un nombre se alzó de pronto en el aire tóxico del tren, y fue creciendo en todas las voces: “¡Los Alpes, los Alpes!”

Los que pudieron se asomaron por las ventanillas. A lo lejos se recortaba nítida contra el cielo la sinuosa línea del macizo montañoso que anunciaba la llegada a la patria.

Se abrazaron unos a otros con gritos de júbilo; algunos agitaban pañuelos por encima de sus cabezas, un grupo desplegó una bandera que fue pasando de mano en mano por los vagones, como un trofeo que los hermanaba a todos en una misma sangre.

El tren fue adoptando una marcha aún más lenta, y entró en la estación de Tarvisio. Había gente que los saludaba desde el andén, pero el convoy no se detuvo y siguió adelante, hacia su destino final.

Francesco fue internado en un hospital de Turín. Se quedaba inmóvil en el lecho, mirando por la ventana el cielo todavía grisáceo, que se resistía a despedir el invierno, mientras su memoria recorría una y otra vez los muertos, los horrores, la insensata aventura de la guerra. Ni siquiera pensaba en Giulia; sólo se abandonaba pasivamente a la tristeza.

No quería hablar con nadie, no quería que nadie le preguntara cómo había logrado sobrevivir. En su infancia, cuando caían las primeras nieves y veía las montañas engalanarse de blancura, se llenaba de una absurda alegría, como si en el mundo hubiera comenzado una fiesta. Ahora, al ver nevar, la estepa rusa volvía a ser el único habitante de su mente, un habitante sin confines, sin ninguna señal que rompiera su designio inalterable.

A veces se levantaba y se quedaba contemplando su propia imagen en el espejo de la sala, preguntándose si ese rostro era el suyo. “Quizás siempre somos al mismo tiempo otra persona”, se decía. “Es otro Francesco el que ha vuelto, y quisiera ser el mismo que se fue, pero no lo logra. Sus ojos han visto demasiado”. Entonces lo acosaba una urgencia de escapar de sí mismo. “Debo huir del tiem-

po y perderme en el presente. Huir de los recuerdos con la imaginación. Huir del horror con la fantasía". Pero se daba cuenta de que no podía, a pesar de todos sus esfuerzos.

Pocos días después llegaron a visitarlo sus padres. Lloraban de alegría mientras lo abrazaban; su madre se persignaba y daba gracias a Dios por haber permitido su regreso. "¡Son tan pocos los que han vuelto!", repetía una y otra vez, sin cansarse de besarlo.

Francesco se decía que también se alegraba de verlos; sin embargo, una impalpable soledad lo mantenía distante de ese momento, como si no estuviera allí.

Su pie sanó finalmente, pero quedó afectado por una acentuada cojera, de la cual no se sabía cuándo podría recuperarse. Fue dado de alta, y esa secuela de la guerra provocó su desmovilización del ejército.

Había pagado el precio de su libertad.

LA HORA DEL ABISMO

Amanecía en Montaña d'Orba. Francesco bajó del tren y miró cómo las montañas se iban inundando de luz. Salió de la estación y empezó a cruzar las calles desiertas en dirección a la casa de Giulia; su cojera le impedía avanzar tan rápido como hubiera querido. De pronto creyó verla a lo lejos, viniendo hacia él con el rostro alumbrado por una sonrisa; pero cuando estuvo más cerca se dio cuenta de que era una aldeana desconocida, que ni siquiera se parecía a ella.

Al dejar el pueblo divisó a un muchacho que golpeaba con una vara un rebaño de cabras de cuernos retorcidos que mordisqueaban la hierba a la sombra de los árboles. "Por recuperar esta vida fue que luché y pude sobrevivir", pensó. "La guerra está lejos; aquí se puede olvidar y empezar de nuevo. Lo que verdaderamente cuenta en la vida nadie nos lo puede arrebatar".

Apartó la vista y siguió adelante. La pierna volvía a dolerle, y ese sufrimiento empezaba a minar sordamente su resolución, dando paso otra vez a la incertidumbre. "¿Y si no siente nada, y mi aparición intempestiva sólo le provoca fastidio? ¿No es mejor volver al pueblo y esperar ahí que se entere de mi regreso, y quizás entonces sea ella la que venga a buscarme? ¿Pero acaso no volví para saber de una vez lo que realmente siente por mí?", se preguntó. Se detuvo, dudando entre seguir o retroceder. "¿Por qué vacilo ahora que estoy tan cerca? ¿Por qué me parece que la amaba más cuando estaba lejos?" Se sentía cogido en contradicciones que le impedían actuar como lo había pensado tantas noches en el frente de batalla.

Parado en medio del camino, se analizaba turbiamente a sí mismo. "La amo, sí, la amo, y la necesito para ser feliz. Pero cuando digo que la amo, ¿qué quiero decir? ¿Que deseo su cuerpo, su belleza?

¿Que extraño las conversaciones que tuvimos y que nunca he tenido con ninguna otra mujer? ¿Que me conmueve su fragilidad y me incita a protegerla? ¿Qué me embriaga la fascinación que ejerce sobre mí? ¿Que quiero volver a sentirme halagado y perplejo, como me sentí cuando ella me dijo que también me amaba? ¿Qué amo cuando digo que amo? ¿La alegría que me produce el solo hecho de verla? ¿Estoy enamorado de ella, o de lo que creo que ella es?”

Poco a poco una certeza se abrió paso entre sus conjeturas. “¿Pero qué estoy haciendo? El amor no se argumenta, es inexplicable; no puedo entender qué es ni por qué siento lo que siento. El lenguaje se hace afásico ante tanta desmesura, y no tiene sentido raciocinar las emociones”. Con esa incierta convicción clavada en su mente se fue acercando a la casa de Giulia.

Se detuvo ante la verja. Ahí estaba la casa, señorial como antes, pero más deslucida, como dejada atrás por el tiempo. “Le hace falta una capa de pintura”, pensó, y de inmediato se extrañó de haber reparado en algo tan banal. A medida que subía la escalinata se apoderaba de él el temor de que Giulia volviera a actuar tan inexplicablemente como la última vez. Golpeó suavemente y esperó.

Giulia abrió la puerta y se quedó rígida, mirándolo con unos ojos atónitos en los que se adivinaba un miedo indecible. También Francesco estaba inmóvil, contemplando ese rostro que le parecía más hermoso que nunca, a pesar de su notoria palidez.

“¿Qué va a ocurrir ahora?”, se preguntó, sintiendo que no podía decir ninguna palabra, que sólo lo que ella dijera o hiciera resolvería la atroz incógnita de ese instante que se abría hacia dos destinos diametralmente opuestos.

De pronto Giulia estuvo en sus brazos, ciñéndolo salvajemente, riendo y llorando, besando sus ojos, su boca, sus manos. Él respondió con el mismo frenesí, mientras sentía que la negra expectativa del rechazo retrocedía hasta perderse en algún punto tan distante como la nada, y que el amor regresaba triunfante a ocupar de nuevo el lugar del que se había eclipsado.

No supieron cuánto tiempo estuvieron así, acariciándose, reconociéndose sin hablar. Al fin, como obedeciendo a un mismo impulso, entraron en la casa y se sentaron en el sofá del salón.

Giulia creía estar viviendo un sueño que de repente podía volver a trizarse.

–*Amore mio*, has vuelto...– decía–. Lo sabía, me lo avisaba mi corazón... Pero déjame mirarte...– lo separó un poco para escrutarlo ávidamente–. Estás más delgado, y tus ojos tienen una gravedad distinta...

–*Mia piccola*, supieras cuánta falta me hiciste... cuánto he sufrido...– balbuceaba Francesco–. Pero tú también has sufrido, lo veo en tu rostro... Sólo necesito que me expliques...

Giulia le cerró la boca con un beso.

–Después, después... Ya lo sabrás, ya te contaré...

Se levantó con una energía completamente nueva.

–Estoy toda desarreglada, no quiero que me veas así, *amore*– dijo.

Francesco la miraba hechizado.

–Eres siempre hermosa, la más bella...– dijo sonriendo.

–No, no, espérame, ya vuelvo–. Y corrió a su dormitorio.

Francesco se quedó ahí, en un estado que no acertaba a definir. “¿Es la felicidad?”, se preguntó. “¿La incomprensible y siempre fugitiva felicidad?” Recorría con la vista el salón, los muebles, los cuadros, las cortinas. “Nuestra casa”, se decía, “nuestra casa hasta que Dios...

Cuando percibió el zumbido, se dio cuenta de que lo había estado escuchando desde hacía unos momentos. Venía del cielo, y crecía rápidamente, hasta convertirse en el inequívoco trepidar de motores de una escuadrilla aérea. Una súbita sensación de alarma lo hizo saltar del sillón para ir en busca de Giulia. Dio algunos pasos, pero el estruendo ya estaba encima de la casa. Hubo un colosal estampido, luego otro, y todo lo que lo rodeaba saltó en pedazos. Cayó al suelo, ciego y atontado, oyendo el siniestro crepitar del incendio, el estrépito de cosas que se rompían, el derrumbe del techo unos metros más allá. Se arrastró rabiosamente hacia la habitación de Giulia, sorteando los escombros, el fuego que cobraba cada vez más ímpetu. Pero la habitación ya no existía; en su lugar sólo había un montón de restos humeantes, entre los cuales sobresalía un brazo inmóvil.

Soltó un alarido que lo impulsó hacia adelante, y empezó a apartar como un loco vigas y trozos del techo desplomado, hasta que el cuerpo de Giulia quedó a la vista. Lo tomó en sus brazos, abandonó

la casa envuelta en llamas, y sólo se detuvo cuando traspuso la verja de la entrada. El cuerpo de Giulia estaba tibio, pero sumido en una pavorosa inmovilidad. Lo tendió cuidadosamente en el suelo, y aplicó su oído a un corazón que ya no latía. Siguió así, derramado sobre el pecho inerte, esperando absurdamente que regresara la prodigiosa cadencia de la vida, y sabiendo al mismo tiempo que era inútil, que se había ido para siempre, que el abismo había cobrado por fin para sí el precioso trofeo que tan inexorablemente le había disputado en este mundo.

En la distancia, el fragor de los aviones se abatía sobre Montaña d'Orba.

EL CUMPLIMIENTO DE LA PROFECÍA

Mariagrazia oyó primero el creciente avance de los aviones, luego dos estallidos en las afueras del pueblo, e inmediatamente después la sirena que alertaba del ataque aéreo. Tomó a sus hijos y corrió despavorida hacia el refugio construido en el sótano de la estación. Las calles estaban llenas de aldeanos que huían en todas direcciones, chocando unos con otros en caótico tumulto, mientras algunas casas saltaban en pedazos bajo el impacto de las bombas.

En pocos momentos el refugio quedó atestado de hombres, mujeres y niños que lloraban y rezaban. El bombardeo se descargaba oleada tras oleada, sacudiendo el recinto como si fuera a derrumbarse sobre las indefensas cabezas. El calor era intolerable, y el humo que se filtraba por las precarias puertas de acceso hacía difícil respirar. Algunos se desmayaban, y otros trataban de reanimarlos agitando sobre sus rostros el aire enrarecido y maloliente.

Sólo al cabo de dos horas un largo silencio anunció la retirada definitiva de los agresores. Todos se miraban unos a otros, sin atreverse a intentar un solo movimiento. No supieron cuánto tiempo estuvieron así, temiendo la reanudación del ataque.

De improviso una voz se alzó en ese espantado silencio. Era Mariagrazia, iniciando la canción que celebraba el heroísmo italiano en Giarabub, donde los soldados habían preferido morir antes que rendirse.

*Colonello, non voglio il pane,
dammi il piombo per il mio moschetto
con la terra del mio sacchetto
oggi mi basterá.*

*Colonello, non voglio l'acqua,
dammi il fuoco distruttore
che il sangue del mio petto
la sete affogará.*

*Colonello, quí nessuno ritorna indietro
non si cede neanche un metro
Se non é la morte al passar.*

(Coronel, no quiero pan,
sino el plomo para mi fusil
con la tierra de mi morral
por hoy me bastará.

Coronel, no quiero el agua,
sino el fuego destructor
la sangre de mi pecho
la sed ahogará.

Coronel, aquí nadie retrocede,
no se cede ni un metro
si no lo hace la muerte al pasar.)

Algunos se sumaron al canto. Zinia escuchaba, pero en lugar de admiración por los mártires de Giarabub, sentía una gran congoja. “Dios del cielo, ¿por qué nos bombardean si no hemos hecho nada?”, interpeló a ese mismo Ser que se le había manifestado en la última Navidad. Pero sólo oyó la voz del Duce que proclamaba: “Ustedes son los “Balilla”, y habrán de ser durante toda la vida los guardianes de la nueva y heroica civilización que Italia está creando.” “¿Qué civilización?”, se preguntó. “¿Cómo se puede ser guardián de lo que no se entiende?”

El canto terminó, y todos empezaron a abandonar el refugio, ansiosos de averiguar la suerte que habían corrido sus familiares y el estado en que había quedado el pueblo.

Una vez afuera, contemplaron horrorizados el indescriptible espectáculo. Sólo veían paredes mutiladas, hogueras soltando un humo que oscurecía el cielo de la mañana, muertos y heridos tirados en las calles. Todos corrían llamando a los suyos, llorando a gritos al reconocer los cadáveres.

Mariagrazia y sus hijos llegaron a su casa. Lo único que quedaba en pie eran la cocina y el dormitorio principal. Zinia sintió que jamás se borraría de su mente la visión de su hogar arrasado, la imagen de su madre levantando los brazos al cielo, su lamento de animal herido ante lo irreparable.

–Madonna Santa, Madonna Santa...

Unos metros más allá, Giuvanín sollozaba abrazando el cuerpo sin vida de la Rossa. Por un instante, Zinia olvidó su propia desgracia, atónita ante el misterio de la muerte.

“¿Qué se hizo su mirada, su voz, la alegría de sus manos?”, se preguntaba. “¿Qué cosa es esto que llamamos vida? Hace poco estábamos jugando, riéndonos, y ahora no está, y nunca más volveré a hablar con ella”. La invadió el miedo de ser también arrebatada por ese soplo maléfico que convertía a las personas en cosas inertes. Tuvo deseos de huir, pero no sabía a dónde; sólo sabía que quería estar lejos del infortunio que la rodeaba.

Mariagrazia y Filippo trataban en vano de calmar a Giuvanín. El pobre hombre seguía llorando sobre el cuerpo de la Rossa. De pronto lo cogió en sus brazos y empezó a alejarse por la calle, tropezando como un borracho, mientras su voz crecía y se convertía en un aullido que alcanzaba hasta los últimos confines del pueblo:

–¡Miren lo que ha hecho vuestra guerra! ¡Mi Rossa, lo único que tenía! ¡Maldito Mussolini, devuélveme a mi hija, asesino!

Una esquina se tragó su doliente figura. Mariagrazia siguió escuchando las desesperadas maldiciones, hasta que se perdieron a lo lejos. Entonces, lentamente, comenzó a escarbar en las ruinas de su casa, tratando de encontrar el baúl que conservaba todos sus recuerdos. Zinia y Filippo se sumaron a la búsqueda. Finalmente apareció, medio quemado y aún humeante. Lo abrieron ansiosos, y constataron que el fuego había reducido a cenizas una gran parte de la historia familiar.

–Hasta esto nos ha arrebatado la guerra– dijo amargamente Mariagrazia.

Pasaron la tarde rescatando y limpiando los enseres que no habían sido destruidos. Se acostaron los tres abrazados en el lecho matrimonial.

El bombardeo a Montaña d'Orba había sido un minúsculo incidente en la ofensiva final de las fuerzas aliadas. Desde hacía un tiempo los aviones norteamericanos y británicos asolaban sin oposición el valle del Po, los pasos de los Alpes y varias ciudades alemanas. En Hamburgo, las bombas de fósforo habían incendiado barrios enteros; miles de personas se habían arrojado a los canales empapadas en esa sustancia letal que se adhería a la piel y quemaba al contacto con el aire. Los cuerpos se encendían como antorchas, el fuego los devoraba vivos. Se había producido la descomposición moral de los aliados, pronosticada por Churchill al decir en un discurso: "¡Que Dios me perdone los últimos tiempos de la guerra!"

Los escuadrones aéreos habían recibido la orden de atacar directamente a los civiles, tanto en Alemania como en Italia. Ciudades enteras fueron arrasadas hasta los cimientos, y las masacres humanas cobraron millones de víctimas inocentes.

XXXVIII

LA VERDAD

Mariagrazia no logró dormir esa noche. Apenas llegó el día fue con sus hijos a casa de Giulia, preocupada por no haber tenido noticias de ella.

Estaban cerca cuando percibió el olor a madera quemada que traía el viento. Echó a correr, impulsada por una oscura aprensión, y se detuvo soltando un gemido al ver dos figuras inmóviles ante el amasijo humeante que había sido el hogar de su amiga.

Se aproximó lentamente, seguida por Zinia y Pippo. Francesco estaba sentado en un tronco, con el cuerpo de Giulia entre sus brazos. Cuando Mariagrazia llegó a su lado, advirtió que no se percataba de lo que sucedía a su alrededor. Y era evidente que Giulia estaba muerta.

Francesco seguía suspendido en el negro vacío que ocupaba por completo su conciencia. El mundo se había eclipsado, y no sentía nada. No sentía su cuerpo, ni siquiera sabía que sus manos habían estado acariciando el rostro de Giulia desde que la había trasladado hasta ese tronco, frente a la casa arrasada por las bombas.

Empezó a oír una voz que venía del fondo del silencio, una voz de mujer que pronunciaba un nombre que no reconocía. Algo se acercaba hasta quedarse ahí, respirando en la oscuridad; unas manos invisibles que tomaban esa cosa informe que era su cuerpo, que lo sacudían despacio, siempre despacio muchas veces, y que luego lo remecían, mientras la voz le explotaba encima como un fagonazo de angustia.

—¡Francesco, Francesco!— gritaba Mariagrazia, sacudiéndolo por los hombros, espantada al ver el estado casi cataléptico en que se encontraba.

Francesco abrió los ojos y miró. A Mariagrazia le pareció que esos ojos regresaban de una distancia infinita, de una desolación que estaba fuera de este mundo. Le pareció que iban palpando lo que tenían delante, como intentando un lento reconocimiento, hasta que al fin se posaron en su rostro, con una fijeza traspasada de estupor.

–Francesco, háblame, por favor...– suplicó, arrodillándose ante el cuerpo de Giulia y poniendo una mano sobre su frente.

Francesco no reaccionó. Mariagrazia contemplaba el semblante sin vida, sintiendo que ninguna palabra tenía sentido ante lo que ya no estaba ahí.

–Giulia... Giulia... –sollozó, sabiendo que sólo estaba dejando salir su propio dolor, su desesperada impotencia.

La voz de Francesco sonó ronca y monótona.

–Ya no te puede oír... Ya no puede oír nada...

Mariagrazia lo abrazó llorando. Zinia y Pippo asistían a la escena sintiendo que nunca más volverían a ser niños. Ni siquiera podían llorar; sólo vislumbraban que estaban participando en una inmensa tragedia, cuyo significado se les escapaba.

Mariagrazia se puso de pie. No sabía quedarse inerte ante el infortunio.

–Voy a buscar ayuda al pueblo– dijo–. La llevaremos a mi casa; por lo menos me dejaron un lecho donde ponerla.

Sentado en un baúl medio consumido por el fuego, Francesco contemplaba fijamente el cuerpo de Giulia, que se hallaba recostado en la cama de Mariagrazia. No sabía cuánto tiempo llevaba así; ni siquiera percibía que eso que se llamaba tiempo estuviera transcurriendo.

No se atrevía a tocarla. Un horror instintivo, en el que no intervenía ningún razonamiento, le impedía todo contacto con esa fría rigidez que ya no era Giulia, sino un residuo que pronto empezaría a perder lo que aún le quedaba de apariencia humana. De esa certeza provenía el horror, una sensación completamente distinta al estupefacto sufrimiento de haberla perdido.

Se demoró en sentir la mano de Mariagrazia posada sobre su

hombro. Giró lentamente la cabeza, y vio que ella se sentaba a su lado en el suelo.

–Te dejó esto...– dijo Mariagrazia, y puso en sus manos un sobre atado con una cinta azul–. Me pidió que te lo entregara si ella ya no estaba cuando volvieras...

Francesco miró el sobre, y aun en medio de su embotamiento experimentó una incomprensible sacudida.

–¿Qué es esto...?– balbuceó.

–Una carta en la que te explica todo. Pero quizás te lo explicó ella misma en su casa, antes de...

Francesco negó con la cabeza.

–Ni siquiera tuvo tiempo para eso...

–Entonces aquí está... Espero que te sirva de algún consuelo...

Francesco siguió mirando el sobre, pasando sus dedos sobre la blanca superficie.

–No puedo leerla aquí...– murmuró–. Necesito estar solo.

–Te comprendo. ¿Por qué no vas a tu casa, mientras yo la preparo para llevarla a la iglesia?

–¿Mi casa, qué casa...?

–Se salvó del bombardeo. El alcalde debe tener la llave.

Francesco asintió mecánicamente. Volvió a mirar el cuerpo de Giulia, absorto en inasibles pensamientos.

–Una cosa más, Francesco...– dijo Mariagrazia.

–¿Qué...?

–Ella te dice ahí que sufría una enfermedad incurable, que el médico no le había dado ninguna esperanza... Pero en los últimos meses parecía que se estaba recuperando. Esto no lo dice en su carta, pero creo que debes saberlo, porque así fue.

Francesco la miraba sin entender. Mariagrazia volvió a tomarlo de los hombros.

–Anda, Francesco. Te avisaré cuando la vengan a buscar.

Francesco se levantó, dio otra mirada al cuerpo, se guardó la carta en un bolsillo de la chaqueta y partió con pasos vacilantes, como si no supiera bien a donde iba.

El alcalde le había entregado la llave de su casa. Por increíble casualidad, no había sido alcanzada por las bombas; sólo algunas esquirlas habían agrietado sus muros.

Francesco abrió la puerta y entró. El silencio y el polvo depositado en todas partes le parecieron una tétrica analogía de su propia alma. Se sentó en la cama, sacó la carta del bolsillo y empezó a leerla.

Cuando terminó, se echó hacia atrás y cerró los ojos, con la carta entre sus manos.

Así había sido. Pero ahora él no sabía qué hacer con esa verdad. Trataba de descifrarla, pero era como palpar a ciegas una sucesión de luces que se apagaban apenas intentaba atraparlas. Sin embargo, poco a poco, una inesperada lucidez se abría paso en ese errático tumulto, hasta poner ante sus ojos un cuadro en el que al fin podía vislumbrar alguna coherencia, alguna respuesta a su desesperada necesidad de comprender.

Giulia lo había amado siempre. Y al rechazarlo se había inmolido a sí misma, fingiendo lo que había fingido para que él se la arrancara de su vida, para que él se fuera a la guerra sin saber nada de su enfermedad y de su inminente desenlace. Había preferido hacerlo sufrir por un amor truncado, del que ella creía que podría reponerse, y evitarle la horrible angustia de estar allá mientras la perdía, y sin saber cuándo le sería definitivamente arrebatada. Lo había hecho así, y no había imaginado otra manera de salvarlo. Había enfrentado la inexorable disyuntiva de elegir entre dos sufrimientos, y había elegido el que le había parecido más soportable por Francesco, más posible de extinguirse con el paso del tiempo.

¿Pero qué significaba esa recuperación de Giulia, de la que le había hablado Mariagrazia? ¿Había sido real? Y si lo había sido, ¿quería decir que el diagnóstico sobre su enfermedad había estado equivocado? Si no hubiera recibido ese diagnóstico, o no lo hubiera creído, todo habría seguido un curso distinto: Giulia no habría roto con él, y entonces no habría estado en la casa en el momento del bombardeo, porque él le habría avisado de su regreso y ella habría ido a esperarlo a la estación.

¿Pero de qué servía ahora imaginar lo que podía haber sido? ¿Y qué maldita jugada final del abismo había sido esa de volver a reunirlos, estando ella curada, para tronchar de inmediato ese prodi-

gioso instante de felicidad?

De pronto sintió la vida como un peso enorme, como una ansiedad y un trabajo sin fin. Recordó el mito de Sísifo, lo de la roca que siempre volvía a caer al llegar a la cima de la montaña. “¿Tendré aún aliento para volver a empezar?”, se preguntó. “Ya nada quiero de este mundo”.

En ese momento recordó la promesa que le había hecho a Domenico. “Pero eso es sólo un deber, y lo cumpliré”, pensó. “¿Qué hay después? ¿Cómo seguir?”

Un lento sopor lo iba invadiendo, transportándolo a un descanso en el que la suspensión del pensamiento y de las sensaciones era un misericordioso alivio, un alto a la capacidad de sufrir de su mente y de su cuerpo.

Despertó borrosamente, se levantó y abrió sin saber por qué una ventana de su dormitorio. La tarde se desplomaba en un aire frío; una luz purpúrea se iba instalando sobre los montes todavía nevados.

LA GRAN RESISTENCIA ALPINA

Después del entierro de Giulia, Francesco comenzó a vagar por los días como por las calles de una ciudad desconocida. No quería hablar con nadie, y si se encontraba con alguno de sus antiguos conocidos, fingía no haberlo visto, para no tener que saludarlo.

El placer que sentía antes al recorrer los campos había sido reemplazado por percepciones malsanas: las pozas de agua le parecían ojos al acecho; las rocas, monstruosidades petrificadas prontas a cobrar vida; las aspas del molino, exangües brazos que se alzaban al cielo pidiendo clemencia. “Aquella clemencia que Dios no tuvo conmigo”, se decía.

Un día dejó de salir; era absurdo ir a cualquier parte. A veces sentía deseos de hablar con alguien, pero inmediatamente reflexionaba que no tenía nada que decir, y seguía encerrado en su casa.

Aquel desconocido que lo había mirado desde el espejo del hospital había tomado completa posesión de eso que hasta entonces se había llamado Francesco. Un hastío blanco, fino como una lluvia de arena, lo iba cubriendo poco a poco.

Se preguntaba cuál había sido su pecado para haber merecido en esta vida un infierno parecido al de la eternidad. Sus sueños se poblaban de arcángeles que cortaban el sol con espadas flamígeras y de largas hileras de muertos rígidos, en posición marcial ante las puertas de un cielo clausurado. Despertaba temblando, cubierto de sudor, como si estuviera metido en un traje de metal completamente adherido a su cuerpo, donde hasta respirar era imposible.

Una tarde, sin saber cómo, un pensamiento que parecía haber muerto mucho tiempo atrás atravesó como un estilete esa inflexible envoltura. “Estoy viendo el reverso de la trama, pero existe un an-

verso, donde todo es como debe ser”.

Se levantó de la cama donde estaba echado y se dirigió a la orilla del río. Escogió el lugar donde plantaría los dos castaños para cumplir la promesa que le había hecho a Domenico, y regresó a su casa a paso lento.

De lejos divisó la figura de un hombre recostado junto a la puerta. Sólo cuando estuvo a pocos pasos reconoció a Ennio, que lo esperaba fumando un cigarrillo.

–Francesco, amigo, necesito un buen vaso de vino– lo saludó su antiguo compañero, como si se hubieran visto el día anterior.

Francesco lo abrazó, asombrado de verlo de civil, y lo hizo pasar.

–¿Pero qué haces aquí, y sin uniforme? ¿Acaso dejaste la Tridentina?

–Ah, veo que no sabes nada. Bueno, te lo contaré todo. A eso vine, por lo demás.

Francesco lo hizo sentarse.

–La Tridentina ya no existe– dijo Ennio con tristeza.

–¿Cómo que no existe? No puede haberse disuelto una división completa.

–Pero así ocurrió. ¿Supiste que el general Reverberi fue capturado por los nazis y enviado al campo de concentración de Posen, en Alemania?

Francesco recordó al comandante de la división, su valentía al ponerse a la cabeza de los alpinos para atacar al enemigo, sus discursos que encendían los ánimos de la tropa.

–¿Y ustedes dónde estaban, no lo defendieron?

–Nos atacaron por sorpresa, y también al resto de las divisiones. A todos los alpinos al mismo tiempo. Luchamos, y muchos cayeron combatiendo. Una gran cantidad de oficiales y soldados fueron capturados y enviados a los campos de concentración. Pero otros como yo lograron escapar.

–Es increíble... Nos libramos de los bolcheviques para caer en manos de los nazis. ¿Acaso no firmamos ya el armisticio?

–Precisamente porque se firmó el armisticio nos hemos convertido en enemigos de los alemanes. Nos envían a los campos de concentración para impedirnos colaborar con los aliados. De hecho, Reverberi ya había tomado contacto con la resistencia francesa, poco

antes de ser detenido. ¿Pero es que tú vienes de la luna? Me miras como si te hablara árabe y no pudieras entender lo que te digo.

–Es que he estado enfermo, y no he visto a nadie... Creí que todo iba regresando a la normalidad.

–¿Te acuerdas de Ferdinando Burlando?

–¿El subteniente? Por supuesto; era de Turín, igual que yo. Nos topamos muchas veces en la universidad, antes de la guerra. ¿Qué pasó con él? ¿Volvió de Rusia?

–No sólo volvió, sino que cuando lo rodearon los nazis y lo instaron a rendirse, se negó. Estaba con todo su pelotón en el refugio de San Cándido. Nadie sabe cómo lograron escapar. Huyeron a la Val Pesio, en el Canavese del Piemonte.

Francesco escuchaba atentamente. Su asombro se iba trocando en una densa cólera.

–¿Y qué fue de ellos?

–Estoy aquí porque me mandaron a enrolarte. A eso voy con toda esta cháchara.

–¿Cómo que te mandaron a enrolarme? ¿Para qué? ¿Quién?

–El Diablo Blanco. Por tu cara veo que ese nombre no te dice nada. Es Ferruccio.

–Déjate de bromas. Tampoco lo conozco.

–Ferruccio es el nombre de batalla del comandante de los partisanos del Canavese.

–¿Y qué?

–Pues resulta que no es otro que tu amigo Burlando.

–Burlando... –masculló Francesco, pensativo.

–Tal como lo oyes. Él organizó allí los primeros comandos partisanos. Lo han herido siete veces y sigue luchando, por eso lo apodaron el Diablo. En realidad, todos los alpinos que logramos huir estamos defendiendo la patria invadida por los nazis. El coronel Carlo Basile en la Val Brembana, los del Morbegno en el Cadore, los del Massiccio del Grappa, ah... también los Fiamme Verdi son nuestros, el general Luigi Masini... bueno, y tantos otros. Todos integramos el Comité de Liberación Nacional de la Alta Italia. Nadie puede quedarse al margen; hemos reclutado a todos los hombres posibles. Ferruccio se acordó de ti, y averiguó dónde estabas. Me ofrecí para venir a buscarte, antes que te agarren los nazis. Aunque estés desmo-

vilizado, seguramente te considerarán sospechoso.

Francesco sentía que todo le daba vueltas. ¿Cómo no se había enterado de nada? Era como si hubiese estado fuera de su país por años y se encontrara con otro completamente distinto. ¿Acaso esa guerra no iba a terminar nunca, ni siquiera ahora que habían firmado el armisticio y depuesto a Mussolini?

Ennio lo miraba fijo, esperando su respuesta mientras bebía lentamente su vaso de vino. Luego, pesando cada palabra, agregó:

–Ahora sí que es nuestra guerra, camarada. Italia contra el Tercer Reich.

Francesco se sentía empujado a tomar una decisión. “En verdad, el ser humano no decide libremente el personaje que será en la vida”, pensó. “Los sucesos van trazando coordenadas distintas cada vez, que lo distancian de aquel que creyó que llegaría a ser, y lo hacen doblar esquinas casi a su pesar”. Además, su vida ya no le importaba. Una agresividad inesperada galvanizaba sus músculos, su recuperada conciencia.

–¿Cuándo partimos?– preguntó.

–Esta misma noche, si quieres.

–Tengo que cumplir antes la promesa que le hice a Domenico: plantar dos castaños en su memoria. Será mañana al amanecer.

–¿Puedo acompañarte?

–Por supuesto.

–Entonces de ahí seguiremos camino. Lleva toda la comida que puedas y nada más. No debemos llamar la atención, así que no te despidas de nadie. El viaje es largo, y tendremos que hacerlo a pie, cruzando las montañas.

–¿Acaso nos maldijo una gitana, que siempre debemos hacer los caminos a pie? Te habrás dado cuenta de que estoy cojo, ¿no?

–Quiere decir que nos demoraremos un poco más. Pero es bastante mejor trepar nuestros Alpes que arrastrarse por las estepas rusas.

LOS ÚLTIMOS DÍAS

Después del bombardeo, la gente de Montaña D'Orba había empezado a reparar sus casas. Usaban los materiales que podían, para asegurar al menos un par de habitaciones techadas donde dormir y una cocina, que era el sitio acostumbrado de reunión familiar.

Al llegar al pueblo la noticia del armisticio, casi todos habían salido a las calles a festejar. Estaban convencidos de que la guerra había terminado, que los nazis abandonarían el país, que los fascistas habían entregado el poder y que pronto todo volvería a ser como antes.

Desde la muerte de la Rossa, Giuvanín vestía completamente de negro, y casi no salía de su casa. Pero una tarde concurrió al café del pueblo, y al poco rato empezó a discutir los sucesos con los demás parroquianos.

—¡Abran los ojos, estúpidos!— les espetó, recuperada su habitual combatividad—. Este armisticio nos ha dejado peor que antes. Los alemanes se han transformado en nuestros peores enemigos, y los sufrimientos de los trabajadores continúan. ¿Y creen ustedes que Montaña D'Orba está ya segura? Ni lo sueñen. Debemos organizar su defensa y sumarnos al Comité de Liberación; no podemos permitir otra matanza como la anterior.

—Creo que tienes razón— dijo Gino—. Si los nazis masacraban antes a algunos civiles para que delataran a los partisanos, ahora se vengarán de todos los italianos, acusándolos de haber traicionado a su maldito Führer.

—¿Pero entonces no se irán?— preguntó otro.

—Ma, ¿eres tonto o te haces? ¿Cuándo has visto a un perro rabioso soltar su presa?— replicó Gino—. Menos ahora que Mussolini ha

instalado esa república de Saló cerca del Garda y tiene a los camisas negras a sus órdenes.

–*Mascalzoni!*– exclamó Richetto–. Dicen que están mandando a los alpinos y otros soldados a los campos de concentración en Alemania. ¿Qué podemos hacer?

–Ya lo dije– remató Giuvanín–: nuestra única esperanza es el Comité de Liberación. Mañana mismo viajaré al campamento de Fabrizio, para organizar la resistencia de Montaña d’Orba.

No tardó en llegar al pueblo un pelotón de nazis y camisas negras. En cualquier momento, de día o de noche, hacían una operación rastrillo, buscando a aquellos que colaboraban con los rebeldes.

El fascismo había acuñado una frase: “Para los partisanos y sus cómplices no es necesario el plomo; basta una cuerda”. Y a la salida del sol aparecían cuerpos balanceándose de los robles en las afueras del villorio.

Alertados por Giuvanín, los partisanos de Fabrizio repartieron clandestinamente armas a sus partidarios, que empezaron a tomar represalias contra los informantes del fascismo que había en el pueblo.

La gente no se atrevía a salir de sus casas. En la noche se oían disparos, pero nadie abría siquiera los postigos para ver qué sucedía. A veces se encontraban cadáveres tirados en la calle, con un cartel al cuello que decía: “Soy un criminal de guerra fascista”. Los pobladores no habían olvidado la matanza de los treinta hombres ordenada el año anterior por el comandante nazi, y el rencor reprimido se había convertido en consigna de exterminio contra los fascistas. Todos los límites estaban rotos; hasta el asesinato era perfectamente legítimo, casi una obligación de justicia.

No había familia que no tuviese entre los suyos un muerto, un herido o alguien enviado a un campo de concentración.

Hacía semanas que Mariagrazia no sabía nada de Antonino. Desde que Giulia y la Rossa habían muerto, sólo salía para ir a la casa de

su tía Marietta, que la había contratado para que hiciera el aseo a cambio de alimentos.

–Malos tiempos son estos– le comentó una vez la tía–. ¿Qué has sabido de Antonino?

–No he tenido ninguna noticia, y no me atrevo a preguntar a sus amigos; ya no sé si realmente lo son.

–No se puede confiar en nadie, por eso no quiero ni saber lo que pasa; que se las arreglen entre ellos.

Mariagrazia no dijo nada. Sabía que ninguna palabra podría alterar ese atávico egoísmo, propio de ciertos campesinos.

–Espero que a tu marido no se lo hayan llevado a Alemania.

–Ni Dios lo quiera, tía.

–Cuando me contaste que lo habían venido a detener, me entró pavor de que llegaran un día hasta aquí; como somos parientes tuyos...

–Si no me han detenido a mí, menos lo harán contigo, así que quédate tranquila.

–Oí por la radio lo que está pasando con los judíos italianos. Ayudaron a Mussolini a llegar al poder, y ahora los están mandando a esos hornos de gas inventados por los nazis.

–¿Y por qué Mussolini no los defiende?

–Ya no tiene ningún poder; es un títere de Hitler. Dicen además que está sangrando de una úlcera; para mí que lo tienen prisionero y lo hacen firmar lo que se les antoja.

Se fueron a la habitación principal. Ahí estaba el tío Pedrín, oyendo las noticias de la radio. De pronto la voz que salía del aparato fue reemplazada por una serie de chasquidos. *Zio* Pedrín le dio unos golpes y empezó a rezongar.

–*Mannaggia*, me estaba enterando de las insurrecciones de Génova y Milán, donde se tomaron las fábricas y las radioemisoras; pero justo este maldito artefacto deja de funcionar, y no puedo saber qué más pasó. Parece que también cortaron los caminos. Desde que los alpinos se hicieron partisanos, los nazis las están viendo negras. A propósito: ¿has visto a Francesco?

Mariagrazia negó con la cabeza.

–Un par de semanas atrás fui a su casa, pero parecía abandonada. Quizás se fue adonde sus padres, a Turín.

—Yo creo que se fue con los partisanos— dijo *zio* Pedrín—. Comentan que lo vino a ver un hombre que parecía ser amigo suyo, y que ese mismo día desapareció.

—A mí me extrañó que no fuera a vernos más. Pensé que yo le provocaba recuerdos dolorosos por haber sido tan amiga de Giulia, y decidí dejarlo tranquilo un tiempo.

—Que Dios lo proteja, esté donde esté.

XLI

VENDETTA

Poco a poco los fascistas, desorganizados, quedaron sin la cobertura de las fuerzas nazis y se desbandaron ante la embestida militar y psicológica de los rebeldes que liberaban el norte del país, y que comenzaron a instalar tribunales populares. Muchas veces la gente no esperaba a que los procesaran, y se desbordaba cometiendo atroces linchamientos. Por todas partes se levantaban campesinos armados de cualquier manera, que al grito de "*Fascista, é giunta l'ora*", los cazaban indiscriminadamente.

Los antiguos partidarios del régimen se refugiaban en los cementerios, en las iglesias, en los sótanos. La gran mayoría eran encontrados; luego los paseaban maniatados por las calles de los pueblos, mientras la multitud los escupía y vociferaba exigiendo su muerte. Finalmente un improvisado tribunal, erigido en la plaza, leía los cargos, e invariablemente los condenaba a ser fusilados.

En Montaña d'Orba, Andrea instaba desde el púlpito a perdonar y cesar las matanzas. A veces recorría las calles procurando hacer entrar en razón a los aldeanos, pero éstos habían vivido demasiado tiempo en el miedo, y habían visto morir a tantos familiares, que ninguno de los argumentos y súplicas de Andrea lograba conmoverlos.

Un día sábado, temprano, llegó a Montaña d'Orba un grupo de partisanos desconocidos en el pueblo. Se dirigieron resueltamente a la casa del vecino de Mariagrazia y lo sacaron a empujones, gritándole que lo ejecutarían de inmediato.

Mariagrazia, impulsivamente y casi sin pensar, salió a la calle y se encaró con el pelotón.

—¿Qué van a hacer? ¡Basta de venganzas, somos todos italianos!

Cogió al espantado vecino de un brazo y lo tiró para zafarlo de sus captores. Un partisano le dio un violento empujón y la hizo caer al suelo. En ese momento salió Filippo, suplicando que no le hicieran nada a su madre, pero ambos fueron puestos de cara contra el muro. En vano Mariagrazia repetía histéricamente que no eran fascistas; la ira nublaba los ojos de los hombres, que ya apuntaban los fusiles hacia ellos.

En eso llegó corriendo Giuvanín.

–¿Se han vuelto locos?– exclamó–. Es Mariagrazia, la mujer de Antonino; su marido es de los nuestros, pertenece al grupo de Fabrizio. ¿Y también iban a matar a este niño, al hijo de un camarada?

El que parecía el jefe indicó a los demás que bajaran las armas.

–La culpa fue de ella– dijo.

–Estaba defendiendo a esta basura fascista– agregó otro del pelotón.

Giuvanín le acarició el pelo a Mariagrazia, que lloraba entrecortadamente.

–Menos mal que llegué a tiempo– dijo–. Consúltenme antes de ponerse a ejecutar gente en este pueblo. No necesitamos que vengan de afuera a hacer nuestra limpieza–. Les señaló el camino de salida del pueblo–. *Alé, alé, váyanse por donde vinieron.*

Los hombres se apartaron y deliberaron un momento. Luego le hicieron a Giuvanín un tosco saludo y emprendieron la retirada.

El vecino de Mariagrazia le besaba las manos, le agradecía una y otra vez, llorando y riendo al mismo tiempo. Juraba que había dejado de ser fascista hacía mucho tiempo, y que jamás había delatado a nadie.

–Quédate tranquilo– le dijo Giuvanín–. Sé bien que eres incapaz de una traición como esa. El problema es que hay algunos que quieren vengarse con el primero que les indican, y que corrompen la causa de la liberación. No sé quién dio tu nombre, pero lo averiguaré. Vuelve a tu casa; ya pasó el peligro.

El hombre se escabulló rápidamente. Giuvanín miró con afecto a Mariagrazia.

–¿Quieres que me quede contigo esta noche? Puedo dormir en el suelo, y estarás más segura. Antonino no me habría perdonado ja-

más no haber protegido a su familia.

Mariagrazia temblaba todavía, y su voz sonó extrañamente aguda cuando habló.

–No sé cómo agradecerte... Eres uno de los mejores hombres que he conocido–. Luego suplicó, con los ojos húmedos: –Giuvanín, si tienes algún poder, debes terminar con esto. ¿No crees que ya hemos sufrido suficiente? Es como si un ángel oscuro se hubiera apoderado de nuestras almas... Hay que exorcizarlo para siempre, Giuvanín...

–Quizás tengas razón. Pero por culpa de los fascistas que inventaron esta guerra me mataron a mi Rossa, y deben pagar.

–Todos hemos pagado ya– dijo Mariagrazia, mirando hacia algún punto invisible, que parecía situado más allá de Montaña d’Orba..

XLII

EMIGRANTES

La guerra había terminado. El sueño de Hitler y el de Mussolini habían sido barridos de la faz de la tierra.

Los violentos conflictos entre trabajadores y patrones que habían estallado en Italia poco después de la liberación se habían calmado en buena medida, pero el transporte de mercaderías estaba casi interrumpido por la destrucción de puentes y carreteras, y el comercio no lograba reactivarse. Las industrias se hallaban semiparalizadas; la escasez de semillas y maquinaria agrícola mantenía los campos inertes.

Desde su regreso de las montañas, Antonino había viajado muchas veces a Génova y Turín, en busca de trabajo. Volvía sin nada, con el cuerpo derrotado y el desaliento marcado en su rostro.

Decía que en esas ciudades la situación era aún peor que en el pueblo, que mucha gente se moría de hambre en las calles. Regresaba siempre a pie, pues no tenía dinero para el tren. A veces algún campesino compasivo le regalaba un pedazo de pan de centeno y le ofrecía un vaso de agua; con eso aliviaba el dolor de su estómago vacío hasta llegar a casa, aunque allí no había mucho más de comer.

Vivían hacinados en las dos piezas que habían quedado en pie después del ataque inglés.

Una noche, cuando los niños ya estaban dormidos, Antonino se acercó a Mariagrazia y la abrazó.

—¿Y si emigráramos a otro país...?— dijo dudoso, como si temiera la reacción de su mujer.

Ella lo miró casi con espanto.

—¿Dejar nuestro pueblo, las montañas, los amigos? No puedo creer que estés diciendo esto. Arriesgaste tu vida por conquistar un

lugar libre para tus hijos, y ahora me hablas de dejarlo todo. No quiero escucharlo.

Antonino dejó caer los brazos, desanimado, pero decidió insistir.

–Estamos en la miseria, no podemos continuar así– dijo lentamente, como si le costara articular las palabras–. Dentro de poco ya no tendremos qué comer. La tos de Zinia parece tuberculosis, Filippo se ha enflaquecido, y nosotros... mírate, ya se te notan todos los huesos en la cara...

Le acarició la cabeza, mientras ella comenzaba a llorar.

–¿Crees que no me duele tanto como a ti?– siguió–. Pero es precisamente por nuestros hijos que debemos pensarlo; ¿qué futuro les espera aquí? Estuve hablando con unos amigos de Génova, y dicen que el país no tiene esperanzas de recobrase; la guerra lo ha dejado en ruinas, y la reconstrucción es casi imposible.

Mariagrazia iba pasando del llanto al temor; empezaba a considerar las palabras de Antonino.

–¿Pero cómo lo haríamos, si no tenemos dinero? ¿Y a dónde iríamos? El resto de Europa está igual que Italia...

–Hay compatriotas que están tan mal como nosotros, y que se están organizando para irse. Dicen que varios países de América están dispuestos a recibirlos, que hay trabajo para todos, y que en poco tiempo se puede juntar dinero y volver. Podemos irnos con ellos.

–¿Irnos a un país lejano, sin saber cómo es la gente que vive allá, sin conocer el idioma y sin tener ningún amigo? ¿Y si no encontramos trabajo? ¿Y si nos enfermamos, quién cuidará de nuestros niños? Además, sigo sin entender de dónde vamos a sacar el dinero para el pasaje.

–Hablaré con mis amigos de Génova; me contaron que están dando unos préstamos para pagar el viaje, y que podemos devolver el dinero cuando encontremos trabajo en América. No tenemos otra salida, *cara mía*. Debemos confiar en que Dios nos ayudará.

Mariagrazia estaba como en trance; sólo movía la cabeza dolorosamente. Antonino volvió a abrazarla.

–Ven, vamos a dormir. Es mejor no pensar en lo que dejaremos atrás, sino en la nueva vida que podemos empezar.

La tiró suavemente de un brazo y la llevó al lecho.

Zinia preguntó muchas veces por qué debían irse. En lugar de responder, sus padres la hacían callar cansadamente, como abrumados por una inconsolable tristeza, y ella no se explicaba qué había ocurrido con ese antiguo coraje que los hacía afrontar sin arredrarse todas las adversidades.

Por más que lo intentaba, no acudía a su mente imagen alguna de ese país a donde sus padres habían resuelto emigrar. Por las noches la desvelaba una obstinada pesadilla, en la que un gigante de capucha negra la perseguía hasta el borde de un acantilado para cortar la cabeza con un remo de metal chorreante de algas.

Comenzó a vislumbrar que la decisión tomada por sus padres había sido también terrible para ellos cuando se le hizo notoria la delgadez de Antonino. Había sido un hombre robusto y de alta estatura; ahora tenía la piel pegada a los huesos, y no pesaba más de cincuenta kilos. También hacía tiempo que en el rostro de su madre resaltaban demasiado los profundos ojos negros. Advirtió que el escaso alimento que conseguían lo destinaban a sus hijos, dejándose sólo lo indispensable para mantenerse vivos. Ese duro descubrimiento le provocó una inmerecida sensación de culpa cada vez que se echaba algo a la boca. Pero ahora entendía por qué debían emigrar. No tenían otra posibilidad de seguir viviendo.

El día de la partida, Génova estaba aplastada bajo un domo de nubes oscuras. A Zinia le pareció como si el sol se hubiera escondido para llorar.

Habían acudido al puerto algunos amigos de Montaña d'Orba y los pocos parientes que tenían en la ciudad.

Al mirar la mole colosal del barco y la interminable escala que oscilaba a merced del oleaje, Zinia sintió que alguien la estaba castigando por alguna maldad desconocida. ¿A dónde la llevaban, a dónde?

Una vez que estuvieron en la cubierta, vio agitarse los pañuelos blancos que los despedían. La sirena soltó un largo bramido, y un poderoso sacudón separó la nave del muelle.

Poco a poco la ciudad fue quedando atrás; el traqueteo de las

máquinas envolvía el canto de su madre, cuya voz de contralto interpelaba a las maderas de la cubierta mientras lentas lágrimas corrían por su rostro:

*E vanno, tanto lontano vanno
se torneranno, nessun lo sá.
Negli occhi hanno un velo di pianto
uomini, donne, vecchi, bambini
vanno, tanto lontano vanno
per non morir...⁴⁶*

Antonino, con un puño cerrado sobre la baranda, fumaba sombríamente, sin una sola señal de emoción en su cara estragada por las privaciones, mirando desaparecer de su vida la Lanterna, el gran faro que vigilaba el mar desde el borde de la ciudad.

Navegaron hacia América con el viento castigando sus rostros y con una rabiosa certidumbre de Dios en el alma. Pero su yo real había quedado allá, en los montes y campos húmedos de flores donde habían aprendido a maravillarse con la música de la creación, a reconocer los pasos de los seres queridos, donde se sentían seguros, incluso entre los escombros de sus casas.

“Trabajaremos duro; ayudaré a mis padres y volveremos”, se prometió Zinia. “Volveremos a ver los campos cubiertos de nieve y el río congelado. Respiraremos ese aire que nos helaba el rostro hasta doler, y correremos con los bolsillos llenos de castañas a calentarlas en el *focolare*. Al caer la tarde vendrá la Fiorella a contarnos lo sucedido en el pueblo durante el día, *zio* Pedrín traerá el vino hecho por sus manos, y Eugenio el queso de sus vacas, y nos reiremos al calor del fuego, comiendo un buen pedazo de *colomba*.”

El barco trazaba en el agua una estela blanca que se perdía en el horizonte.

45. Van, tan lejos van./ Si volverán, nadie lo sabe./ En los ojos tienen un velo de llanto./
Hombres, mujeres, viejos y niños/ van, tan lejos van/ para no morir...

XLIII

FRENTE AL MAR

Zinia caminaba por la playa al caer la tarde. El sol se había hundido en el horizonte, y el viento que venía del mar la hizo estremecerse. Casi sin darse cuenta, escrutaba los guijarros e introducía en los bolsillos de sus jeans las ágatas pulidas por las aguas.

“Todo se desvanece en el aire”, reflexionaba, “como el sol de invierno o las flores que caen del tallo poco después de entregar su aroma. El tiempo jamás deja de cumplir su inexorable designio destructor”.

El graznido de las gaviotas la instaló de nuevo en ese lejano viaje hacia un mundo desconocido, en la monotonía de los días pasados en el barco, en el agobio de un sol inclemente, en el enigma de las aves sobrevolando las olas.

Muchas veces había sentido en esos días que el mar se teñía de negro, el color negro de un futuro que parecía clausurado para ellos en ese ignoto continente, cada día más cercano y más temido.

El punto de reunión familiar en la nueva tierra que los había acogido era la gran mesa de la cocina, en la cual Mariagrazia se afanaba amasando la harina que habría de convertirse cada día en aquellos tallarines tan suaves al paladar.

Enérgica e imperativa, Mariagrazia le repetía a Zinia lo mismo que le diría a través de los años:

–No hagas amistades. Esta no es tu patria. Aquí sólo hemos venido para no morir, pero debemos volver. ¿Recuerdas cómo era allá la amistad, hecha de cosas simples pero reales? Eso es lo que permite vivir.

Y los ojos negros le brillaban de ilusión.

Luego agregaba, con expresión adusta:

—Aquí no se vive; sólo se trabaja.

Pero nunca pudieron volver. El dinero jamás fue suficiente, y quedaron suspendidos en el tiempo, sin pertenecer a ninguna parte, a la espera de ser felices en un mañana que jamás llegó.

Antonino, siempre serio, sólo asentía con la cabeza cuando su mujer hablaba de trabajo. Sus ojos no habían perdido la costumbre de mirar la oscuridad. Decía que tenía una extraña manera de existir: excluido de ambos mundos, relegado a una zona neutra, indefinible y sin nombre, donde todos los días eran igualmente grises. No reconocía como compatriotas a los hijos de inmigrantes italianos que le habían vuelto la espalda, tratándolo de traidor por no ser fascista. “A veces también se está solo entre los hombres”, solía repetir amargamente.

Zinia intuía que los fantasmas de su padre no se habían disuelto, que sólo les había cerrado la puerta y se detenía en el umbral para observarlos. “Lo que hace felices o desdichadas a las personas no es el mundo ni la gente que las rodea, sino sus pensamientos, y los recuerdos que albergan en su memoria”, se decía cada vez que se detenía a escrutar su rostro ensombrecido.

Se sentó en la arena y empezó a dibujar con un dedo las cumbres de Montaña d’Orba. Sentía crecer la nostalgia de su pueblo; el río, el puente de piedra y las tejas rojizas recostadas de cara al cielo irrumpían como destellos en su mente.

Examinaba con una lenta melancolía los recuerdos anclados en su memoria. Le pareció empujar la pesada puerta de madera que se quejaba cada vez que la abría, enfrentar la escalera del desván, cruzar ante la lámpara encendida como un ojo que scrutaba su regreso a la casa.

¿Cuántos años hacía de eso? ¿Había pertenecido realmente a ese mundo? ¿Cuánto influía en el ser humano el lugar en que había transcurrido su infancia?

Sintió que su tiempo más hermoso le había sido obsequiado en ese pueblo de montaña, cubierta por el escudo protector de los altos árboles y el perfume de las violetas que crecían bajo el rumoroso follaje. Eran sus lugares sagrados. Quiso recuperarlos, como un ani-

mal indefenso busca su guarida; reencontrar ahí la morada segura que el mundo le había desbaratado. Deseó intensamente dos cosas, aunque ambas eran imposibles: respirar los enigmas del bosque y ser habitada por ese cielo azul encendido de oro y púrpura al caer el crepúsculo en Montaña d'Orba.

De pronto oyó una voz que la llamaba. Dio vuelta la cabeza y vio a Eduardo, que venía hacia ella por la arena, saludándola con una mano en alto.

ÍNDICE

Prólogo	9
El pueblo	11
La creación de los piemonteses	16
Francesco	20
El puente de Montaña D'Orba	25
Concetta	30
El encuentro	35
El partisano	39
El trato	44
El saco del diablo.....	47
La venta	51
Los salacios.....	54
La Fiesta de San Juan	57
La ruptura	62
La partida.....	68
Hacia el Cáucaso	71
El monje Siemprealegre	75
Cambio de itinerario	79
Un cielo enemigo.....	81
La carta	88
El otoño	92
El don	96
La mujer que llora	100
El escape.....	106
Suicidio por obediencia.....	108
La represalia	112
La Navidad	116
Liturgia roja.....	121
Orden de retirada	127

Solos.....	131
Dos castaños para Doménico	136
De nuevo en marcha	143
Lo posible sucede	147
El comienzo del regreso	152
¿En defensa propia?	157
El tramo final.....	161
La hora del abismo	164
El cumplimiento de la profecía	168
La verdad	172
La gran resistencia alpina	177
Los últimos días	181
Vendetta	185
Emigrantes	188
Frente al mar	192